

NUEVA VERSIÓN
ACTUALIZADA Y AMPLIADA

JORGE COLONNA



LOS CRÍMENES DE CASTELAR

2019

LOS CRÍMENES DE CASTELAR

Capítulo I: Tiroteo en Castelar

Paula Unzué y Patricio Ayerza provienen de familias tradicionales y viven bien. Llevan varios años casados, pero recién hace once meses que nació su primer hijo.

Es la madrugada del lunes y Paula debe amamantar a Javi, cambiarlo y llevarlo al jardín maternal, antes de ir a su oficina. Intenta levantarse de la cama, pero al apoyar el pie izquierdo siente un fuerte dolor en el tobillo. La tonta torcedura de la noche anterior debió ser más seria de lo que imaginó en aquel momento. A su lado, Patricio sigue dormido.

Apoyando todo su peso en el pie sano, Paula va hasta la habitación de su hijo y le da el pecho amorosamente. Cuando el bebé queda satisfecho, lo cambia y vuelve a dejarlo en la cuna. Ahora, debe ducharse y vestirse. Comienza a avanzar dando pequeños saltitos sobre el pie derecho, pero pierde el equilibrio y cae sobre el piso alfombrado. Ya de mal humor, gatea hasta el dormitorio matrimonial y despierta a su esposo.

–¡Levantate! ¡Tenés que llevar a Javi!

–¿Qué pasa? –balucea Patricio, arrancado de su sueño.

–Me torcí el tobillo y no puedo caminar. Javi ya está listo para que lo lleves a Inmaculada.

–¿Qué hora es?

–Las siete. Todavía te queda tiempo para desayunar algo.

Apenas amanece cuando Patricio acomoda a Javi en la silla para bebé, ubicada en el asiento trasero de su BMW blanco, y le abrocha el cinturón de seguridad. Luego, con la lentitud impuesta por su modorra, se sienta en la butaca del conductor y enciende el motor. Acciona el control remoto y –cuando el portón del garaje se abre– retrocede hasta la vereda. Vuelve a pulsar el control remoto, pero el portón no se cierra. Intenta un par de veces más, hasta que decide cerrarlo manualmente.

Sin apagar el motor, desciende y empuja el maldito portón. De pronto, escucha un ruido a sus espaldas. Se da vuelta y descubre que alguien acelera violentamente su auto. Patricio intenta reaccionar, pero –al amparo de la bruma matinal– el ladrón huye con el BMW y el pequeño Javi en su interior.

–¡No! ¡Pará, hijo de puta! –grita enfurecido–. ¡Pará, hay un bebé atrás!... ¡Javi! ¡Javi! –continúa gritando con desesperada impotencia.

Alarmada por los gritos, Paula se levanta de la cama. Está asustada. Sabe que su marido es distraído, tiene siempre la cabeza en otra cosa. Además, es imprudente. Temiendo lo peor, con esfuerzo, rengueando, llega hasta la ventana del dormitorio. Se asoma y descubre a su esposo arrodillado junto al cordón de la vereda, gritando y dando golpes contra el suelo. El auto desapareció.

–¿Y Javi? ¿Dónde está Javi? –piensa Paula en voz alta, angustiada.

Baja las escaleras corriendo descalza, superando el dolor del tobillo. Por el portón entreabierto, sale a la calle, en camisón, con los pelos revueltos.

–¿Y Javi? ¿Dónde está Javi? ¡Inútil, ni para esto servís! –grita desahogada mientras zarandea con furia a su esposo.

La calle está desierta, no hay señales del BMW ni de su hijo. Abrumado por la culpa, Patricio llama al 911.

Esa gris madrugada de invierno, Axel Sosa avanza por la avenida Sarmiento, alerta a cualquier presencia policial. El plan se complicó, el robo se convirtió en secuestro y él es la presa de una inmensa cacería humana.

–¡Atención! Robaron un BMW blanco con un bebé dentro y puede venir para acá. La matrícula es AB414BA –informa el sargento Bustos al agente Medina, que lo asiste en un retén policial.

–¿Dónde fue?

–En Machado y Jonte, Castelar Norte.

–Eso es cerca de Santa Rosa. Seguramente huyeron hacia el Acceso Oeste –acota el agente.

–No podemos confiarnos...

–¡Viene un auto blanco! –lo interrumpe–. La matrícula coincide.

–¡No dispaes! Recordá que hay una criatura a bordo –ordena el sargento, mientras cruza el patrullero, intentando cortarle el paso al BMW.

Como si acatara la orden de detención, Sosa disminuye la marcha y baja uno de los vidrios polarizados. El cielo está encapotado y la neblina dificulta la visibilidad.

Con la mano sobre su pistola, el agente desciende lentamente del móvil y se acerca al BMW. Por su parte, el sargento permanece a distancia prudencial, empuñando su arma, con el dedo en el gatillo.

Sin mediar palabra, Sosa hace fuego contra los policías. El agente muere en el acto, pero el sargento –pese al balazo recibido– repele el ataque.

Sosa acelera y avanza unos metros por el callejón, hasta chocar con una de las columnas del puente, pierde el control y se estrella contra el paredón del club Los Matreros.

Gravemente herido, el sargento Bustos se acerca al BMW y descubre que el asesino de su compañero aún está vivo. Antes de perder el conocimiento, remata a Sosa con un tiro en la sien.

Sobresaltada por el estruendo de las balas, Mabel García observa por la ventana y descubre la macabra escena. A pesar de la conmoción, atina a llamar al 911.

El teléfono interrumpe el desayuno de la comisaria Anahí Aberanda:

–Hubo un tiroteo bajo el puente de Sarmiento. Hay muertos y heridos –le informa su asistente Rossini.

–Páseme a buscar, por favor –ordena ella.

Obligada a salir sin demora, Aberanda se lava la cara, se cepilla los dientes y se peina lo necesario como para hacerse un rodete. Por último, se pone el uniforme y se perfuma con un toque de esa fragancia de rosas que le transmite energía y seguridad. A pesar del apuro, quiere mostrarse presentable.

Amanece y las luces de la calle se van apagando. Ya en el patrullero, el teniente Rossini informa a su jefa de lo sucedido en el callejón: dos policías estaban a cargo del retén de Sarmiento y Cañada de Ruiz, cuando fueron

alertados sobre un BMW blanco, robado en Machado y Jonte. Aparentemente, un delincuente intentó evadir el control y disparó contra los policías, que a su vez repelieron el ataque. El conductor del auto robado recibió un par de tiros, chocó y murió. El agente Medina murió. El sargento Bustos –en grave estado– fue llevado al Hospital Posadas.

La joven comisaria llega a la escena del crimen, verifica que su equipo haya acordonado la zona y se acerca al cuerpo del policía asesinado. No por reiterada, la imagen deja de enfurecerla. Más allá de su sentido de justicia, la invade un deseo de venganza. Esto debe terminar. La Policía no puede seguir siendo carne de cañón a merced de asesinos que son liberados y vuelven a matar. Por principios, siempre se opuso a la política de tolerancia cero, pero en este momento desearía estar cara a cara con el asesino de su joven colega y hacer justicia por mano propia.

Acompañada por Rossini, la comisaria se acerca al BMW, estrellado contra el paredón. Tiene la luneta trasera y el vidrio del conductor perforados por disparos. La matrícula coincide con la denunciada. En su interior, caído sobre el volante, está el cadáver del asesino. Es un muchacho pálido, con los ojos detenidos en la nada, lleva una campera negra con capucha, *jeans* y zapatillas deportivas. Según el documento encontrado en un bolsillo, su nombre era Axel Sosa y tenía diecisiete años. El brazo izquierdo cuelga entre sus piernas, mientras que el derecho está apoyado sobre el asiento del acompañante, junto a una pistola. Tiene un impacto de bala en la sien izquierda y otro en el hombro derecho. Una sangre oscura y espesa –ya seca– había chorreado hasta el cuello y la espalda. Pensando en el bebé desaparecido –sin dedicar suficiente tiempo a evaluar la escena–, busca en el asiento de atrás y descubre la sillita vacía.

Aberanda comprende que hay una criatura perdida y una madre sufriendo. Consciente de que los primeros momentos de la investigación son cruciales para detectar posibles pistas, de inmediato, pregunta por el bebé.

–Lo tiene la mujer que llamó al 911, se llama Mabel García y vive en esa casita blanca –señala el teniente Rossini.

La comisaria cruza el oscuro callejón –encerrado entre las columnas del puente– y toca el timbre en la casa de la única testigo. Desde el interior, alguien observa por la mirilla y descubre los uniformes policiales. Luego, la puerta se entreabre dejando ver el rostro alterado de una mujer mayor, con un bebé en brazos.

–Estaba en el auto... –explica balbuceando Mabel García–, sano y salvo. – Mientras le entrega la criatura a Aberanda, con voz trémula, agrega–: Cuando terminó el tiroteo, salí a la calle y me encontré con sangre por todos lados. Un policía muerto y otro herido. Un auto con un cadáver adelante y este angelito atrás.

–¿Pudo ver a alguien más?

–No. Estaba concentrada en el bebé.

Dado que la testigo no parece estar en condiciones de aportar nada útil, la comisaria se retira, aunque sigue pensando que alguien tendría que haber visto o escuchado algo.

Como lo prioritario es llevar al bebé hasta la casa de sus desesperados padres, decide hacerlo personalmente. En el trayecto, con la criatura dormida en sus brazos, mientras su asistente conduce el patrullero por la avenida Sarmiento, Anahí Aberanda recuerda sus comienzos en la Policía Científica y sus expectativas de una carrera profesional que vinculara la medicina legal y la criminalística. Pero, con el tiempo, se cansó del trabajo *post mortem* y del olor a formol del laboratorio forense y pidió el pase a la Brigada de Investigaciones.

Aquí, en contacto con la calle, tampoco encontró el protagonismo que esperaba. Si bien su función era descubrir quién y cómo cometió un delito, en la actividad cotidiana debió lidiar con la maraña burocrática de formularios, actas e informes. Pero, en lugar de desanimarse, Anahí había asumido sus responsabilidades con tanta perseverancia, que fue ascendiendo, hasta convertirse en la comisaria más joven de la Policía Bonaerense. Pero recién ahora, a punto de devolver ese bebé a su desconsolada madre, comenzaba a sentirse orgullosa de su trabajo.

Capítulo II: El caso Javi

Un tímido sol invernal ilumina la casona estilo colonial, de dos plantas, con fachada blanca y molduras oro viejo, techos de tejas rojas, chimeneas y garaje para dos autos. Todo rodeado de un césped impecable y plantas multicolores.

En cuanto la comisaria toca el timbre, la puerta se abre bruscamente y Paula, la madre de Javi, pálida, demacrada, con el rostro horadado por profundos surcos debajo de los ojos, la increpa:

–¿Dónde está mi hijo?

–En el auto –responde Aberanda, señalando al patrullero.

–¡Javi! –grita Paula desesperada mientras, rengueando, corre a buscarlo, seguida por su esposo–. ¡Javi! –vuelve a exclamar la mujer, en medio de sollozos, cuando el teniente Rossini le entrega al bebé.

En el apuro por abrazar y besar a su hijo, Paula deja caer la manta que lo envuelve. Entonces, antes de que la delicada prenda toque el suelo, su esposo la ataja en el aire y se suma a la escena, envolviendo a madre e hijo en un largo y cálido abrazo.

Ante aquella imagen de llantos y risas, sin poder contener la emoción, la comisaria se reconcilia con su profesión.

De pronto, la llegada del camión de exteriores de un canal de televisión interrumpe el maravilloso reencuentro. Mientras Aberanda y su asistente les cubren las espaldas, Paula y Javi ingresan en la casa. Una vez que logran cerrar el portón de la reja perimetral, Rossini se queda de custodia, mientras la comisaria ingresa al domicilio para hablar con la familia. El primero que sale a recibirla es Patricio Ayerza, el padre de la criatura, quien la abraza como a una amiga de toda la vida. El dueño de casa la invita a pasar a un salón donde –junto al crepitar de un hogar a leña– Javi responde con gorjeos a las morisquetas de su mamá.

–Gracias, comisaria –murmura Paula, mientras las lágrimas corren por su rostro–. Fue un calvario –agrega–. Desde que me lo robaron, solo pude pensar en Javi. No podía soportar la idea de que me extrañara y estuviera sufriendo. Me sentía en caída libre, como si un abismo se hubiera abierto bajo mis pies. Estaba

muerta en vida. Sin mi hijo, nada tenía sentido. Pero, gracias a usted, ya todo terminó –dice entre sollozos.

Viendo renacer a esa mujer, Anahí Aberanda quisiera quedarse a compartir tanta alegría, pero debe ser profesional. Aunque ella también tiene hijos pequeños, no debe involucrarse emocionalmente. No le pagan para ser sentimental. Su trabajo es ser eficaz. Ya encontró al bebé, pero la sangre derramada por sus colegas policías le exige retomar de inmediato la investigación del «caso Javi».

Disimuladamente, Aberanda le hace un gesto con la mano a Patricio Ayerza, para que se acerque:

–Tengo que hacerle unas preguntas –murmura.

Entonces, el dueño de casa la invita a pasar a un saloncito contiguo y la comisaria, tras activar el grabador de voz de su celular, pregunta:

–¿A cuántos delincuentes vio?

–Estaba oscuro... y con los vidrios polarizados... –responde Patricio.

–Por favor, haga un esfuerzo. ¿Era un ladrón solitario o podrían haber sido, al menos, dos?

–Solo el que manejaba..., creo –admite dubitativo.

–¿En los últimos días notó algo sospechoso?

–¡No! –responde Patricio, ratificándolo con un movimiento de cabeza.

–¿Es usted quien siempre lleva a Javi a la guardería?

–¡No! Lo lleva Paula, pero hoy a ella le dolía el tobillo... Por eso, tuve que ocuparme yo.

–¿Su esposa lleva a Javi en el mismo BMW?

–¡No! Ella usa su propio auto.

–¿A qué hora suele salir usted hacia su trabajo?

–Generalmente, alrededor de las nueve..., para evitar el tránsito de la hora pico.

–Entonces, no es habitual salir de su casa tan temprano y en ese auto, ¿verdad?

–No.

Como todo parece indicar que no se trató de un secuestro planificado, sino de un robo al azar, Aberanda decide no hacer más preguntas. Entonces, se despide del agradecido matrimonio, no sin antes besar al sonriente Javi.

Al intentar retirarse de la casa de los Ayerza Unzué, la comisaria es abordada por un enjambre de fotógrafos, reporteros y cámaras de televisión. No es para menos: que la Policía Bonaerense abortara un secuestro en curso es, en sí mismo, un hecho de interés periodístico, pero que el niño liberado en medio de un tiroteo perteneciera a una tradicional familia de la aristocracia criolla, había convertido el caso Javi en un *boom* mediático.

Como cualquier comentario puede complicar la causa judicial, la comisaria se disculpa con su mejor sonrisa y les sugiere a los reporteros que se contacten con el área de Relaciones Públicas de la Departamental Morón. Sin embargo, una lluvia de *flashes*, micrófonos y cámaras le cortan el paso. Aberanda es una profesional reservada, que evita la exposición mediática, pero se ha convertido en el personaje del día y las preguntas resultan inevitables. Muy a su pesar, debe contestarlas.

Con el dorso de la mano, la comisaria aparta un mechón rebelde que cae sobre sus ojos. Mira a esa romería de reporteros, fotógrafos, técnicos, micrófonos, cables y cámaras de televisión, como algo extraño e irreal para alguien que siempre está del otro lado de la pantalla. Finalmente, resignada a un mal necesario, accede al interrogatorio periodístico.

—¿Javi está bien? —pregunta una reportera maquillada como para la alfombra roja.

—¿El bebé estuvo en medio del tiroteo? —se superpone una voz masculina a espaldas de Aberanda.

—¿Cuántos muertos hubo? —pregunta otro, a voz de cuello.

—¡Comisaria, por favor! —insiste la primera reportera—. ¿Javi está sano y salvo?

Aberanda levanta las manos pidiendo que se calmen, pero, al no lograrlo, recurre a un grito enérgico:

–¡Silencio, por favor! El bebé está bien –comienza a explicar, bajando el tono.

–¡Más fuerte! –grita alguien desde lejos.

–¡Javi está bien! –repite Aberanda–. Está con su madre y su familia, aquí atrás, en su casa. –Y antes de que la vuelvan a interrumpir, con un tono convincente, profesional y seguro, concluye–: Hubo un tiroteo. Lamentablemente, murieron un policía y el delincuente que robó el auto con el bebé dentro. Otro policía está gravemente herido. Yo debo continuar con el procedimiento. Para más información, deben recurrir al fiscal del caso. Gracias.

–¡Comisaria! ¡Comisaria! –se superponen los gritos.

En su afán por seguir preguntando, varios reporteros comienzan a empujarse entre sí. Ante la peligrosa avalancha, el teniente Rossini reacciona encendiendo la sirena del patrullero y acelerando en vacío para hacer rugir el motor, mientras avanza entre el tumulto que rodea a Aberanda. En cuanto ella ingresa al vehículo policial, Rossini exclama:

–¡Ya somos *trending topic*!

Pero demora su gesto de euforia hasta que descubre la sonrisa de aprobación en el rostro de su jefa.

Bien temprano, la mañana siguiente al tiroteo, la comisaria Aberanda pasa por el Hospital Posadas y visita brevemente al sargento Bustos, quien se encuentra en terapia intensiva. Al retirarse, es abordada por los periodistas y –sin imaginar las consecuencias- se refiere a Bustos como el héroe que le salvó la vida al pequeño Javi Ayerza Unzué.

A continuación, en esa mañana gris, sin sol y sin pájaros, se dirige al cementerio de Morón, donde las autoridades provinciales rinden homenaje al agente Medina, caído en cumplimiento de su deber. Bajo una persistente llovizna, todos visten uniforme de gala y ninguno lleva paraguas. Hombres y mujeres repiten la misma rígida postura: cuerpo erguido en posición marcial, los pies apenas separados, los brazos colgando junto al cuerpo, firmes como estacas. Ellas con el cabello recogido, ellos recién afeitados y con pelo corto. Algunos

temen ser la próxima víctima y no encuentran consuelo ante la atroz cercanía de la muerte.

En medio de la macabra escena con sepultureros, palas, pozos, sogas, ataúdes y responsos de ocasión, junto al jefe de Policía, estaba la comisaria Aberanda. Ni la poca gracia del uniforme, ni la extrema palidez de su rostro, ni el rictus triste de sus labios podían disimular su natural belleza. Pero en su mirada también había bronca. Le indignaba la hipócrita presencia de funcionarios que habían malversado los fondos destinados, entre otras cosas, al chaleco antibalas que pudo salvarle la vida al agente Medina.

Al terminar aquella infausta ceremonia, cuando Aberanda se está retirando del cementerio, se le acerca un colega forense, quien –tras expresarle sus condolencias– le advierte:

–Tenga cuidado, comisaria. Está arriesgando su prestigio al calificar al sargento Bustos como el héroe que salvó la vida del bebé.

–¿Por qué? –preguntó ella con sorpresa.

–Todavía falta la opinión de otros peritos –responde el forense–, pero la autopsia de Axel Sosa parece indicar que Bustos se excedió.

–¿Qué está diciendo? –le recrimina indignada.

–Aparentemente, el sargento remató a un indefenso.

–¡No puede ser! Ya mismo voy a verlo al hospital. Mientras tanto, no lo comente –ordena enérgicamente la comisaria.

Aberanda regresa al hospital, habla en privado con Bustos y se retira furiosa. No es para menos: el sargento –a quien ella había calificado de héroe– acaba de confesarle haber vengado la muerte del agente Medina, matando a su asesino cuando estaba indefenso.

Bajo la lluvia, mientras camina hasta el estacionamiento, la comisaria siente una inquietud inexplicable. Es una mezcla de bronca y justificación por lo sucedido, sumado al temor a lo que podría suceder. Por primera vez, el escándalo golpea a su puerta.

Capítulo III: Héroe por un día

Anahí Aberanda había nacido en Mocoretá, Corrientes, en la chacra de su familia. Crecer en contacto con la naturaleza, disfrutando de la fauna y la flora, le permitió desarrollar su capacidad de observar, investigar y descubrir.

Una vez terminada la escuela secundaria, se mudó a Buenos Aires para estudiar Bioquímica en la UBA. Poco después, logró ingresar como pasante en el laboratorio forense de la Policía Científica. Ya efectivizada, obtuvo una beca para realizar una práctica profesional en las oficinas porteñas del *Federal Bureau of Investigation* (FBI). Luego, buscando más protagonismo, se arriesgó a pedir el pase a la Brigada de Investigaciones, un ámbito de hombres, signado por los prejuicios y las complicidades.

Cuando aún no había cumplido los cuarenta años –pese al sexismo reinante y gracias a su capacidad, eficiencia, perseverancia, intuición y astucia–, accedió al cargo de comisaria.

Como contrapartida al éxito profesional, su vida estaba marcada por el fracaso matrimonial. Anahí y Rodrigo se habían conocido diez años atrás. Él era un abogado de palabra fácil y sonrisa de galán. Fue amor a primera vista. Se casaron y, al año, nació el primer hijo. Un año después, nacería el otro.

Aquellos eran todavía los buenos tiempos, excepto que Rodrigo no tenía suerte con su trabajo. Entonces, decidió involucrarse en la llamada «industria del juicio». Si bien los juicios laborales constituyen un método legítimo para la resolución de conflictos entre empresas y empleados, el éxito de Rodrigo radicaba en la obtención de pruebas non sanctas. Primero, seducía a trabajadores, ofreciéndoles potenciales y succulentas indemnizaciones; luego, iniciaba juicios que solía ganar –manipulando pruebas– a cambio de cuantiosos honorarios. Para acceder a información sensible para los juicios que patrocinaba, Rodrigo no dudó en invocar el nombre de su esposa ante funcionarios del laboratorio judicial donde ella trabajaba. Esta traición originó una crisis matrimonial que derivó en divorcio y pelea por la custodia de sus hijos.

Es una fría mañana de invierno, el cielo se oscurece, estalla el primer trueno y Aberanda comienza el día de la peor manera posible. Aún no ha terminado de desayunar cuando mira el almanaque y recuerda que hace justo un año se dictó el aberrante fallo que otorga a su exesposo la tenencia de sus hijos.

–¡Ya un año y el inútil de mi abogado no logró nada! –masculla furiosa.

Un llamado de Rossini interrumpe su desahogo:

–Comisaria, Axel Sosa, el delincuente muerto, ya había sido detenido en compañía de un tal Vasco Joaquín. Cuando fueron liberados por ser menores de edad, ambos declararon un mismo domicilio, en Fuerte Apache –le informa su asistente.

–Ya mismo mande un patrullero a buscarme –ordena la comisaria–. Tal vez en ese lugar descubramos si el asesino de policías tenía cómplices.

–¿Yo también voy? –pregunta Rossini.

–No. Prefiero que reúna toda la información disponible sobre este caso, para analizarla a mi regreso –responde ella.

Minutos después, el patrullero pasa a buscar a la comisaria Aberanda. Al llegar a Fuerte Apache, el vehículo policial ingresa lenta y silenciosamente a ese gigantesco aguantadero, ícono de la inseguridad bonaerense. Para acercarse al corazón de ese entramado de torres de hormigón erizado de rejas y construcciones precarias, los policías bordean basurales nauseabundos y cementerios de autos desguazados y quemados. Finalmente, se detienen frente a unas humildes construcciones, apoyadas en los muros ahumados y resquebrajados de un *monoblock*.

Aberanda desciende, se dirige a una casilla de chapas –con el frente perforado a balazos– y golpea la puerta. Una anciana, con una desgredada cabellera blanca, mirada dura y rostro curtido como pergamino, sale, apoyada en un rústico bastón. Está descalza y lleva puesto un gastado batón negro.

–¿Aquí viven Axel Sosa y el Vasco Joaquín? –pregunta la comisaria.

–Solo mi nieto Axel –responde la anciana.

–¿Y el Vasco?

–Vivía acá, de chico. Después se fue –contesta con una mueca de desprecio.

–¿Sabe dónde vive ahora?

–No –dice doña Aurelia Sosa, al tiempo que clava su arisca mirada en Aberanda y pregunta con desconfianza–: ¿Dónde está mi nieto?

Tras dudar un instante y temiendo la reacción, la comisaria responde:

–Su nieto murió. Lo siento mucho. Debe ir a la morgue de Morón a reconocer el cuerpo.

La cara de la anciana se transforma. Del estupor pasa a la furia. Su frágil brazo intenta levantar el bastón para pegarle a Aberanda, al tiempo que grita:

–¡Asesinos!

De pronto, como si hubieran pateado un hormiguero, una turba de chicos, adolescentes y algunos adultos comienzan a rodear a los policías bonaerenses y se suman al grito de la abuela de Axel:

–¡Asesinos! ¡Asesinos!

Cuando las primeras piedras comienzan a caer sobre el patrullero, la comisaria ordena la retirada. El chofer enciende la sirena, acelera el vehículo policial y conduce por calles polvorientas, en busca del asfalto y el camino a Morón.

De muy mal humor por la pueblada, Anahí Aberanda ingresa a su oficina. Sin darle tiempo a sentarse, su asistente se acerca y pone sobre su escritorio la tapa de *Crónica de Morón*. Como si el titular pudiera pasar desapercibido, Rossini lo había resaltado con marcador amarillo flúor.

“ ***Gatillo fácil en Castelar. Un policía bonaerense ejecutó a un adolescente indefenso. La víctima, de diecisiete años, fue baleada en la sien cuando se encontraba agonizando dentro de un auto robado.*** ”

–¿Qué es esto?! –exclama Aberanda furiosa, mientras su asistente baja prudentemente la vista–. ¿Algún otro carroñero repite esta infamia?

–Varios –murmura él, temiendo la reacción de su jefa.

–¡Tráigame todo lo que encuentre sobre el tema! –ordena ella–. Pero primero comuníqueme con Relaciones Públicas.

Casi de inmediato, Rossini la comunica:

–Hola, habla la comisaria Aberanda –se presenta con voz firme.

–Buen día, comisaria, aquí el oficial Muñoz. ¿En qué puedo ayudarla?

–Supongo que habrán leído lo del «gatillo fácil».

–Afirmativo, comisaria.

–¿Van a emitir un comunicado? –pregunta en un tono de voz que transmite su ansiedad.

–Ya preparamos un borrador, para cuando regrese el jefe.

–¿Regrese? ¿De dónde? –insiste impaciente.

–De Bahía Blanca.

–¡¿Bahía Blanca?! –exclama sorprendida.

–Sí. Fue a una ceremonia de entrega de nuevos patrulleros.

–Gracias –responde Aberanda, mientras blasfema mentalmente.

Al ver el gesto de su jefa, Rossini –siempre prudente– deja los otros diarios sobre el escritorio de la comisaria y se retira. Anahí respira profundamente y, mientras intenta no «darse manija»– comienza a leer:

LA VOZ DEL OESTE

Axel Sosa, el adolescente de 17 años que apareció muerto en Castelar, dentro de un auto robado, habría sido ultimado por la policía cuando ya estaba herido y no ofrecía resistencia.

CRÓNICA de MORÓN

El Departamento Judicial de Morón, inició una causa contra el sargento Bustos, de la Policía Bonaerense, por el homicidio de Axel Sosa, delincuente de 17 años que se tiroteó con la policía y asesinó al agente Medina. De acuerdo con la autopsia, Sosa recibió un «tiro de gracia».

CASTELAR DIGITAL

¿Héroe con licencia para matar? Luego de que la comisaria Anahí Aberanda calificara al sargento Bustos como «el héroe» que rescató al bebé de la familia Ayerza Unzué, los resultados de la autopsia revelan que Axel Sosa -el delincuente de 17 años- habría muerto de un disparo en la sien, efectuado desde muy corta distancia, cuando estaba desvanecido. Dada la gravedad de la situación, consideramos llegado el momento de que las máximas autoridades de nuestra provincia expliciten los límites éticos de la política de seguridad vigente.

Ante el escándalo mediático, Aberanda intuye que sus superiores van a «cortar por lo sano», sacrificando al policía involucrado. Decidida a jugar al límite, le pide a Rossini que la lleve hasta el hospital. Una vez allí, se reúne a solas con el sargento Bustos. Al salir, tiene grabada una declaración del policía herido, acusado de asesinar a Axel Sosa. Antes de compartir ese material con sus contactos periodísticos, Aberanda le hace escuchar la grabación a su asistente.

La voz de Bustos parece salida de ultratumba y sus palabras se entrecortan por accesos de tos: *El agente Medina había muerto y yo estaba gravemente herido, al punto de que todavía no sé si salgo de esta... En la oscuridad, escuché llorar al bebé secuestrado... A pesar de mis heridas, me acerqué al auto robado y vi a la criatura en el asiento posterior... Cuando intenté rescatarla, el asesino, que estaba recostado sobre el volante, levantó el arma homicida... y me defendí disparando primero... Hoy el pequeño Javi está con su mamá. Pero... ¿qué hubiera pasado si el asesino disparaba antes que yo?*

-Parece que Bustos tuvo una buena guionista -se permite bromear Rossini, mientras Aberanda esboza una mirada cómplice.

Por su parte, Paula Unzué, la madre de Javi, al ver las consecuencias judiciales del linchamiento mediático orquestado contra el sargento Bustos, decide

enviar una carta a *Clarín* para expresar su apoyo a quien había salvado la vida de su hijo.

Señor director:

Casi todos los medios de comunicación han informado el secuestro de mi hijo Javi, de once meses. Gracias a la intervención del sargento Bustos, aquel brutal acto de violencia se transformó en una gloriosa historia de supervivencia y culminó en una celebración de vida. Fue algo noble y verdaderamente extraordinario que un policía malherido rescatara a mi pequeño hijo.

Sin embargo, algo empaña esta alegría: la posible condena y encarcelación del heroico policía. Este no es el final que merece esta historia. Esto no debería suceder. No solo le cambiaría brutalmente la vida al policía que hizo lo correcto, sino que también perjudicaría al resto de los bonaerenses, sembrando dudas sobre el futuro accionar de las fuerzas de seguridad.

Paula Unzué de Ayerza

A pesar de estos intentos por defender al sargento Bustos, su suerte estaba echada. En pleno período electoral, las autoridades provinciales decidieron abortar el escándalo, mediante una decisión política: como la reacción violenta de Bustos podría haber sido consecuencia de tener sus facultades mentales alteradas, fue dado de baja e internado en un hospital psiquiátrico.

Capítulo IV: Fuerte Apache

El Vasco había nacido en Fuerte Apache y –tras ser abandonado por su madre– había sido acogido por doña Aurelia Sosa, una vecina que lo crió junto con su nieto Axel.

–Donde comen dos, comen tres. O ninguno –repetía doña Aurelia.

Axel y el Vasco comenzaron juntos la primaria, pero solo este último la terminó. Juntos, también empezaron sus correrías, arrebatos y robos piraña. Con el tiempo, los dos cayeron presos, pero –por ser menores– pronto fueron liberados. Axel era moreno y retacón. El Vasco era alto, de cabello castaño y ojos verde oscuro.

Ya tenían diecisiete años cuando sus caminos comenzaron a separarse. Axel se unió a la pandilla Monoblock 19 y se especializó en robar autos. Por su parte, el Vasco tuvo un golpe de suerte cuando comenzó a ganarse unos pesos, como trapito, cuidando coches durante eventos deportivos y musicales. Cierta noche, al finalizar un recital de la banda *Ella es tan cargosa*, vio que tres tipos estaban golpeando a un muchacho acompañado por una llamativa pelirroja. Después de tantos años de riñas callejeras, el Vasco disfrutaba eso de dar y recibir. Además, tenía aguante y manos pesadas. Movidito por las ganas de lucirse ante «la minita», salió en defensa de la pareja. Agarró una botella por el cuello y se plantó junto a la pelirroja y su acompañante, enfrentando a los patoteros. Al ver el cambio en la ecuación, los tres agresores dieron por terminado el pleito.

El muchacho agredido (apodado Pintita) resultó ser hijo de un encumbrado empresario, quien –entre otros negocios– era dueño del bar KUK, en Castelar. Agradecido, Pintita le dio una tarjeta personal a su salvador, para que pasara a visitarlo por el bar y ver qué podía hacer por él. El Vasco estaba dispuesto a ir, aunque solo fuera para ver de nuevo a la atractiva pelirroja, de la que solo conocía su nombre: Ema.

Más temprano que tarde, pasó por el bar KUK –en la calle Santa Rosa– y se encontró con Pintita, quien le hizo una propuesta concreta: cuidacoches de día,

sereno de noche, a cambio de unos pesos, casa y comida. Era su oportunidad de abandonar Forte Apache y el Vasco aceptó en el acto.

La vivienda resultó ser una prefabricada construida en la terraza del bar. Un monoambiente amplio y luminoso con la mejor cama que él hubiera usado en su vida. Como no había cocina y el baño no tenía ducha, podría bañarse en el vestuario del personal y comer en la cocina del local.

Pese a que estaba atento a la llegada de la pelirroja, pasaron varios días sin verla. Con el tiempo, se enteró de que era excompañera de Pintita en el Instituto Alberdi. Solo eran amigos, que concurrían juntos a recitales. Entonces, el Vasco podía intentar conquistarla sin temor a ser humillado por «la billetera que mata galán».

Cuando ya se había acostumbrado a su nueva vida, lejos de Forte Apache, el Vasco Joaquín recibió la estremecedora noticia de la muerte de Axel Sosa, en un enfrentamiento con la policía. A diferencia del Vasco, Axel siempre rechazó la idea de abandonar la villa. «Acá nací, acá voy a morir y acá me van a enterrar», solía decir.

Joaquín ya nada podía hacer por su amigo; en cambio, doña Aurelia, la mujer que lo había recogido y criado, acababa de perder a su nieto y necesitaba ayuda. Sin dudarlo, decidió ir a verla.

En cuanto lo ve llegar a su precaria casilla de chapa, la anciana –de pelo blanco, mirada trágica, rostro con arrugas profundas como cicatrices– sale a recibir a Joaquín con un reproche en los labios:

–¿Qué hacés acá?

–Quería darle un abrazo..., por lo de Axel..., por todo... –Se emociona el rudo muchachote, mientras besa a Aurelia.

–Gracias, querido –responde la mujer, mientras se protege del frío cruzando los brazos sobre su grueso y desgastado batón negro–. Pero ya está. Ahora, andate y no vuelvas. La yuta te está buscando.

–¿A mí? ¡¿Por qué?! –exclama sorprendido.

De pronto, se escucha una sirena policial y la anciana solo atina a gritar:

–¡Rajá, Joaquín, rajá!

Sin comprender lo que pasa, por puro instinto, él se escabulle por aquel entramado de callejuelas y pasillos que conoce desde su infancia.

La persecución había comenzado cuando un gendarme identificó al Vasco y avisó a la comisaria Anahí Aberanda, quien, de inmediato, regresó a Fuerte Apache.

Apenas el patrullero se detiene frente al domicilio de Aurelia Sosa y hace sonar su sirena, un encapuchado huye de la casa. Intuyendo que puede ser el Vasco, la comisaria desciende para perseguirlo y ordena a Rossini que, con el vehículo policial, le corte la salida por la otra esquina.

Aberanda se esfuerza por alcanzar al prófugo, pero él está en zapatillas, mientras que ella calza los incómodos zapatos del uniforme de gala. El encapuchado elige las callecitas internas, oscuras y sinuosas. Ella lo sigue tenazmente, tratando de no perderlo de vista. Para eso entrena todos los días. Ninguno va a darse por vencido. Corren, manteniendo la distancia entre ellos. Antes de llegar a la esquina donde espera el patrullero, el Vasco dobla por un angosto pasillo. Aberanda lo sigue.

Los minutos pasan y la fatiga se acumula. Ambos comienzan a sentir el esfuerzo, ya no tienen el ritmo del principio y regulan sus energías. Aberanda piensa en el policía asesinado por Axel y en el encapuchado que, supuestamente, es su cómplice. Motivada, redobla su esfuerzo. En un intento por escapar de su seguidora, el Vasco ingresa al peligroso territorio de una banda rival. Cuando ella se está acercando, el prófugo es interceptado por otros delincuentes, armados y dispuestos a eliminarlo. Sin dudar, el Vasco desenfunda y dispara. Sus rivales responden con ráfagas de FAL y comienza un tiroteo infernal.

El ruido es ensordecedor, el humo rancio y acre de los basurales se impregna de pólvora y nadie se asoma a mirar la peligrosa y repetida escena. Acorralado, el Vasco pateo la puerta de una casilla, se mete dentro y, desde una ventana, hace fuego contra sus agresores. La comisaria se protege de las balas detrás de un auto abandonado. Oportunamente, Rossini aparece en el patrullero y los agresores desaparecen por otro pasillo. Aberanda se reúne con su asistente y, juntos, ingresan a la casilla donde se refugió el Vasco. Un par de nenes, que

juegan sobre el piso de tierra, le indican una abertura que da al patio. Los policías salen, pero no ven a nadie. A lo lejos, se escucha el ruido de alguien que corre sobre los techos de chapa. La comisaria regresa al patrullero y le ordena a Rossini que dé la vuelta a la manzana, pero es tarea imposible. No existe una manzana como tal. Las construcciones están apiñadas, unas contra otras, en un mísero entretejido de ladrillos, hierros, rejas, maderas y chapa.

Rossini conduce hasta el destacamento de Gendarmería y pregunta si vieron a un encapuchado, de campera verde, *jeans* azules y zapatillas negras. Pero la respuesta es negativa. El Vasco debía haber escapado por alguna salida no controlada o estaría escondido en uno de los tantos aguantaderos de esa zona. Con las manos vacías, la comisaria y su asistente regresan a la Departamental Morón.

Abrumada por el fracaso y agotada por el esfuerzo físico en la ímproba persecución del encapuchado, Aberanda deja su arma y su placa sobre el escritorio y –luego de servirse un café en la taza con la impresión *Feliz Día de la Madre*– se desploma en su sillón giratorio. Con la cabeza apoyada en el respaldo, mirando el techo, permanece en silencio por un buen rato. Como las escenas son tan recientes –y se mantienen vívidas en su memoria–, es un buen momento para revisar mentalmente los detalles de todo lo ocurrido desde el robo del auto con Javi dentro. Aunque no hay pruebas de que Axel Sosa haya tenido un cómplice, la comisaria cree que el prófugo –supuestamente, el Vasco Joaquín– oculta algo. De lo contrario, no se hubiera arriesgado a fugarse. Su intuición puede parecer algo insignificante, pero para una buena investigadora no existen nimiedades.

Cuando vacía su taza de café, se levanta y, con su termo, llena otra. Sin dejar de pensar en el encapuchado, camina por su oficina, con la mirada perdida, esperando en vano que surja una explicación, una idea, una pista.

Bastante después del anochecer, agotada y frustrada por la falta de avances en su investigación, decide retirarse de su despacho y caminar la decena de cuadras que la separan de su departamento. El uniforme de gala, sin un capote, no es suficiente abrigo y el frío de la noche mortifica su delicada piel. Sin embargo, le despeja la mente.

Para olvidarse del encapuchado –supuestamente cómplice del asesino del agente Medina–, Aberanda piensa en sus hijos. Enciende el celular y repasa las últimas fotos juntos, un domingo del mes anterior: ¡qué hermosa tarde de cine habían disfrutado! Los extraña mucho. Inevitablemente, recuerda su divorcio y el fallo judicial que la privó de la tenencia. Está abatida y con ganas de bajar los brazos. Con gusto entraría en un bar para beber hasta emborracharse. Pero está con uniforme y en su charretera luce la insignia de comisario.

Capítulo V: La Bruja

Luego de complicadas vueltas para evadir a posibles perseguidores, el Vasco regresa a Castelar para retomar su trabajo de cuidacoches y sereno. Se jura no volver nunca más a Fuerte Apache, pero ignora qué datos tiene la Policía. Por las dudas, toma precauciones. Comienza a usar gorra con visera y anteojos oscuros, se deja crecer la barba y evita mostrarse en la calle o lugares públicos. Además, insiste en que lo llamen Joaquín y no Vasco.

Ya habían pasado algunas semanas desde la persecución policial, cuando ve a Ema ingresando al bar KUK. Estaba muy atractiva, con botas, chaqueta y minifalda de cuero que resaltaba sus curvas. Los labios y las uñas pintados de rojo oscuro, casi negro. El cabello rojizo deliberadamente despeinado y un irresistible brillo salvaje en sus ojos grises la hacían merecedora de todas las miradas. Dado que Pintita aún no había llegado, era la oportunidad de hablar con ella y se arriesgó.

A pesar de su reciente barba candado, cuando Joaquín se presenta, Ema no tarda en reconocer a aquel muchacho alto y musculoso, de espaldas anchas y manos grandes, pelo castaño y ojos verdes, que los había salvado de una patota. Agradecida, le dedica una sonrisa sensual y tentadora. Sentados a la barra, charlan largo rato. Cuando ella se saca el abrigo y queda con un perturbador top, escotado y sin breteles, el Vasco Joaquín descubre una piel muy pálida cubierta de extraños tatuajes.

–Parece que te gustan los *tattoos* –comenta.

–Me dedico a eso. Cuando quieras, podés pasar por mi taller. Está acá cerca –lo invita ella con voz insinuante.

–¡Posta! ¿Cuándo? –se precipita, impaciente, Joaquín.

–Cualquier día. Después arreglamos –responde ella, manejando la conversación con su estudiado modo de hablar, grave, pausado e intrigante.

–¿Qué son esos tatuajes? –pregunta él.

–Significan que soy una bruja –responde Ema, mientras se muerde el labio inferior en un gesto enigmático.

–¿Me estás jodiendo? –bromea Joaquín, y se siente recompensado al ver que logra robarle una sonrisa a la pelirroja.

Sin tomarlo a mal, ella le pregunta:

–¿Conocés los nuevos movimientos religiosos?

–Ni idea –responde con sinceridad.

–No hay drama. Te puedo prestar libros...

–No, gracias –la interrumpe él–. Los libros no son lo mío. Pero otro cantar sería que me lo explicaras vos...

–OK. Lo primero que tenés que saber es que los ritos de los Nuevos Movimientos Religiosos son aceptados como simples ceremonias religiosas – argumenta ella.

–¿Qué ritos?

–Los ritos demoníacos –dice Ema con naturalidad, mientras hace señas al *barman*, pidiendo otra cerveza.

–¿Ritos demoníacos? No me jodas, ya no soy un pendejo –reacciona incrédulo–. Contame la justa, preciosa.

–El demonio existe. Para la Iglesia, es alguien que se rebeló contra Dios – explica, con un tono de voz convincente y seductor.

–Lo único que me faltaba –murmura Joaquín, moviendo la cabeza en un gesto fatalista.

–¿Qué cosa? –pregunta Ema.

–Enredarme con una mina rara como vos.

Ema festeja la ocurrencia, se ríe y toma un largo trago de cerveza. Luego, con renovada paciencia, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, reinicia el fascinante adoctrinamiento. Le habla de Satán, del demonio, de la misa negra y el sexo como ritual satánico. Joaquín está confundido, no entiende mucho, pero escucha embobado y, poco a poco, se deja convencer, sin preguntarse si está jugando a la seducción o entregando su alma al diablo.

Aquella tarde, de acuerdo con lo acordado, Joaquín va a visitarla y comprueba que Ema vive en un lugar horrible. En Merlo y Ventura Bustos, cerca del Acceso Oeste. Con muy poca imaginación y mucho mal gusto,

habían reciclado el interior de una clínica abandonada y, tras subdividirla, alquilaban los nuevos espacios como supuestos *lofts*. El exterior del edificio conserva las marcas del tiempo en sus enmohecidas paredes, mientras que las pequeñas aberturas de ventilación siguen ostentando el óxido, que chorrea por los barrotes. Como acceso a este engendro edilicio, se utiliza una antigua puerta de hierro, ahora pintada de negro.

Una vez que Joaquín toca el timbre de la unidad 3, Ema abre personalmente la puerta. Su roja melena cae sobre la cara lavada. Sin maquillaje, parece más linda que la noche anterior: tan blanca, tan exótica y tan seductora que Joaquín se siente atraído sin remedio. Con un gesto de bienvenida, ella le pide que la siga por un angosto y mal iluminado pasillo hasta otra puerta de metal. Tras abrir la doble cerradura, lo hace pasar a un espacio que a él le parece tétrico y enorme. No demasiado ancho, pero sí larguísimo.

Hay olor a humedad y a velas quemadas. La primera sensación es como entrar a una capilla abandonada convertida en sala de máquinas –o viceversa–, donde los elementos más diversos conviven en total desarmonía. Los techos son altos y de hormigón armado, las paredes descascaradas apenas han recibido una mísera mano de cal y los vidrios de las ventanas –como las viejas cañerías a la vista– están pintados de rojo y negro. Cerca de la puerta, hay varias sillas de distinto tamaño, forma y color. A la derecha de la entrada, se extiende un ambiente delimitado por un panel con afiches de la banda de rock Kiss y otras imágenes de similar estética: jóvenes con cadavérico maquillaje facial, extravagantes trajes, crestas de pelos o cabezas rapadas, camperas de cuero con tachas, botas de estilo militar, *jeans* gastados o rotos y abundancia de tatuajes o *piercings* como los que la dueña de casa luce en sus labios.

Ema enciende una potente lámpara y le muestra su taller. Hay una máquina profesional de tatuajes, una autoclave esterilizadora, gran variedad de agujas, tintas y numerosos álbumes con diseños y tipografía. En la galería de fotos con los trabajos terminados, predominan los símbolos de magia, el ocultismo y el mundo espiritual demoníaco. Evidentemente, la pelirroja tiene una fuerte inclinación hacia las ciencias ocultas y lo expresa en sus tatuajes. Para amenizar la espera de sus

clientes, hay varios ejemplares de revistas: *Rolling Stone*, *Black Metal Magazine* y *Nuestro Castelar*, donde se promociona el negocio «Ema Tattoo».

A lo lejos, en la penumbra, detrás de otra mampara rojinegra, Joaquín descubre una enorme cama con respaldo de hierro forjado, que sujeta cadenas y correas propias del sadomasoquismo. Mientras él disimula su asombro, Ema le muestra su colección de CD de *black metal*: The Rolling Stones (*Their satanic majesties request*), Iron Maiden (*666, The number of the beast*), Black Sabbath (*Heaven and hell*), AC-DC (*Highway to hell*), Venon (*In league with Satan*), entre otros.

Mientras Joaquín mira con curiosidad las fotos y los afiches –algunos extraños, otros directamente siniestros–, Ema saca un par de porrones de cerveza bien fríos y, tras chocarlos, ambos beben de los picos.

Cuando las primeras botellas de cerveza ya están vacías, Ema trae otras dos y lo lleva hasta un rincón. Detrás de una mampara totalmente negra, una tabla ostenta la enigmática inscripción: *IN NOMINE DEI NOSTRI SATANAS LUCIFERI EXCELSI*. Un poco más abajo, una imagen representa a un hombre con cabeza de cabra. Sobre una mesa con un mantel rojo sangre, hay una vela negra, una campana, una calavera y una daga ceremonial.

–¿Qué es todo esto? –pregunta sorprendido Joaquín.

–Es un altar de la Iglesia de Satán –responde ella con un misterioso susurro reverencial.

–¿No es algo prohibido? –insiste desconfiado.

–¡No! ¡Fue legalizada en 1966! –responde ella.

–Y vos... ¿qué onda? –pregunta él, sin encontrar las palabras adecuadas.

–La Iglesia de Satán representa el individualismo y la rebeldía –comienza ella, y luego agrega–: Consideramos que la felicidad se consigue satisfaciendo nuestros impulsos. Creemos que la vida es aquí y ahora.

Y, ante el silencio de Joaquín, pregunta:

–¿Qué te parece?

–Mi vida siempre es aquí y ahora –responde él, acompañando con una sonrisa aquella respuesta que le había parecido original.

–¡Tenés razón! –dice Ema, encantada con lo que acababa de escuchar–. Ahora vení, que te muestro algo más –agrega señalando una imagen humana con cabeza de cabra–: Este es Baphomet, un macho cabrío con rasgos humanos que simboliza al demonio.

–¿Y por qué tenés todo esto acá?

–Porque tiene un valor iniciático.

–¿De qué estás hablando? No entiendo una goma de lo que decís. La verdad, preciosa, yo pensé que me habías invitado para otra cosa –confiesa Joaquín, con brutal sinceridad.

Lejos de ofenderse, Ema solo cambió su estrategia.

–¡Disculpame, bombón! Tenés razón. Yo te invité para otra cosa –susurra ella en tono sensual, mientras comienza a desvestirse con una coreografía lenta e irresistible.

Mudo, Joaquín la observa con avidez e impaciencia. Su mirada se pierde entre los botones de la blusa que se van abriendo, en la sinuosa elasticidad del *minishort* que empieza a caer y en la atracción de sus pies descalzos. Está enajenado. Imagina la textura de esa piel transparente, el sabor de aquellos labios carnosos y la calidez de esos muslos perfectos. La desea tanto que no se pregunta por qué una mujer tan atractiva querría seducir a un tipo como él.

En cambio, Ema –con la paciencia y astucia de un cazador– está segura de lo que hace. No dudó al momento de escogerlo ni dudaría a la hora de concretar su propósito.

Por un instante, Joaquín imagina que está soñando. Le cuesta creer que su fantasía se haya convertido en realidad. Está desnudo y Ema –también desnuda– lo lleva de la mano hasta la enorme cama de hierro negro. Las cadenas, capuchas y látigos de cuero incitan su curiosidad, como un lujurioso juego preliminar. Una vez acostados, mientras él explora los tatuajes escondidos en el sensual vello púbico de la pelirroja, ella huele, besa, lame y –con pequeños mordiscos de dolor y placer– saborea el cuerpo de Joaquín, quien apenas puede controlar su excitación. Ema es una mujer apasionada y fogosa, distinta a todas las que él había conocido. Desenfrenada, amante de los excesos, con deseos exóticos y

gustos extravagantes. Una mujer manipuladora que disfruta del poder y el control y que no dudaría en convertirlo en su esclavo con tal de obtener placer erótico. Tan irresistible como temible.

Mientras hace sonar un gong, la pelirroja comienza un rezo:

–En el altar del diablo, arriba es abajo, placer es dolor, oscuridad es luz, esclavitud es libertad, y locura es cordura.

Inmerso en esa extraña ceremonia, mientras se besan con furia y desesperación, Joaquín siente una inquietud cercana al miedo.

Capítulo VI: Hijos

–¡Comisaria! –exclama Rossini, arqueando las cejas en señal de admiración y mudo piropo.

No es para menos. Aquella mañana de septiembre, la siempre interesante Anahí Aberanda muestra una actitud diferente. Caminaba de manera más relajada, más femenina, sin disimular su belleza. Había abandonado el severo rodete, dejando que su cabello azabache cayera libremente sobre los hombros. Sus labios entreabiertos –pintados de rojo– insinúan una sonrisa auténtica. Pero lo más llamativo es el desacostumbrado brillo de felicidad en sus ojos.

–¿Es la primavera o hay algo más? –se anima a preguntar él.

–¡Mis hijos! ¡Recuperé la tenencia compartida! –responde ella, mientras una sonrisa ilumina su rostro.

–¡Felicitaciones!

–No es la panacea, pero es bastante justo. Pese al divorcio, ahora ambos padres tenemos que ocuparnos de la crianza. Compartimos gastos y los tenemos con cada uno de nosotros la misma cantidad de tiempo.

–¿Y cómo la pasaron ayer?

–De maravilla. Con mis dos hijos tomados de la mano, salí del juzgado sintiéndome la protagonista de una historia con final feliz. En cuanto subimos al auto, como broche de oro para ese retorno triunfal, les propuse que, por única vez, podían pedirme cualquier cosa. En medio del griterío, Fede, mi hijo mayor, se descolgó con «vamos a Disney» y Gastón, su hermanito, con «quiero un pony».

–Es que usted se las dejó picando –bromea Rossini.

–Sí. Y para corregir mi error, les expliqué que el ofrecimiento era para cualquier cosa que quisieran hacer en casa. Para mi sorpresa, el mayor pidió «cocinar como en lo de papá» y el otro agregó «pizza con azúcar». De inmediato, les tomé la palabra, ya que, por suerte, tenía todos los ingredientes. Una vez que llegamos a mi departamento, mis hijos tiraron las mochilas en un rincón, fueron a la cocina y empezaron a buscar utensilios. Sin tiempo para cambiarme de ropa,

me encontré con seis manos metidas en un bol, donde revolvíamos levadura con agua. Luego de agregar harina, aceite, sal y azúcar, la mezcla se nos pegó insoportablemente en los dedos. Entre risas, agregamos más harina, hasta en los pelos, y volcamos la mezcla sobre la mesada de la cocina, donde con las seis manos amasamos con fuerza, de un lado y del otro, hasta que armamos el bollo. En plena algarabía, metimos la masa en otro recipiente para que reposara.

»Aprovechando su entusiasmo, como parte del juego, los llevé hasta el baño y los metí en la ducha. Obviamente, terminé tan mojada como ellos, pero feliz de verlos reír a carcajadas.

»Ya en pijama, cuando destapamos la masa y vimos que había crecido lo suficiente, entre frases de admiración volvimos a ponerla en la mesada, para estirla y, a falta de rodillo, la amasé con una botella de vino. Después, la dejamos reposar un poco más, mientras mis nenes discutían por los condimentos. Como Fede la quería con aceitunas, pero Gastón las odiaba, opté por la salomónica «mitad y mitad». Finalmente, mientras la horneaba, se me ocurrió pedirles los cuadernos del colegio. Lo que siguió fue un balde de agua helada que arruinó la alegría del momento. Federico se había convertido en el rey de los aplazos y Gastón coleccionaba «insuficientes». Estaban llenos de malas notas y llamados de atención, firmados por el irresponsable de mi ex.

–¿Y usted no sabía nada? –pregunta Rossini.

–Nada de nada –responde Anahí, con una mirada que mezcla tristeza y bronca–. Mi ex nunca me había comentado este desastre escolar. Yo solo veía a mis hijos domingo por medio y trataba de darles los gustos y pasar un buen rato. Lo más frecuente era que yo preguntara si estaba todo bien y ellos respondieran «sí» al unísono. Ahora me doy cuenta de que no debí ser tan confiada... En fin, lo cierto es que, durante un año, mientras mis hijos se desbarrancaban, yo no miré los cuadernos. Cuando vivían conmigo, eran alumnos que pasaban desapercibidos por no ser ni muy buenos ni muy malos. En cambio, ahora, gracias al padre, dan lástima.

Sorprendido por las inusuales confianzas de su jefa, Rossini solo atina a preguntar:

–¿Y qué les dijo?

–Hasta ahora, nada. No tenía sentido arruinar el momento del reencuentro. Además, esta situación no se puede revertir en un día. Pero, desde esta noche, tenemos que enfrentar el problema entre los tres y buscarle solución. Como todo se vino abajo en este último año, me inclino a pensar que perdieron el hábito de estudiar. Pero la verdadera respuesta me la tiene que dar la escuela. Mientras tanto, voy a evitar reproches y castigos. La responsabilidad no es de mis hijos, sino del padre, mía y del juez, que hace un año me quitó injustamente la tenencia.

–¿Y ahora por qué se modificó el fallo judicial? –pregunta él.

–Porque logré revertir el argumento de las condiciones ambientales – comienza a explicar ella–. Cuando me separé de mi marido, él se fue y ni siquiera me pasaba dinero para el alquiler de la casa familiar. Con mis hijos tuvimos que mudarnos a un monoambiente, lo único que podía alquilar con mi sueldo de policía. Además, con este trabajo sin horarios, Fede y Gastón pasaban buena parte del día solos. Eso le bastó a este juez para quitarme la tenencia. Ahora, con el sueldo de comisaria, alquilo un departamento más grande y, de ser necesario, mi mamá puede quedarse a cuidar a los chicos.

En ese momento, la conversación se interrumpe porque ella recibe un llamado urgente y él se retira de la oficina, para que su jefa pueda hablar tranquila.

Son malas noticias. Luego de la sorpresa inicial, la preocupación y la desazón van invadiendo el rostro de Aberanda. Apesadumbrada, cuelga el teléfono y se deja caer en su sillón. Finalmente, llama a Rossini y le informa:

–Mataron al hijo del sargento Bustos.

–¿El que está en el manicomio? –pregunta el asistente.

–Sí.

–¡Pobre tipo! ¿Cómo fue?

Mientras camina cabizbaja por su oficina, ella responde:

–Anoche asesinaron a una pareja que estaba dentro de un auto estacionado junto a la colectora del Acceso Oeste, bajo el puente de San Pedro, en Castelar Norte. Ahora los identificaron. Se trata de Ada Sunz y Marcelo Bustos, ambos de dieciocho años.

–¿Fue otro robo que terminó mal? –arriesga Rossini.

–Eso tendremos que averiguarlo. En principio, no es lo que parece, porque las víctimas tenían sus celulares y algo de dinero.

–¿Fue un crimen pasional? –sugiere él.

–Hay varias hipótesis, yo no descarto ninguna. Tampoco la venganza – dice ella.

–¿Venganza?

–Sí. El padre de Marcelo Bustos fue expulsado de la Bonaerense y encerrado en un manicomio por matar a Axel Sosa. Este pandillero de Fuerte Apache tenía un compinche apodado Vasco, que se esfumó. Por eso, no descarto que haya reaparecido en busca de venganza –concluye Aberanda.

–¿Quién está a cargo de este caso? –pregunta él.

–Acabo de pedir que lo dejen en mis manos –responde la comisaria.

–¿Y cuándo empezamos?

–¡Acabamos de empezar! Usted tiene que abrir un nuevo archivo y transcribir las hipótesis que recién mencionamos. Pero antes consígame los antecedentes de Marcelo Bustos –ordena ella–. Yo voy a hablar con mi colega de la Policía Científica para pedir el informe completo de la escena del crimen. También necesito acceder a la memoria de los celulares de las víctimas. Quiero tener toda la información relevante para analizar hasta el más mínimo detalle. Mientras me llegan los datos, voy a ir a darle el pésame a la mamá de Marcelo y, de paso, trataré de averiguar algo útil para la causa.

–¿Me equivoco o está tomando este caso como algo personal? –pregunta el asistente.

–Bustos es un excolaborador mío encerrado en un manicomio y a quien acaban de matarle su único hijo. Como madre y como funcionaria, quiero acompañar a la señora de Bustos en este terrible momento. En cuanto al asesinato de Marcelo, si por una extraña jugada del destino estuviera involucrada la pandilla de Fuerte Apache, le aseguro que, si vuelvo a cruzarme con el Vasco, no se me va a escapar de nuevo.

Ya anochece y comienza a refrescar, cuando Anahí se detiene en Álvarez Jonte y Malvinas Argentinas, un olvidado rincón de Castelar donde recién está llegando el asfalto. En la esquina, hay una casa humilde, que conserva el antiguo cerco de alambre tejido por donde trepan libremente las enredaderas. Como no hay timbre, golpea las manos y aparecen varios perros ladrando por obligación. Atraída por el bochinche, sale la dueña de casa.

Débora Roth de Bustos camina encorvada, agobiada por el peso de su desgracia infinita. Tiene unos cincuenta años, es delgada, con el cabello rubio ceniza apenas recogido, tez muy blanca, inmensas ojeras, una mirada opaca – como sin vida– y un rictus trágico en sus labios flacos.

–Lamento muchísimo lo de Marcelo –le susurra Ahahí, al oído, mientras abraza a esa mujer, que se hundía en un llanto inconsolable.

Ya en el interior de la casa, las mujeres se sientan en un rústico sillón y hablan de Marcelo.

–A pesar de sus dieciocho años, todavía estaba en plena adolescencia – comienza la madre–. Había terminado la secundaria, pero dudaba sobre qué carrera estudiar. Como no queríamos que fuera uno de esos que no trabajan ni estudian, se ganaba unos pesos ayudando en un bar. Ayer me había pedido permiso para usar el auto del padre, yo accedí y mire cómo terminó –se recrimina, sin poder contener el llanto–. ¿Puede entenderlo?

Anahí no es capaz de responder. Sabe que la muerte siempre es atroz e incomprensible, pero, en este caso, no hay palabras.

Capítulo VII: Crónica de un despido

En cuanto comenzaron a despedir periodistas, supe que mi carrera profesional había llegado a su fin. Al abrir la puerta de la gerencia, mientras mi jefe evitaba la mirada, el abogado me invitó a sentarme y dijo:

–Señor Domecq, *El Diario* tuvo que acogerse al procedimiento de crisis y usted, como el resto del personal desvinculado, percibirá la indemnización que fija la ley. Ahora tiene que firmar la notificación.

Una vez que firmé, con el mismo tono impersonal, el abogado sentenció:

–Es todo. Puede retirarse.

Sin decir una palabra, sin siquiera saludar con un movimiento de cabeza, di media vuelta y salí.

Esa breve escena cambió dramáticamente mi vida, quedó grabada en mi memoria y sigue repitiéndose como una pesadilla sin fin.

Yo no había imaginado ese final. Tras ejercer el periodismo durante cuatro décadas y sin haber completado los trámites para mi jubilación, no esperaba quedar desocupado en esa etapa de mi vida.

Mi historia, como la de muchos periodistas de mi generación, se había forjado en salas de redacción impregnadas por el olor a tinta y el ruido de las viejas máquinas del taller de imprenta con el que se compartía el edificio. Desde muy joven, siendo aprendiz, solía quedarme en la redacción –fuera de mi horario de trabajo– para presenciar las discusiones tendientes a acordar los temas que irían en la edición del día siguiente. Como la mayoría de mis veteranos colegas, yo fui autodidacta. Ningún diploma de periodista garantizaba que estuviéramos capacitados para desempeñar esa profesión que, además de informar, contribuye a formar la opinión de los lectores. Pero no éramos improvisados. Nuestra falta de formación académica en periodismo había sido compensada por una adicción a las ciencias sociales: historia, política, sociología, economía y literatura, entre otras. Así, aprendimos la importancia de observar, preguntar, investigar, interpretar y verificar, antes de escribir, contar y publicar.

En mis comienzos en esta profesión, la tecnología aún no había reemplazado a la libreta de notas ni la ética había sucumbido en el altar de las primicias. A pesar de que el poder político y económico siempre intentó evitar que la prensa publicara sus trapos sucios, nuestro mayor desafío era desempeñar el periodismo con dignidad, defendiendo la libertad de expresión y evitando la autocensura. Lamentablemente, en todas las épocas, el ideal de independencia profesional chocó con la política editorial de los dueños de los medios de comunicación.

Mi inesperado despido llegó pocos años después de la muerte de Leonor, cuando yo aún no había logrado superar su pérdida. Estaba solo, sin trabajo ni ingresos, privado de ejercer mi profesión. Sumido en la introspección y el pesimismo, me sentía aislado del mundo. Atormentado por preguntas sin respuesta, volví a hundirme en una crisis existencial: ¿y ahora qué?, ¿qué hago?, ¿para qué seguir viviendo?

A medida que pasaba el tiempo, en mi profunda soledad, comencé a escuchar la voz de Leonor. Por un lado, temía estar enloqueciendo, porque ella estaba muerta. Pero, por el otro, conversar con el amor de mi vida era la mejor forma de ocupar mi tiempo.

–¿Por qué dejaste de buscar trabajo? –preguntó ella, con voz atemporal.

–Porque ya nadie necesita a un experiodista de más de setenta años – respondí resignado.

–Tal vez sea un error no seguir intentando –sugirió.

–¡Me cansé de mendigar! ¡Ya no soporto la vergüenza de un nuevo rechazo!

–¿Y qué vas a hacer, mi amor? –preguntó con cariño.

«Irme con vos» iba a ser mi respuesta, pero un incontrolable sollozo anudó mi garganta y solo pude contestar encogiéndome los hombros.

Pasaron los años, logré jubilarme y, de tanto en tanto, gano unos pesos escribiendo notas de manera *freelance*, para *Castelar Digital*. Durante todo este

tiempo, Leonor nunca dejó de hablarme y, entre tantos temas, acaba de hacerme una propuesta:

–Ahora que tenés tiempo, podrías desempolvar tu sueño de escribir el relato novelado de un hecho real, siguiendo los pasos de quienes entretejieron periodismo y literatura, como tus admirados Rodolfo Walsh, Osvaldo Soriano, Tomás Eloy Martínez y Gabriel García Márquez.

–¿Comenzar de cero a esta altura de mi vida? –pregunté escéptico.

–Nunca es tarde para ser escritor. Empezar a escribir no es como iniciarse en un deporte, los años no pesan. Raymond Chandler comenzó a escribir a los cuarenta y cuatro años, cuando quedó sin empleo durante la Gran Depresión. Saramago recién empezó a publicar cuando ya casi era sexagenario –argumentó Leonor–. Para muchos, la tercera edad fue el período más fructífero, satisfactorio y creativo de sus vidas.

–Pero... –empecé a balbucear.

–¡No hay excusas! –me interrumpió ella con energía–. Siempre te consideré capaz de escribir una versión criolla de *A sangre fría*, de Truman Capote, y ahora estoy convencida de que te llegó el momento de hacerlo.

De pronto, aquella interesante conversación imaginaria fue interrumpida por el maullido de uno de los gatos, que reclamaba comida. Me levanté y caminé hasta la cocina. Si bien Leonor había elegido nombres ingeniosos para sus amados felinos, para mí eran, simplemente, el blanco, el negro y el gris. Apenas encendí la luz, el gato blanco se me acercó, el negro –cómodamente apoltronado en una vieja silla– maulló, mientras que el gris movía la cola notificando su presencia. Sin demora, puse sobre la mesada sus tres recipientes plásticos de distinto color, vertí alimento balanceado en cada uno de ellos y agregué similares cantidades de carne picada cruda. Finalmente, deposité los tres recipientes sobre el piso de la cocina, alejados entre sí, para comodidad de los comensales.

Una vez cumplida mi obligación alimentaria, puse agua a calentar. Luego, con el termo, el equipo de mate y un paquete de bizcochos de grasa, me dirigí a la sala de estar, encendí la computadora y comencé a revisar las noticias. Había un tema que estaba presente en todas las portadas: el caso Chocobar. En diciembre

de 2017, Luis Chocobar, agente de la Policía Bonaerense, para defender a un turista en La Boca, mató a un ladrón y terminó procesado por homicidio. Para algunos, se trataba de un policía heroico. Para otros, era un asesino a sangre fría. La polémica estaba abierta y este escabroso caso policial se transformó en una grieta mediática, donde todos se consideraban dueños de la verdad y denostaban a quienes pensaban distinto.

A simple vista, parecía un tema ideal para encarar el desafío literario que me había planteado Leonor. Pero en cuanto comencé a bosquejar el relato, comprendí que esa historia todavía no tenía final. El caso Chocobar estaba en manos de la Justicia y la sentencia demoraría años. No obstante, en mis tiempos de periodista, había cubierto otros casos similares. Sin ir más lejos, meses atrás, había escrito una nota sobre el caso Javi, el pequeño bebé de la aristocrática familia Ayerza Unzué, que había sido secuestrado. En aquel entonces, los elogios y las críticas cayeron sobre el sargento Bustos, quien enfrentó al secuestrador, lo mató y liberó a la criatura. En un principio, él fue considerado un héroe y modelo para imitar, pero luego se lo acusó de «exceso en la legítima defensa». Finalmente, se le diagnosticó una enfermedad mental y terminó encerrado en un manicomio.

Por un momento, sentí que Bustos había protagonizado una historia que merecía ser contada y que yo podía escribir. Pero, cuando el cucú marcó la medianoche (como en Cenicienta), se rompió el hechizo. Tenía el tema para mi relato, pero me sentía impotente frente al maleficio de la hoja en blanco. Lo más razonable era enfriar mi excitación de principiante y dejar las ideas en maceración durante un tiempo prudencial.

A la mañana siguiente, cuando la claridad comenzaba a filtrarse por las ventanas, entré a la cocina y me topé con la mirada de los gatos, indiferentes, porque aún no era la hora de su comida. El blanco estaba sobre un tapete; el gris, bajo un armario y el negro, en su silla. Puse agua a calentar y encendí el televisor. Las imágenes del noticiero eran las habituales: protestas, inseguridad, denuncias de corrupción. Pero me sorprendió ver que la violencia había llegado a Castelar, en la terrible forma de un doble homicidio. Luego, al escuchar que una de las

víctimas se apellidaba Bustos, me pregunté si tendría algo que ver con el controvertido policía encerrado en un manicomio. Para sacarme la duda, en cuanto el agua estuvo lista, llevé el termo y el mate hasta la mesa de la computadora, la encendí y comencé a investigar.

Mientras me cebaba unos amargos, consulté la aplicación que reúne las noticias de los diarios y revistas más importantes de nuestro país.

LA VOZ DEL OESTE

Aparecieron muertos dos jóvenes. Se trata de **Ada Sunz** y **Marcelo Bustos**, ambos de dieciocho años, quienes se encontraban en el interior de un auto estacionado en Castelar Norte. Se desconoce el móvil del asesinato, pero fuentes policiales no descartan que se trate de **una venganza**, dado que el padre de Marcelo Bustos es un expolicía de la provincia de Buenos Aires.

CRÓNICA de MORÓN

Maldita inseguridad: Asesinan a un joven de dieciocho años, hijo de un oficial retirado de la Bonaerense. La señora Débora Roth de Bustos, madre del fallecido, exclamó: «¡Quiero ver preso al asesino de mi hijo!». Además, opinó que «los

CASTELAR

DIGITAL

El asesinato del joven Marcelo Bustos podría tratarse de una venganza, ya que su padre –exsargento de la Policía Bonaerense– está acusado de matar a sangre fría a Axel Sosa, el pandillero de diecisiete años que había secuestrado al pequeño Javi Ayerza Unzué.

En cuanto leí que la muerte de esa pareja de jóvenes podía estar vinculada con una venganza, me convencí de que la familia Bustos debía ser la protagonista de mi novela policial, basada en estos crímenes ocurridos en Castelar.

Capítulo VIII: A sangre fría

A pesar de mi vasta experiencia periodística, me siento como un escritor primerizo frente a la hoja en blanco. Estoy incursionando en un terreno que no había explorado antes: la versión novelada de hechos policiales reales. Concretamente, los que involucraron a la familia Bustos.

Dada mi admiración por Truman Capote, Leonor me había sugerido seguir los pasos de este escritor que revolucionó las letras de los años 60. En *A sangre fría*, con una genial combinación de técnicas periodísticas y literarias, Capote había utilizado la narración de un hecho real, el asesinato de la familia Cuttler, para construir una novela con carácter verídico. Así, focalizándose en la recopilación de datos, reconstruyendo los hechos y mostrando la realidad entrelazada con la ficción, logró la conjunción de la narrativa tradicional con el reporte periodístico en un nuevo género literario.

Si bien tanto la literatura como el periodismo se expresan mediante el lenguaje de las palabras, para mí siempre existió una frontera entre ambos. El periodismo tiene como objetivo aportar información inmediata y veraz sobre lo que pasa en el mundo. En cambio, la literatura es un arte que –mediante la imaginación y la sensibilidad estética– busca conmover la inteligencia y generar emociones. El periodismo trabaja con la realidad y la literatura lo hace con la ficción.

Antes de publicar *A sangre fría*, Truman Capote ya era periodista y escritor. Pero yo solo soy periodista y nunca escribí un poema ni narré algo que solo existiera en mi imaginación. Mi única relación con la literatura es por medio de la lectura. Creo ser un buen lector, alguien que intenta involucrarse con lo que lee. Algo así como el lector-cómplice que imaginaba Cortázar. Pero nada más. Sin embargo, me atrae la posibilidad de creación ilimitada que ofrece una novela. Un espacio de libertad –sin las presiones comunes en los medios de comunicación– donde el límite sea mi propia capacidad en materia de rigor informativo, chequeo de fuentes y calidad de narración. Por lo tanto, para llegar a buen puerto, debo encarar mi investigación periodístico-literaria con la tenacidad e inteligencia de un

detective que busca resolver un enigma y con la coherencia temática, argumental y estructural que exige el género policial.

Al concebir *A sangre fría*, Capote contaba con el aporte de un manuscrito donde uno de los protagonistas había relatado sus crímenes, pero yo parto de cero. La frágil piedra fundamental de mi proyecto literario consiste en acceder al manicomio donde está internado el exsargento Bustos, ganarme su confianza y lograr que me cuente su historia. Sin duda, esta será una tarea tan difícil como delicada.

Como primer paso, antes de enfrentar a Bustos, tengo que conseguir información objetiva sobre el asesinato de su hijo Marcelo. Lamentablemente, ya se jubiló el Flaco Ochoa, mi fuente confiable en los órganos de investigación criminal. En su momento, el Flaco era la llave de acceso a la información reservada. Pero, sin su ayuda, debo comenzar a golpear puertas y pedir citas, como un novato. Lo único bueno es que ahora puedo recurrir a los buscadores de Internet, esta poderosa herramienta con la que no contaba en mis épocas de periodista.

Todo era desidia, abandono y tristeza. El hospital psiquiátrico tenía las paredes destruidas por la humedad y en los hediondos pabellones los internos dormían apiñados para combatir el frío. Encerrado en ese depósito de alienados, lejos de su familia y privado de su trabajo, Bustos era una hoja en la tormenta existencial, arrastrada por el viento, sin dirección ni significado.

A través del vidrio roto de una ventana protegida por barrotes, el exsargento prestaba atención a los primeros rayos del sol que trasponían el paredón del manicomio. Aquella era una mañana especial y él estaba atento al transcurso del tiempo. Ese día le permitirían salir al parque y volver a recibir visitas.

Llegada la hora, y acompañado por un celador, redescubrió el verdor de esos jardines que no podía ver desde las ventanas de su pabellón. Luego, se sorprendió al comprobar que el visitante no era su esposa ni un amigo, sino un desconocido. Un hombre alto, delgado, canoso y prolijo, pero llamativamente miope, con unos gruesos lentes de armazón de carey oscuro.

Sentado en el jardín del hospital, vi llegar a un celador con un interno de mediana edad, que debía ser Bustos. Tenía espaldas anchas, barba desprolija, rostro demacrado y mirada severa,

–¡Hola! –saludé y me presenté–: Mi apellido es Domecq, soy periodista y estoy escribiendo una nota para *Castelar Digital*.

–¿Y? –preguntó Bustos, con voz ronca y un gesto de indiferencia.

–La nota es sobre los crímenes de Castelar, incluido el de su hijo Marcelo.

–¿Habló con el borracho? –reaccionó ansioso Bustos.

–¿Cuál borracho? –pregunté, sorprendido.

–¡Entonces, no sabe nada! –concluyó Bustos con una mezcla de desilusión y desprecio.

Ante semejante reacción, dudé en continuar con la entrevista, pero pensé en Leonor y decidí seguir adelante. Luego de varios rodeos y exagerando la colaboración que el periodismo podía aportar al esclarecimiento del asesinato de su hijo, logré que Bustos aceptara mi presencia y, poco a poco, comenzara a compartir su desgarradora historia.

–Nada puede superar el dolor, la impotencia y la rabia por la muerte de un hijo, máxime si es asesinado –comenzó–. Las autoridades del hospicio me autorizaron una salida transitoria para acompañar a mi esposa Débora durante el velorio, el sepelio y un par de días más. Los dos estábamos destrozados. Casi no comíamos ni dormíamos. Nos desvelábamos y, con tal de no hablarnos, encendíamos el televisor, para ver cualquier película. Fue así que, cierta madrugada, estábamos viendo *Zodiac*, basada en un caso real, investigado en el libro homónimo escrito por Robert Graysmith. Allí se narra la búsqueda del asesino del zodiaco, autor de una serie de crímenes, en el norte de California, durante las décadas del 60 y del 70.

De inmediato, sobresaltado, le comenté a mi esposa las coincidencias entre esa película y el asesinato de nuestro hijo. Ella lo tomó mal y me criticó por buscar

venganza en lugar de compartir su duelo por la muerte de Marcelo. Luego apagó el televisor e intentó dormir.

Por mi parte, acostado en la cama, en plena oscuridad, yo seguí atando cabos y recordé la película *Copycat*, donde se mostraba que numerosos asesinatos fueron cometidos recreando escenas de crímenes anteriores. Así, llegué a la conclusión de que, en Castelar, alguien podría estar imitando los crímenes del Zodiac de California. Entonces, contrariando a mi esposa, me levanté, ingresé a Internet y busqué el libro de Graysmith, con los datos de la investigación original.

–¿Consiguió el libro? –pregunté, ya atrapado por el relato.

–Sí, pero tenía diferencias con la película.

–¿Cuáles? –insistí.

–El director omitió detalles y forzó algunos hechos para no dejar un final tan angustiosamente abierto como el de la realidad.

–Pero... ¿encontró coincidencias con el doble crimen de Castelar?

–¡Sin duda! –afirmó Bustos.

–¡Cuénteme, por favor! –le pedí.

–La semejanza entre los crímenes del Zodiac de California y lo sucedido en Castelar es que se trata de dos crímenes dobles, en los que el móvil de robo fue descartado. Además, en ambos casos, las víctimas fueron una pareja de jóvenes, a los que el asesino les disparó, de noche, mientras conversaban dentro de un auto estacionado en una zona mal iluminada y con poco tránsito, ideal para la intimidad, tipo «Villa Cariño».

–Si me permite hacer de abogado del diablo, deberíamos reconocer que, además del caso de Castelar, debe haber muchos otros antecedentes de parejas asesinadas en circunstancias similares –me atreví a opinar.

–Por supuesto, pero lo que distingue al Zodiac de California es que el asesino serial llamó personalmente a la Policía e informó haber matado a esas dos personas, señalando con precisión dónde se encontraba el vehículo en cuyo interior permanecían los cadáveres. Además, reconoció que ya había matado antes.

–¿Y en el caso de Castelar sucedió lo mismo? –pregunté, sorprendido.

–No y sí –respondió Bustos.

–¿Cómo?

–Mire, cuando mi esposa me hizo la misma pregunta que usted, yo tuve que responder «No», porque, hasta ese día, ningún medio de comunicación había mencionado esa posible llamada.

–Y eso que los canales sensacionalistas se enteran antes que los fiscales y jueces –opiné.

–Cierto. Pero mi respuesta a Débora, aquel día, fue que, si bien hasta ese momento no había noticias de la eventual comunicación del asesino, eso no implicaba que la llamada no se hubiera hecho.

–Tampoco implica lo contrario.

–No. Pero estamos en Argentina y hay miles de avisos al 911 que nadie se ocupa de analizar y mucho menos de notificar a sus superiores.

–¿Aún en caso de asesinato? –pregunté.

–La negligencia no tiene límites. Pero, para ser justos, deberíamos reconocer que hay muchas llamadas por idioteces, más los boludos que hacen bromas telefónicas.

–Bueno, pero la hipótesis de que la comunicación del asesino hubiera podido existir no alcanza para probar que realmente existió.

–Es cierto. Por eso, me propuse investigar.

–¿Usted mismo? –me sorprendí.

–Sí, yo junto con mis contactos profesionales.

–¿Y?

–Antes de que venciera el plazo para regresar al manicomio, contacté a mis excolegas policiales, sin imaginar que reaccionarían tan mal.

–¿Qué le respondieron?

–Que estaban desbordados por el quilombo de la inseguridad y no podían perder tiempo con los delirios de un loco.

En ese preciso instante, nos interrumpió el timbre que anunciaba el fin del horario de visitas.

–¡Justo ahora que iba a contarle lo del borracho! –exclamó.

–¡Qué bronca! –me lamenté, pero agregué–: Mañana vuelvo y voy a traer mate y bizcochos.

–No vaya a faltar. Mire que hay un asesino serial suelto en Castelar... –dijo Bustos, dejándome con la intriga.

Capítulo IX: El borracho

A la mañana siguiente, acostumbrado a comenzar el día mateando, fui a la cocina, puse agua a calentar y, mientras tanto, preparé comida para los gatos. Después de cebarme unos amargos, me di una ducha, me vestí y salí hacia Luján, para reencontrarme con Bustos.

En mi viejo Peugeot, tras manejar 70 km bajo una incómoda llovizna, llegué al hospital psiquiátrico. A causa del clima, las visitas estaban apiñadas en un frío y húmedo salón. Sentado cerca de una de las ventanas, descubrí a Bustos, quien había tomado el recaudo de reservarme una silla.

–¿No se habrá olvidado el mate y los bizcochos?

–Soy viejo y miope, pero no estoy gagá –respondí, y ambos reímos.

Mientras cargaba con yerba mi típica calabaza con virola plateada, le pregunté:

–¿Y qué pasó después del rechazo de sus colegas?

–Como se vencía el permiso que me habían dado en el hospital, tuve que ocuparme personalmente, contrarreloj y contra la opinión de mi esposa.

–¿Y logró averiguar algo? –insistí, mientras introducía la bombilla en el costado del mate que tenía menos yerba.

–Si bien no pude acceder al archivo del 911, descubrí que hubo un llamado a la comisaría de Castelar Norte.

–¿Por el doble crimen?

–Sí.

–¿Quién llamó?

–Fue un mensaje anónimo, un aviso que decía que había un auto con dos cadáveres.

–¿Y usted qué piensa?

–El llamado a la Policía coincide con lo sucedido en California, pero la diferencia es que, en Castelar, el denunciante no habría asumido la autoría del crimen.

–Es una enorme diferencia –opiné.

–Sin duda –reconoció Bustos–. Por eso, intenté contactar al policía que atendió la llamada, para ver si recordaba algo más que lo que quedó asentado en el libro de guardia.

Como buen cebador, me tomé el tiempo necesario para volcar el agua caliente en forma de chorrito fino y mojar la parte seca de la yerba, incorporándola poco a poco, a fin de prolongar el sabor parejo de la mateada. Luego, le ofrecí el mate a Bustos, al tiempo que preguntaba:

–¿Finalmente ubicó al policía que había recibido aquella llamada?

–Resultó mucho más difícil de lo que había imaginado. La mayoría de mis excolegas evitó hablar conmigo y los pocos que lo hicieron negaron saber quién había recibido la denuncia telefónica. Lo único que me confirmaron fue que el propio comisario, de su puño y letra, había dejado constancia de ese mensaje en el libro de guardia. Pero cuando pedí hablar con él, reaccionó como un cabrón y me hizo echar, sin escucharme.

–¡Qué cagada! Supongo que ahí terminó su investigación.

–¡Nada que ver! Ni loco me doy por vencido –me interrumpió Bustos exasperado, y agregó–: Me pareció muy raro que el comisario hubiera realizado una tarea administrativa propia de un subalterno. Entonces, sospeché que podría estar encubriendo a alguien. Primero, pensé que la llamada pudo ser recibida por algún pasante, pero luego recordé a los infractores de contravenciones, que son demorados transitoriamente.

–¡¿Curdas y putas atienden el teléfono de una comisaría?! –exclamé.

–Hay cosas peores.

Sorprendido por la respuesta, tuve que hacer malabarismos para que el agua caliente del termo siguiera fluyendo hacia el interior del mate y no sobre la mano que sostenía la calabaza.

–Preste atención al mate y no haga chambonadas –me recriminó Bustos, antes de continuar–: Lo cierto es que el día en cuestión estuvieron demorados en la comisaría una morena platinada, un conocido travesti y un curda reincidente. De la platinada no obtuve ninguna otra referencia que me permitiera localizarla, en cambio del travesti averigüé que frecuentaba cierto local nocturno, y el borracho,

Teo, solía mendigar en la escalinata de la estación Castelar. De inmediato, focalicé la búsqueda en el curda y ubiqué a Teo. Reconoció haber estado infinidad de veces en esa comisaría y haber atendido el teléfono en más de una oportunidad. Afortunadamente, era borracho, pero no boludo, y había tomado conciencia de la importancia de aquella trágica llamada. Como la escalinata de la estación de trenes no era un ámbito adecuado para tales confidencias, lo invité a comer algo en Tarzán. Luego de algunos rodeos, Teo, que estaba inusualmente sobrio, comenzó el relato y yo tomé nota, palabra por palabra.

Bustos me extendió unas hojas arrugadas, escritas con letra apretada y despareja, al tiempo que explicaba:

–Las llevo siempre encima, porque en el manicomio todos afanan a todos, sin importar si vale la pena o no.

Con cuidado, agarré esas hojas y comencé a leer, en voz alta.

–Cuando atendí el teléfono escuché una voz como de robot, que decía que había una pareja muerta dentro de un auto. Como yo me quedé mudo, el que hablaba se puso furioso, me insultó y dijo que estaba denunciando algo muy importante. Entonces, me dio una dirección y pidió que se la repitiera: Autopista del Oeste, abajo del puente de la calle San Pedro. «Ahora escuchá bien», me dijo. «Yo no soy un testigo. Yo maté a esos dos infelices. Y antes maté a otros dos. ¿Entendiste, pelotudo, o querés ser boleta vos también?». Ahí me asusté y corté. Yo estaba solo en el edificio y con un teléfono que solo servía para recibir mensajes. No podía hacer nada. Recién cuando regresó una patrulla pude contar todo. Uno de ellos, que era oficial, llamó al comisario. El capo ordenó que se comunicaran con el otro patrullero para ir a la dirección denunciada y que no anotaran nada en el libro de guardia. Al rato, comenzó el despelote: por radio, la patrulla confirmó lo de los cadáveres. Cuando llegó el comisario, lo primero que preguntó fue si la escena del crimen estaba del lado de Castelar o de Hurlingham, porque la Villa Cariño de San Pedro era el límite. Le confirmaron que el auto baleado estaba del lado de Castelar y puteó por no poder zafar. Con mucha bronca, hizo una serie de consultas telefónicas. Después, vino a verme y me dijo: «Olvidate del verso que le contaste al oficial, sé que siempre estás en pedo y

delirás. Ahora tomatelas y no hablé de esto con nadie, porque te corto las bolas». Yo salí casi corriendo y esquivé a un móvil de Crónica TV, que ya había olido sangre. Hasta hoy, nunca más me preguntaron nada y yo no se lo conté a nadie. Por favor, no diga que hablé con usted.

Cuanto terminé de leer, Bustos reiteró las coincidencias:

–En California, Zodiac llamó personalmente a la Policía, informó haber asesinado a dos personas y señaló con precisión dónde se encontraba el vehículo con los cadáveres. Además, reconoció que ya había matado antes. En Castelar, el asesino hizo exactamente lo mismo.

Agotado por su catarsis, Bustos me miró fijamente, como buscando una señal de aprobación. Pero yo estaba atónito, acababa de ver la punta de un terrible iceberg y no me animaba a hacer comentarios.

Luego de una pausa momentánea, sin esperar mi opinión, Bustos continuó su relato:

–Aquella información me quemaba las manos. Con mucho esfuerzo, logré convencer al borracho de que fuéramos a contar todo. Nos presentamos en la seccional de Castelar Norte y pedí hablar con el comisario, pero él nos mandó decir que no perdía tiempo con locos ni con curdas, y mucho menos si venían juntos.

–¿Entonces...? –pregunté, ansioso.

–Ahí se pudrió todo. Yo me enojé y empecé a gritar que iba a llamar a los noticieros para denunciar que había un asesino serial suelto y que la Policía no quería ocuparse. Casi sin darme cuenta, me desperté en un calabozo, golpeado y dolorido. A la noche, me metieron en un patrullero y me trajeron de nuevo al manicomio. Además, cancelaron mis salidas y me prohibieron las visitas. Después de mucho tiempo, usted fue el primero que consiguió verme y ahora necesito que continúe mi investigación.

–¿Yo? ¡Ni en joda! –exclamé abriendo los ojos por detrás de mis lentes.

El oportuno sonido del timbre, que indicaba la terminación del horario de visitas, forzó el fin de la conversación. Ya en el coche, durante el viaje de regreso, comencé a reflexionar respecto de la asombrosa trama que Bustos acababa de

plantear.

En eso estaba, cuando volví a escuchar la entrañable voz de Leonor:

–¡Hola, mi amor! ¿Cómo estás? –me dijo con su habitual dulzura.

–Perdido como turco en la neblina –reconocí sin tapujos.

–Siempre que seguiste tu instinto te fue bien... –me recordó.

–Pero esto es distinto: más que una investigación periodística, Bustos parece necesitar un detective privado –respondí.

–¿Te parece que son cosas muy distintas?

–Tal vez no. Pero no me atrae eso de husmear como un sabueso para descifrar un enigma. Además, ya no estoy para esos trotes –me defendí.

–Es cierto, con los años te llenaste de arrugas, tu pelo está casi blanco, tus huesos se volvieron frágiles, estás un poco más torpe y tu miopía es galopante, pero tus neuronas están tan lúcidas como siempre. Y esta tarea no requiere músculos, sino materia gris. Vos siempre te destacaste por tu intuición y tu agilidad mental, y con el periodismo desarrollaste tu capacidad de analizar y deducir. Por lo tanto, siempre y cuando seas prudente (muy prudente), bien podrías llevar a cabo la investigación que te propone Bustos –argumentó ella con esa insistencia que siempre la caracterizó.

–¿Estás segura? –pregunté, pero no tuve respuesta porque Leonor (o su voz) ya no estaba allí. Me había quedado solo, frente a un peligroso dilema: ¿por qué debería involucrarme en la búsqueda de un supuesto asesino serial y arriesgar la tranquilidad de esta etapa de mi vida?

Capítulo X: Zodiac de California

Al regresar del manicomio, tras cumplir con la rutinaria alimentación de los gatos, puse a recalentar una porción de tarta de verdura, sobrante del día anterior. Mientras esperaba junto al horno eléctrico y descorchaba una botella de vino, reconocí que –en la medida en que no corriera riesgos– podría colaborar con Bustos en su investigación. Entonces, con la *notebook* sobre la mesa de la cocina –como en mis épocas de periodista activo–, comencé a buscar información sobre los crímenes de Zodiac, en California.

La engorrosa etapa inicial consistió en descartar la gran cantidad de textos y videos que encaraban el tema desde la especulación o el rumor. Con rigor profesional, intenté distinguir los hechos reales diluidos entre tanta ficción. Por ejemplo: la palabra *Zodiac* había sido utilizada por el propio asesino para firmar sus cartas. Luego, me concentré en la bien documentada investigación de Robert Graysmith. Fue entonces cuando me topé con una rara coincidencia: él y yo éramos gemelos astrológicos, habíamos nacido el mismo día, del mismo año. ¿Acaso tendríamos destinos similares? Por una fracción de segundo, me permití fantasear imaginándome autor de un futuro *best seller* y brindé con malbec.

Deliberadamente, omití comparar otras fechas, por ejemplo: al momento de iniciar su investigación, Graysmith tenía veinticinco años, en cambio, yo ya pasé los setenta. En fin, como diría el catalán: «Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio».

Volviendo a lo sucedido en California, en 1969, cuando estalló el caso Zodiac, Graysmith trabajaba en el diario *Crónica* de San Francisco. Para diferenciarse de sus colegas, él había intentado descifrar las cartas codificadas escritas por el asesino. Gracias al éxito obtenido en este primer desafío, siguió avanzando, hasta que se obsesionó con el tema y continuó investigando durante los trece años siguientes. El punto crucial de su trabajo fue enfrentarse cara a cara con el principal sospechoso (Arthur Leigh Allen); sin embargo, la Justicia no consideró suficientes las pruebas aportadas por el periodista. No obstante, su perseverancia mereció varios reconocimientos internacionales.

En un intento por ordenar tanta información, decidí copiar los datos relevantes en un archivo de Word, que denominé: Zodiac (California / Castelar). Comencé con la transcripción detallada de los hechos, tal como aparecen en el libro de Robert Graysmith.

Las primeras víctimas fueron David Farraday y Betty Lou Jensen, de 17 y 16 años respectivamente, baleados el 20 de diciembre de 1968. Era una cita de la joven pareja y se detuvieron en el cruce de Lake Herman Road, California. Poco después de las 22 h, un hombre estacionó su vehículo al lado de los adolescentes y, revólver en mano, comenzó a disparar sobre ellos. Este doble crimen fue investigado por la Policía de Solano, pero no se hallaron pistas dignas de seguir.

Las segundas víctimas también fueron una pareja de jóvenes. El 4 de julio de 1969 en Blue Rocks Spring, en las afueras de Vallejo. Zodiac disparó a Michael Renault Mageau, de 19 años, y a Darlene Ferrin, de 22 años, a medianoche, mientras conversaban dentro de un automóvil.

Por primera vez, tras este crimen, Zodiac hizo pública su autoría al llamar desde una cabina telefónica a la comisaría de Vallejo, informando haber asesinado a dos personas, señalando con precisión dónde se encontraba estacionado el vehículo en cuyo interior estaban los cadáveres. Y no solo eso, sino que, además, se atribuyó haber terminado con la vida de David y Betty, en Lake Herman Road, seis meses antes.

A grandes rasgos, el texto reflejaba lo que me había contado Bustos. Pero esa información sobre lo sucedido en California solo tendría importancia local si pudiera confirmarse la teoría de que una misma persona ejecutó los dos dobles crímenes de Castelar. En ese sentido, como primer paso, era imprescindible saber si el asesino –en su llamada a la comisaría, que atendió el borracho– había mencionado algún otro dato relevante, como fecha, lugar y víctimas del primer doble crimen. Era una pregunta fundamental y yo tenía que buscar la respuesta.

El día siguiente, con el equipo de mate y los bizcochos de grasa, volví al hospital psiquiátrico. Aprovechando el cielo despejado y la temperatura agradable, me senté en uno de los bancos disponibles en el parque y esperé. En cuanto sonó

el timbre que habilitaba el estricto horario de visitas, Bustos abandonó su lúgubre pabellón y se sorprendió al verme tan temprano.

–¿Pasa algo malo? –preguntó con ansiedad.

–No, al contrario. Leí el libro de Graysmith y no solo confirmé todo lo que me dijo, sino que...

–¿Confirmó? –me interrumpió Bustos, con mal tono—. Si necesitaba confirmar lo que dije, es porque no me había creído.

–Disculpe, me expresé mal. Quise decir que, al leer en el libro lo que usted ya me había contado, me di cuenta de que necesitaba hacerle una pregunta fundamental.

–¿Cuál?

–¿El borracho recordaba datos del primer crimen denunciado por el asesino de Castelar?

–Por suerte, sí. Eso era lo que estaba por contarle ayer, cuando sonó el timbre y usted se fue casi sin saludar.

–Es que estaba... como *shockeado*.

–Me di cuenta... –agregó Bustos, ya más distendido.

–¿Entonces? ¿Qué más dijo el Zodiaco de Castelar?

–¿Zodiaco de Castelar?

–Perdón. Es el nombre que le di al asesino local.

–¿Ya lo bautizó? ¿También registró los derechos de autor? –ironizó.

–Por favor, no dormí pensando en este tema. ¡Cuénteme!

–Bueno, pero si usted imaginó una respuesta explícita como «tal día, a tal hora y por tal razón», tendré que desilusionarlo. El asesino solo dijo que ya había matado en un *parking*.

–¿En un *parking*? ¿Y usted pudo averiguar algo más?

–Nada de nada. Es imposible mientras esté yo encerrado acá e incomunicado. Por eso, va a tener que ocuparse usted.

–¿Yo? ¡Ni en joda! –exclamé abriendo los ojos.

–No se haga rogar. Usted ya no puede zafar. Si ayer no durmió intrigado por el tema, ¿cómo va a sobrellevar la culpa de no intentar algo, sabiendo que nadie está haciendo nada para evitar el próximo doble crimen?

–¿Un nuevo doble asesinato?

–Sí –respondió Bustos y, tras sacar unas anotaciones de su bolsillo, leyó:

–El tercer asesinato de Zodiac fue el 27 de septiembre de 1969 en la costa del lago Berriesa, en Napa. Las víctimas fueron Bryan Calvin Hartnell, de 20 años, y Cecilia Ann Shepard, de 22 años.

–Pero yo... –intenté disuadirlo.

–Usted es un periodista especializado en policiales –me interrumpió y, mientras gesticulaba con los brazos, continuó–: El hecho de estar jubilado no significa que haya dejado de ser un experto. Yo investigaba según mi instinto policíaco. Usted tiene su formación profesional y no necesito recordarle que, generalmente, los periodistas resuelven los enigmas antes que la Policía.

Como yo no lograba salir de mi asombro, Bustos –en tono grave– sentenció:

–Si no intenta hacer algo, usted será cómplice por inacción, y ese sentimiento de culpa arruinará el resto de su vida. Lo sé por experiencia. Por eso, quiero sumarlo a esta patriada que podría ayudarnos a recuperar nuestra autoestima.

–Es una propuesta loable. Pero tengo muchas dudas –dije, mientras limpiaba nerviosamente mis anteojos.

–¿Cuáles? –preguntó con firmeza.

–Las coincidencias que usted encontró entre los crímenes de California y Castelar parecen irrefutables. Pero... –tras una breve pausa, continué– también fueron extrañamente similares las muertes de Lincoln y Kennedy y nadie esbozó su teoría del *copycat*, según la cual alguien estaría repitiendo asesinatos cometidos en otro lugar y en otra época. Sinceramente, creo que esa forzada interpretación de los hechos lo indujo a iniciar esta investigación que, como era de esperar, terminó mal: con usted nuevamente encerrado en el asilo, pero en un pabellón de castigo y sin poder recibir visitas.

–¿Por qué dice que es una interpretación forzada? –me increpó Bustos, mientras se paraba frente a mí.

–Porque usted, hasta ahora, no ha podido explicar el móvil del asesino local. ¿Cuál podría ser el motivo no solo para matar, sino para copiar los métodos del Zodiac de California? –le pregunté con cruda franqueza.

–En los asesinos seriales, se da cierto patrón –argumentó Bustos–. Suelen ser psicópatas, egocéntricos, que disfrutan obteniendo protagonismo y sembrando temor en los demás. En este caso, el criminal parece estar bien informado de lo que sucedió en California y, tal vez, lo estimule la impunidad, ya que Zodiac nunca fue apresado.

–Mire, Bustos, todavía no lo conozco demasiado, pero parece estar tan obsesionado con el caso que actúa como un encantador de serpientes. Como un Quijote tratando de convencer a Sancho Panza –dije sin pensarlo demasiado.

–¿Qué tiene de malo ser mi escudero y acceder a una historia digna de un *best seller*?

–El problema es que un asesino serial es infinitamente más peligroso que un molino de viento. Usted ya está en un manicomio, pero yo puedo terminar peor –argumenté con sincera preocupación.

–Obviamente, no puedo garantizarle nada. Es algo que yo inicié y no dudaría en continuar si no estuviera encerrado –respondió, secamente.

–Pero usted tiene una motivación especial –dije, en tono conciliador.

–¡Por supuesto! El único sentido de mi vida es descubrir y encontrar al asesino de mi hijo. Pero pensé que usted, quizás, querría hacer algo útil con su vida antes de que la Parca venga a buscarlo –concluyó agresivamente, justo cuando el timbre marcaba el fin del horario de visitas.

Capítulo XI: Zodiac de Castelar

Molesto por la injusta reacción de Bustos –había insinuado que mi vida no tenía sentido–, caminé hasta el estacionamiento del asilo psiquiátrico y subí a mi viejo Peugeot. Debido al frío reinante, el motor se negó a arrancar una y otra vez. Cuando comenzaba a asustarme la idea de dormir en el estacionamiento del manicomio, logré ponerlo en marcha. Al llegar al partido de Merlo, un piquete de empleados municipales –en reclamo de sueldos atrasados– cortaba el tránsito en la autopista y obligaba a una lenta y engorrosa circulación por la colectora. Sin calefacción ni radio, mi mal humor iba en aumento.

–¡Hola, cascarrabias! –me sorprendió la cálida voz de Leonor.

–Hola –me limité a saludar.

–¿Tuviste un mal día?

–¿Se me nota?

–Mucho más de lo que imaginás –respondió con cruda sinceridad.

–Es que Bustos me está volviendo loco –intenté justificarme.

–No sabía que la locura fuera contagiosa –dijo Leonor, mientras festejaba su broma con una encantadora carcajada.

–¡Ay, Leonor! Qué fácil era vivir a tu lado y qué duro es no tenerte –volví a confesarle apenado.

–Acá estoy para escucharte.

–Me atormenta la propuesta de Bustos. Como no puede salir del manicomio, quiere que yo continúe con su investigación de los crímenes de Castelar. Pero eso no tiene sentido. ¿Acaso el comisario de Castelar Norte estaría dispuesto a recibir a un periodista jubilado que quiere contarle la misma historia que antes no quiso escuchar en boca de un loco y un borracho? –argumenté.

–No. No creo que te reciba. Te sugiero no intentarlo –opinó ella.

–Entonces, no hay nada que yo pueda hacer –concluí.

–Ni tanto ni tan poco. Podés hacer una excelente investigación periodística, publicarla y dar un batacazo profesional –intentó seducirme.

–A esta altura de mi vida, no busco reconocimiento –respondí.

–No te creo. Siempre soñaste con ganar algún premio equivalente al Pulitzer.

–Eso era antes. Cuando estabas a mi lado. Ahora soy un jubilado en mente, cuerpo y alma.

–¿Estás seguro? –dudó Leonor.

–Yo no soy Bustos. Él arrastra la cruz de la muerte de su hijo y, además, está desesperado por reinsertarse en la sociedad. Entonces, si lograra descubrir al asesino serial, concretaría una carambola doble.

–De acuerdo, pero, en lo más profundo de tu corazón, ¿no te gustaría ser héroe por un día? –concluyó Leonor y, sin esperar mi respuesta, regresó a su silencio insondable.

Mientras el tránsito por el Acceso Oeste seguía atascado, descubrí una de esas parrillas al paso, frecuentadas por camioneros. Dejé el auto en la banquina y pedí un choripán con un vaso de vino, para consumir de pie, junto al mostrador externo, sin entrar al precario local. Minutos después, con la panza llena y el corazón contento, volví a mi Peugeot y retomé la penosa marcha hasta Castelar.

Por un momento, tuve ganas de criticar a Leonor. Era fácil aparecer, hacer un par de comentarios y volver al más allá, mientras yo tenía que seguir varado acá abajo, enfrentando la realidad de cada día. Pero pronto reconocí que estaba siendo injusto con el amor de mi vida, quien –milagrosamente– lograba comunicarse conmigo, aunque fuera con cuentagotas.

En realidad, el problema era doble. Por un lado, Bustos insistía en reclutarme como detective y, por el otro, yo no quería dejarlo en banda. El tipo estaba encerrado y no lo visitaba ni la esposa. Como mucho, yo podría seguir colaborando en la búsqueda de la información que necesite. Pero nada más. Luego, lo que él hiciera o dejara de hacer no era cosa mía, argumenté mentalmente.

Convencido de mis razonamientos y sin que nadie pudiera confrontarlos, llegué a mi casa. Como de costumbre, estacioné en la calle Lincoln, que esa tarde estaba llena de autos, cuyos propietarios –probablemente– asistían a una de las reuniones de la Unión Vecinal.

Abrí la puerta y me dirigí directamente al dormitorio. Busqué un pijama limpio y entré al baño, donde, una vez más, comprobé que instalar la ducha escocesa había sido una de mis mejores decisiones. Si bien este moderno artefacto, de impoluto acero inoxidable, contrastaba con los antiguos azulejos blancos unidos por guías de masilla enmohecida por años de humedad, el confort que proporcionaban los chorros alternados de agua fría y caliente era equivalente al de un moderno spa.

Recuerdo que el vistoso manual de instrucciones mostraba en su tapa a una pareja compartiendo esa especial ducha; sin embargo, no era mi caso. Estaba solo y, para colmo, detrás de la puerta del baño me esperaban los gatos de Leonor, maullando impacientes por su comida.

Reconfortado por la larga ducha, con mi *look* de entrecasa –pijama, pantuflas y gastada bata a cuadros–, me dirigí a la cocina, abrí la heladera y descubrí que no había carne para los gatos. Quedaba pescado, pero el veterinario había recomendado que no se los diera crudo y yo no tenía ganas de cocinar. En consecuencia, llené los respectivos cuencos con alimento balanceado y –de yapa– agregué leche tibia. Por mi parte, tuve que conformarme con un salame de campo que había comprado cerca de Luján y algo de malbec que aún quedaba en la botella.

Mientras saboreaba mi frugal cena, conecté la *notebook* y, guiado por el comentario de Bustos, busqué datos sobre el supuesto crimen del *parking* que el enigmático doble asesino habría autodenunciado en una llamada a la comisaría. Si bien no encontré referencias sobre crímenes cometidos en algún estacionamiento de la zona, abundaban notas sobre un doble asesinato, ocurrido meses atrás, en el *shopping* Plaza Oeste. Como las víctimas eran una pareja de colombianos, la pesquisa se orientó inicialmente hacia el tráfico de drogas. Las cámaras de seguridad resultaron inútiles, ya que la escena del crimen se encontraba fuera de su alcance, en la playa de estacionamiento.

En cuanto me crucé con la palabra *estacionamiento*, sentí que mi adrenalina comenzaba a despertar. Un doble crimen cometido en una playa de

estacionamiento de la zona bien podía relacionarse con el supuesto doble crimen del *parking* denunciado telefónicamente por el Zodiac de Castelar.

A partir de ese momento, comencé a buscar coincidencias entre esos asesinatos: uno en el *shopping* Plaza Oeste y el otro en Colectora y San Pedro, Castelar. Ambas escenas del crimen estaban en el partido de Morón, a menos de un kilómetro de distancia entre sí. Las víctimas eran parejas veinteañeras: primero, los colombianos Romualdo y María, y luego los argentinos Esther y Marcelo (el hijo de Bustos). En ambos casos, se habían utilizado armas calibre 22. Las dos chicas ostentaban adornos llamativos: la primera, un colgante con el número 666; la segunda, una cadena con una cruz invertida. La hipótesis policial era que, en ambos crímenes, el asesino había actuado solo.

A primera vista, el dato más prometedor parecía ser el arma utilizada: calibre 22. Como yo no era un experto en armas, decidí leer algo al respecto para no estar en demasiada desventaja cuando lo comentara con Bustos.

Según estadísticas policiales, el revólver calibre 22 es el arma más incautada en manos de delincuentes locales. Es muy dañino: una sola bala puede ser mortal. Muchos revólveres provienen de robos a casas particulares: forman parte de un botín e ingresan al mercado ilegal de compra-venta que abastece a otros delincuentes. Para facilitar la impunidad, los ladrones liman el número de serie, lo que impide identificarlas. Como son baratas, pasan de una mano a otra en el mundillo del hampa.

Después de estas lecturas, desilusionado, tuve que reconocer que el revólver calibre 22 era tan fácil de conseguir que su utilización en ambos crímenes de Castelar no parecía ser una pista importante para la investigación. Lo realmente útil sería una comparación entre las balas utilizadas, pero Balística no había realizado esos estudios, porque nadie creía en la hipótesis de Bustos (que un mismo asesino era responsable de los dos dobles crímenes).

A pesar del cansancio, revisé de nuevo la información, pero haciendo foco en las víctimas. Los cuatro eran muy jóvenes. En el primer caso, por ser colombianos, se sospechaba de posibles vinculaciones con el narcotráfico. En el segundo caso, el asesinato del hijo de un policía inducía a pensar en venganza.

Luego de pasar un buen rato tratando de asociar narcos y venganza, una palabra me vino a la mente: sicario. En el supuesto caso de que Bustos tuviera razón y ambos dobles crímenes hubieran sido cometidos por un mismo individuo, era probable que se tratara de un sicario. Ahora bien, si aceptaba como válida esta hipótesis, una posible punta del ovillo era Marcelo Bustos. Si lo habían asesinado por venganza, esta podría estar relacionada con la muerte de Axel Sosa a manos del padre de Marcelo.

Finalmente, otra línea de investigación se relacionaba con las víctimas mujeres. La colombiana tenía un colgante con el número 666 y Esther, la amiga de Marcelo, llevaba una cadenita con una cruz invertida. De pronto, recordé que ambos eran símbolos satánicos. ¿Acaso el satanismo era el vínculo entre ambos dobles crímenes?

Bastante después de la medianoche, a pesar del interés por seguir investigando, mi vista no daba más y el cansancio dejaba resbalar mis anteojos hasta la punta de la nariz. Antes de apagar la computadora, anoté los tres temas que vinculaban ambos crímenes y que sometería a consideración de Bustos: revólver calibre 22, sicarios y satanismo.

Capítulo XII: Muerte en el *shopping*

Una lluvia torrencial, precedida por una seguidilla de truenos, le hicieron recordar los días en que Leonor preparaba su sabrosa carbonada. Aunque él nunca lograría igualarla, aquel día, Domecq decidió imitarla.

En cuanto abrió la heladera y sacó la carnaza, uno de los gatos se le acercó; otro –más distante– mostró su interés ronroneando y moviendo la cola, lenta y acompasadamente; el tercero se limitó a bostezar. A medida que cortaba la carne en trocitos, arrojaba algunos a sus gatos. Buscó la cacerola, le echó un poco de aceite y media cebolla picada. Poco después, agregó la carne. Cuando el salteado estuvo ligeramente dorado, añadió zapallo y papas. Lo ideal hubiera sido poner también zapallitos, choclos y tomates, pero no tenía. Finalmente, incorporó el arroz y lo sazonó con sal, pimienta y azúcar.

Cocinar no era lo suyo, pero esta vez los resultados justificaron el esfuerzo. Le hubiera gustado acompañar la carbonada con unos cuantos vasos de vino, pero, como tenía que manejar hasta Luján, se conformó con uno solo.

Al llegar al hospital psiquiátrico, Bustos lo esperaba impaciente.

–¿Justo hoy llega tarde? –le recriminó, irritado por la demora.

–Había un piquete. Pero igual seguí pensando en mi propuesta.

–¿Su propuesta? ¡Acá el dueño del circo soy yo! –dijo, con inusual prepotencia.

–Coincido con lo de circo, pero creo que hay dos espectáculos bien diferentes: en uno, usted hace equilibrio en la cuerda floja con su investigación policíaca y, en el otro, yo hago malabarismos con mi investigación periodística. Por supuesto, si hay problemas de cartel, puedo borrar me de las marquesinas e irme con el espectáculo a otra parte –le retruqué.

–Es que se me ocurrió algo que nos permitirá avanzar –explicó Bustos, ya con mejor tono.

–A mí me pasó lo mismo –dije y pregunté–: ¿Quién comienza?

–Dele, lo escucho –accedió, aunque se salía de la vaina por retomar la batuta.

–Logré ubicar el doble crimen del *parking* denunciado en la llamada que atendió el borracho Teo.

–¿En serio? –preguntó Bustos, abriendo los ojos como dos de oro.

–Sí. Sucedió en julio, meses antes del asesinato de su hijo, en el estacionamiento del *shopping* Plaza Oeste –expliqué.

–¿Es el que denominaron «muerte en el *shopping*»? –preguntó Bustos.

–¡Exacto! –respondí y continué explicando–: Como las víctimas eran colombianas, se sospechó de un crimen narco y de la posible participación de un sicario.

–¿Así que era otra pareja? –dijo Bustos.

–¡Sí! Igual que en el caso de su hijo y tal cual le comentó el borracho Teo.

–Y también igual a los crímenes de California. Dos parejas muertas allá y otras dos acá –remarcó Bustos.

Mientras hacía un gesto afirmativo con la cabeza, continué explicando:

–Además, estuve buscando similitudes entre el asesinato de su hijo y ese otro doble crimen cometido en el *shopping*. Lo concreto es que, en ambos casos, se usó un revolver calibre 22; además, las dos chicas asesinadas llevaban adornos satánicos y sospecho que, en ambos casos, actuó un sicario.

Tras un instante en silencio, Bustos comentó:

–¿Estudios balísticos, ritos satánicos y sicarios...? En principio, no descarto nada. Voy a pensarlo con tiempo. Quiero ver cómo puedo relacionar todo eso con mi hipótesis de un posible asesino serial. Pero ahora quiero explicarle mi propuesta de acción inmediata.

–¿Acción inmediata, desde el manicomio? –pregunté sorprendido.

Sin contestarme, Bustos comenzó a exponer su peligrosa jugada:

–En California, antes del tercer doble crimen, Zodiac envió cartas a diarios de San Francisco, en las que confesaba la autoría de los dos dobles homicidios y exigía su difusión.

–Cierto. Está en el libro de Graysmith y creo que fue en agosto de 1969 –aporté.

–Pero si lo comparamos con el imitador local...

–Supuesto imitador local... –lo interrumpí.

–OK. El supuesto imitador local, hasta ahora, no envió ningún mensaje de ese tipo. Por eso, se me ocurrió ganarle de mano y enviar notas falsas a los diarios, para hacerlo reaccionar –concluyó Bustos.

–Es buena idea. Siempre y cuando el asesino recoja el guante.

–En general, los asesinos seriales son egocéntricos. Creo que, al llamar a la comisaría, el tipo demostró que quiere sobresalir del montón y aparecer en los medios de comunicación. Por lo tanto, si reacciona, puede cometer errores y dejar pistas.

–¿Y cómo lo haría? –cuestioné.

–Pensé en redactar un falso comunicado, firmado por Zodiac de Castelar, y mandarlo a los diarios –me respondió.

–Es una jugada brava, pero puede funcionar. Eso sí: sugiero hacerlo mediante *e-mails* y no por carta.

–¿Por las impresiones digitales? –me preguntó Bustos.

–Sí. Pero además del riesgo de manipular la carta y el sobre, también habría que evitar las cámaras de seguridad de las oficinas del Correo y las que están en las calles, en otros comercios y en las casas particulares. Por eso, propongo mandar *e-mails*.

–¡Pero son fáciles de rastrear! –objetó Bustos.

–Yo pensaba enviarlos desde algún locutorio trucho y usando una cuenta falsa.

–Hum... –dudó Bustos.

–También sería posible recurrir a un llamado telefónico, con voz distorsionada, pero no me parece buena idea –agregué.

–No. Teléfonos no. Están pinchados –dijo Bustos–. Prefiero el *e-mail*, pero hay que pensarlo bien y ser muy cuidadosos. Ahora deberíamos definir el texto. En principio, podríamos repetir frases textuales del Zodiac de California. Algo así como «Me gusta matar gente, porque es excitante», si mal no recuerdo.

–Espere que busque en la *notebook*. Sí. Acá está el texto original publicado en California: «Me gusta matar gente. Matar es la experiencia más excitante y continuaré matando porque ustedes no podrán detenerme. Zodiac».

–Es peor de lo que recordaba –dijo Bustos.

–Cierto. Creo que no deberíamos echar más nafta al fuego. Al menos, no decir que volverá a matar. Yo propongo lo siguiente: «Maté en el *shopping* de Castelar y en la calle San Pedro, pero la Policía lo oculta. Si no publican este mensaje, se arrepentirán. Zodiac».

–Me parece bien –dijo Bustos y agregó–: Yo había pensado mandarlo a *La Voz del Oeste* y *Crónica de Morón*, que son los diarios de mayor tirada en la zona.

–Bueno, pero agregaría *Castelar Digital* y FM Castelar –propuse.

–De acuerdo –dijo Bustos y, como el timbre ya indicaba el fin del horario de visitas, agregó–: Entonces..., ¿usted se ocupa?

–Por supuesto. Enviar los *e-mails* será mi tarea para el hogar –confirmé sonriendo.

–¡Tenga cuidado! No sea que usted también termine enjaulado –me previno Bustos, mientras me abrazaba por primera vez. Y agregó–: Si le sobra tiempo, puede empezar a calcular cuándo será el próximo doble crimen de Castelar.

–¿Es una broma?

–¡No! –respondió Bustos, muy serio–. Si en Castelar están copiando el *modus operandi* de California, ¿por qué no respetarían también los plazos? –concluyó.

En el trayecto de regreso a casa, intenté repetir la sabrosa experiencia del choripán, pero descubrí que la parrilla había sido clausurada. Entonces, me arriesgué a comprar unas tortas fritas que una vendedora ambulante –con pollera de colla y remera rockera– promocionaba a los gritos.

Al costado de la ruta, bajo el cielo rojizo del atardecer, mientras saboreaba esa fritanga casera, encendí la *notebook* y comencé la tarea que me había encargado Bustos: revisar las fechas de los homicidios cometidos por Zodiac, en California. Su primer doble crimen había sido en diciembre de 1968 y el siguiente,

en julio de 1969. Por su parte, en Castelar, el crimen del *shopping* Plaza Oeste había ocurrido en julio y el de la calle San Pedro, en septiembre. Si bien se repetía el mes de julio, en un caso correspondía al segundo asesinato y en el otro, al primero. Los plazos entre los hechos tampoco coincidían: en California, habían pasado más de seis meses entre los asesinatos, en cambio, había menos de tres meses entre los crímenes ocurridos en Castelar.

Sin encontrar más puntos en común, revisé los datos del tercer asesinato de Zodiac en California: *Lo ejecutó el 27 de septiembre de 1969 en la costa del lago Berriosa, en Napa. Las víctimas fueron Bryan Calvin Hartnell, de 20 años, y Cecilia Ann Shepard, de 22 años.*

Al ver la fecha, detecté de inmediato la repetición de septiembre y retomé el razonamiento anterior, en búsqueda de coincidencias. En California, los crímenes se habían ejecutado en diciembre, julio y septiembre, mientras que en Castelar tuvieron lugar en julio y septiembre. Si bien la secuencia no era la misma, había dos meses que coincidían. Por un momento, me dejé llevar por el facilismo y exclamé:

–En Castelar, ¡habrá un nuevo doble crimen en diciembre!

Ya en casa, mientras cocinaba la comida para los gatos, tras evaluar otras alternativas, opté por abrir la siguiente cuenta de correo electrónico: *castelar@outlook.com.ar*. Una vez que alimenté a las mascotas de Leonor, decidí aprovechar las primeras horas de la noche para buscar un locutorio donde yo pudiera pasar inadvertido mientras enviaba los *e-mails* sin dejar rastro.

Salí con el auto y me dirigí hacia la colectora, donde comencé a recorrer la calle Curutchet desde Ituzaingó hasta Morón. Me detuve en un par de locales, hasta que encontré un kiosko de mala muerte, con un teléfono público y una computadora antigua, pero apta para enviar correos electrónicos. Me abrí paso entre unos chicos que tomaban cerveza y avisé al dueño que iba a usar la PC. Apenas cargué el texto y apreté ENVIAR, llegó la policía.

Capítulo XIII: *Castelar Digital*

En el viaje hasta el hospital psiquiátrico de Luján, Domecq recordó la triste fama de esa institución como consecuencia de la misteriosa desaparición de la doctora Giubileo, en 1985. Al llegar, Bustos –ansioso– lo recibió con una pregunta:

–¿Mandó los *e-mails*?

–Sí. Pero casi voy en cana.

–¡¿Qué?!

–Justo cuando estaba por enviar los *e-mails* desde un sucucho en la calle Curuchet, cerca de la Colectora, cayó la policía a pedir documentos.

–¿Y? –preguntó frunciendo el ceño, en gesto de preocupación.

–Por suerte, buscaban menores que estuvieran consumiendo alcohol. Y, gracias a mis arrugas y mis canas, no me pidieron nada.

–Mejor así, ¿pudo mandar todos los *e-mails*?

–Sí, según lo acordado, a los diarios *La Voz del Oeste* y *Crónica de Morón*, a la radio FM *Castelar* y al portal *Castelar Digital*.

–¿Reacciones? –continuó Bustos con su interrogatorio.

–En el caso de los diarios, tenemos que esperar las ediciones de mañana. En cuanto a la FM, tuve la radio encendida en casa y durante el viaje, pero no escuché ninguna mención.

–¡Cagones de mierda! –vociferó el expolicía.

–Pero en *Castelar Digital* subieron el *e-mail* –lo tranquilizó Domecq, acercándole su *notebook*.

–¡Muéstreme! –casi ordenó.

En su página de inicio, el portal mostraba el siguiente mensaje:

NOTA EDITORIAL: En el día de la fecha hemos recibido una amenaza y dimos inmediata participación a las autoridades competentes. Pero, para evitar represalias, nos vemos obligados a publicarla.

«MATÉ EN EL *SHOPPING* DE CASTELAR Y EN LA CALLE SAN PEDRO, PERO LA POLICÍA LO OCULTA. SI NO PUBLICAN ESTE MENSAJE, SE ARREPENTIRÁN».

–Como ve, logramos que alguien lo publicara. Creo que ahora otros también se animarán a hacerlo –dijo Domecq–. De ahí en más, la noticia debería ser replicada por los medios masivos, en especial, los sensacionalistas.

–Posiblemente. Pero lo importante es que el Zodiac de Castelar reaccione y hable.

–¿Quiere que le cuente mi teoría del tercer crimen? –preguntó el periodista.

–Lo escucho –respondió Bustos.

–Como usted recordará, los crímenes del Zodiac, en California, comenzaron en diciembre de 1968 y continuaron en julio y septiembre del año siguiente. A su vez, los de Castelar tuvieron lugar en julio y septiembre Si bien la secuencia no es la misma, hay dos meses que coinciden. Por lo tanto, si realmente quisiera repetir la serie de California en Castelar, el imitador local volvería a matar en diciembre.

–Es un buen razonamiento, aunque la secuencia no es la misma –intervino Bustos y agregó–: ¿Por qué no se fija si hay alguna novedad en la web de *Castelar Digital*?

–A ver... –comenzó Domecq, y, de pronto, exclamó–: ¡El asesino contestó!

Con ansiedad adolescente, los dos hombres leyeron el mensaje:

SEGUNDA NOTA EDITORIAL: Acabamos de recibir un segundo mensaje relacionado con los dobles asesinatos de Castelar. Como en el caso anterior, accedemos a publicarlo para evitar represalias.

BASTA DE MENTIRAS. YO SOY EL VERDADERO AUTOR DE LOS DOBLES ASESINATOS DE CASTELAR. EL MENSAJE ANTERIOR ES UNA DESESPERADA MANIOBRA PARA APROPIARSE DE MI EXCITANTE EXPERIENCIA DE MATAR. NO DOY MI NOMBRE

PORQUE INTENTARÁN RETRASAR O DETENER MI PRÓXIMO CRIMEN.

–¡Repite palabras del Zodiac de California! –dijo Bustos, con entusiasmo.

–¡Sí! –exclamó Domecq, y agregó–: «Matar es la experiencia más excitante» es una frase repetida.

–Y también copia lo de «retrasar o detener» su serie criminal –comentó Bustos.

–El imitador de Castelar mordió nuestro anzuelo –festejó el periodista.

–En realidad, por ahora, solo logramos que un desconocido asuma la responsabilidad de los dos dobles crímenes de Castelar y se comunique imitando los textos del Zodiac de California.

–¿Le parece poco? –dijo Domecq.

–Es que la información que conseguimos solo aumenta nuestro temor por un tercer crimen, sin darnos una pista para poder evitarlo.

–Tal vez, la pista esté en *Castelar Digital*.

–¡Tiene razón! ¡Hay que rastrear el *e-mail* del Zodiac local! –reconoció el expolicía, y agregó–: Usted debería hablar con el dueño o el editor.

–Creo que es la misma persona.

–¡Mejor aún!

–¿Puedo mencionar que somos los autores del primer *e-mail*? –preguntó Domecq.

–Depende de las circunstancias, aunque posiblemente sea inevitable. Lo dejo a su criterio, pero recuerde que podemos quedar pegados.

Esta vez, no fue necesario que sonara el timbre para dar por terminada la visita. Los hombres se abrazaron y, mientras Bustos reflexionaba en el parque, Domecq caminó hasta su viejo Peugeot, salió del hospital e ingresó al Acceso Oeste. En media hora, ya estaba frente a la sede de *Castelar Digital*, en San Pedro y Arias. Inevitablemente, asoció San Pedro con la ubicación del último crimen, ya que este había sucedido sobre la misma calle, pero a diez cuadras de distancia.

Se bajó del auto y tocó el timbre del portero eléctrico. Cuando lo atendieron, se presentó como periodista. En cuanto le abrieron la puerta del edificio, subió en el ascensor hasta el tercer piso, donde lo recibió Gabriel, el joven titular de aquel medio de comunicación. Domecq le explicó que estaba investigando las coincidencias entre los asesinatos ocurridos en Castelar y otros similares acaecidos en California.

–Si recordás la película *Zodiac*, yo vendría a ser la versión criolla y miope de Robert Graysmith –bromeó Domecq–. Es más, somos gemelos astrológicos.

–¿Nacieron el mismo día del mismo mes? –preguntó Gabriel.

–Sí. El 17 de septiembre.

–¡Qué casualidad! ¿En qué te puedo ayudar?

–Necesito rastrear el *e-mail* del *Zodiac* de Castelar –respondió el veterano periodista, sorprendido por el tuteo.

–¿*Zodiac* de Castelar?

–Es el apodo que le puse al *copycat* local.

–OK. Pero no puedo tocar la computadora hasta que llegue la Policía y revise los dos mensajes.

–Pero solo el segundo *e-mail* sería del criminal –dictaminó Domecq.

–Eso dice el texto del segundo, pero la Justicia tiene la última palabra.

La chicharra del portero eléctrico los interrumpió. Gabriel atendió y luego dijo:

–Ya llegó la Policía, están subiendo.

–¿Puedo quedarme a ver el procedimiento? –pidió Domecq.

–¿En carácter de qué?

–Esta es mi credencial de periodista y te propongo compartir la información que ya tengo de esta investigación.

–Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía... –murmuró Gabriel, repitiendo uno de los refranes preferidos de su abuelo.

Abrió la puerta del departamento y se encontró con dos policías de civil, integrantes de la División Delitos Informáticos, que se identificaron e ingresaron.

–Yo soy el titular de *Castelar Digital* –se presentó Gabriel.

–Yo soy el periodista –se anticipó Domecq y, sin decirlo, dejó implícito que trabajaba allí.

El oficial a cargo mostró la orden judicial para incautar la computadora a la que habían llegado los mensajes, pero primero harían un *back up* para que Gabriel pudiera continuar operando desde otra PC. Mientras se realizaba este proceso, los policías analizaron los dos *e-mails* con amenazas: el primero había sido enviado desde una cuenta local: *castelar@outlook.com.ar*. El segundo correspondía a una cuenta radicada en las islas Bahamas: *castelar@bahamas.bs*. Luego, tras completar la copia integral del disco rígido, los policías se retiraron con la PC incautada.

–Gracias por dejar que me quedara –dijo Domecq.

–¿Me equivoco o quisiste aparentar que trabajás acá? –quiso saber Gabriel.

–Tal vez, mi presentación fue un poco ambigua, pero los policías no preguntaron nada.

–Bueno. Tuviste suerte y conseguiste la primicia sobre los *e-mails*.

–Las primicias no son lo mío. Mi trabajo es de largo aliento.

–¿Tomamos un café? –invitó el anfitrión.

–Con todo gusto. Además, quisiera hacerte una consulta respecto al dominio *castelar@bahamas.bs*: ¿es posible abrir una dirección de correo electrónico en Bahamas sin salir del país?

–Por supuesto. El formulario está estandarizado, pero cada país fija sus propios requisitos y tarifas.

–OK. Otra pregunta: ¿vos creés que estos policías tienen la tecnología necesaria como para descubrir los lugares desde donde se envió cada uno de esos correos electrónicos?

–Por supuesto. Me consta. Hace veinte años, en plena edad del pavo, tuve la mala idea de sumarme a una cadena de mensajes contra un colegio. No solo apareció la policía en mi casa, sino que, con las pruebas que relevaron, abrieron una causa judicial y, como yo era menor, mi papá tuvo que acompañarme a declarar en Tribunales.

–¿Y si alguien envió un *e-mail* desde un ciber? –preguntó Domecq.

–En principio, ubicarían el ciber, después, supongo, revisarían las cámaras de seguridad.

–¿Y si no hay cámaras? –insistió imprudentemente.

–No sé, pero los rincones ocultos del ciber mundo ya no son inexpugnables –respondió Gabriel, antes de cambiar de tema–. Por favor, contame algo que no sepa sobre los crímenes de Castelar.

Sin dudar, Domecq fue directo al meollo del asunto y afirmó que un imitador estaba repitiendo en Castelar los crímenes que Zodiac había cometido en California. Después, reconoció el mérito de Bustos, por su intuición y obsesiva perseverancia en la investigación, y se autodefinió como un veterano periodista que colabora con el expolicía, encerrado en un manicomio.

–Pero... ¿estás realizando una investigación periodística o escribiendo una novela? –preguntó Gabriel.

–La frontera entre ficción y realidad suele ser ambigua –respondió Domecq, con una sonrisa enigmática.

Capítulo XIV: El sospechoso

Más allá de la promesa hecha a Débora Roth de Bustos, la captura del asesino de su hijo Marcelo era un compromiso que la comisaria Aberanda había asumido consigo misma. Por eso, en cuanto recibió el requerimiento del fiscal del caso, pidió que nadie la molestara y se encerró en su oficina con un humeante tazón de café bien negro.

Encendió su PC y, por unos segundos, disfrutó la imagen sonriente de sus hijos junto al árbol de Navidad, usada como fondo de pantalla. Ya concentrada en su trabajo, leyó y tomó nota de los mensajes atribuidos al asesino serial y comenzó a redactar un borrador:

→ El primer mensaje (24 palabras) –enviado desde `castelar@outlook.com.ar`– indica con precisión las escenas de los crímenes: (1) *shopping*; (2) calle San Pedro. Además, por primera vez, vincula a ambos asesinatos con un mismo autor.

En cambio, el segundo *e-mail* (41 palabras) –enviado desde `castelar@bahamas.bs`– no aporta datos nuevos, sino que simplemente disputa la autoría de lo ya denunciado en el primero. Este segundo mensaje, que pudo ser enviado por cualquier persona que hubiera leído el primer *e-mail*, tiene la particularidad de estar escrito con una terminología ya empleada por el asesino serial apodado Zodiac (California, 1969).

→ Recomendación: concentrar investigación en el primer mensaje.

Sin perder tiempo, Aberanda solicitó con urgencia un rastreo informático. Antes de lo imaginado, su asesor –un *hacker* de dudoso pasado– le entregó el siguiente *dossier*:

-CUENTA: `castelar@outlook.com.ar`

-TITULAR: tinta fresca (nombre real: Jorge Osvaldo Domecq)

-DOMICILIO: caño 14 (domicilio real: Lincoln 707, Castelar, Bs. As.)

De inmediato, se comunicó con el fiscal del Tribunal en lo Criminal de Morón, quién libró la orden de detención. Liderando el operativo, la comisaria irrumpió en una antigua casona de Castelar Norte, bastante bien conservada, pero

sin flores ni elementos que indicaran un toque femenino. Detuvo al sospechoso, un viejo con cara de «yo no fui», y ordenó la incautación de una PC, una *notebook*, un celular y el contestador automático del teléfono fijo.

–Por favor, déjenme avisar a una vecina para que se ocupe de alimentar a mis gatos –rogó Domecq.

–¡Suba al patrullero! –le ordenó Anahí, al tiempo que delegaba en uno de sus agentes la tarea de transmitir el pedido del detenido.

Ya en su oficina, la comisaria –tratando de disimular su escepticismo– miró fijamente a Domecq y lo acusó de la autoría de los crímenes de Castelar.

Antes de responder, el miope periodista repasó mentalmente las experiencias de los últimos días, como un actor que ensaya su papel. Trató de organizar los hechos del modo más coherente posible, para que la comisaria no lo tomara por un viejo despistado, aunque eso era precisamente lo que aparentaba ser. Finalmente, en pocas palabras, negó cualquier vinculación con los asesinatos, pero reconoció haber enviado el mensaje desde *castelar@outlook.com.ar*. Alegó que eso era parte de una investigación periodística y que había dos personas que podían confirmarlo.

Pero su situación se complicó cuando fue reconocido por uno de los policías que habían incautado la PC de *Castelar Digital*. El detenido se defendió argumentando que había llegado minutos antes, para ver al dueño, Gabriel, en busca de información sobre el segundo mensaje, ya que el emisor de ese *e-mail* debía ser el verdadero asesino.

Incrédula pero prudente, Aberanda evitó opinar según su intuición e informó objetivamente al fiscal. El funcionario judicial dispuso que Domecq quedara incomunicado y ordenó la detención de las dos personas mencionadas por el acusado, de las que solo había aportado datos incompletos. Uno era Bustos, expolicía alojado en el hospital psiquiátrico de Luján y el otro era Gabriel, dueño y editor de *Castelar Digital*.

El primero en llegar fue el licenciado Gabriel Colonna, un treintañero que fue ubicado en sus oficinas de la calle San Pedro. El joven declaró que había visto a Domecq una sola vez, cuando se presentó en su oficina luego de coordinar la

reunión telefónicamente. En esa oportunidad, Domecq había exhibido su credencial de periodista e informado que investigaba los crímenes ocurridos en Castelar. Aparentemente, estaba siguiendo una pista que le habría proporcionado un expolicía bonaerense internado en un manicomio.

Si bien esta declaración de Gabriel había sido coherente, su pasado no era impecable. Existía en su contra una vieja denuncia por violación de la seguridad informática presentada por una escuela secundaria de la zona. Sin embargo, la verdadera razón por la que la comisaria decidió mantenerlo detenido era para efectuar un eventual careo entre Gabriel y Domecq.

La segunda persona detenida por esta causa fue Bustos. Cuando este expolicía ingresó a la sala de interrogatorios –pese a que se conocían previamente–, Aberanda se limitó a hacerle preguntas referidas al caso que estaba investigando. La mayor dificultad era lograr que el fiscal aceptara como válida la declaración de alguien con las facultades mentales presumiblemente alteradas, pero –aun a riesgo de que su testimonio no pudiera ser utilizado judicialmente– decidió interrogarlo, porque Bustos era el principal eslabón de esa cadena de sospechosos y era el único con información de primera mano.

A pesar de su deterioro físico, aquel hombre barbudo, demacrado, de ojos hundidos y voz ronca, seguía siendo el mismo interlocutor locuaz que ella había conocido cuando estaba en actividad. Según él, todo había comenzado al ver la película *Zodiac*, que inmediatamente relacionó con el asesinato de su hijo y con otro doble crimen anterior. Luego de comentar esto con su esposa, y a pesar de que ella se manifestó escéptica, él buscó y leyó el libro *Zodiac*, de Robert Graysmith, donde encontró más coincidencias.

Ante evidencias tan contundentes, había concurrido a la comisaría de Castelar en busca de rastros del hipotético llamado del asesino. Con mucho esfuerzo, había logrado la confesión del borracho que recibió la llamada anónima, pero chocó con la negativa del comisario de Castelar Norte, quien se negó a recibirlo. Finalmente, reconoció que nada justificaba su reacción visceral contra el comisario, pero manifestó que, al ser recluido de nuevo en el hospicio y al habersele prohibido las salidas, se benefició al autor de los crímenes, ya que la

Policía desatendió su denuncia. En esa etapa del relato, mencionó que, al conocer a Domecq, vislumbró la posibilidad de que este periodista continuara con la investigación. Bustos reconoció los avances logrados por su nuevo amigo, con quien compartió la decisión de enviar un mensaje a los medios, para intentar que el asesino serial –apodado Zodiac de Castelar– reaccionara mediáticamente, objetivo que se concretó al ser publicado el segundo *e-mail*. Aclaró que no conocía a Gabriel, pero sabía que Domecq iba a visitar *Castelar Digital* en búsqueda de información. Por último, Bustos intentó convencer a la comisaria Aberanda de que dejara de perder tiempo con él y se dedicara a investigar el segundo mensaje, porque ese debería conducirla hasta el asesino.

Terminados los interrogatorios, Anahí repasó sus anotaciones y llegó a una conclusión: Bustos no solo tenía información precisa sobre los dos dobles crímenes locales, sino que había estudiado con pormenorizada obsesión todo lo relacionado con Zodiac de California. Además, padecía desequilibrios mentales y había sido exonerado por gatillo fácil. Para colmo, su declaración se basaba en los supuestos dichos de un informante borracho, de manera que toda su teoría perdía credibilidad. Así como estaba involucrado en el envío del primer mensaje a los medios, también podía estarlo en el segundo. Es decir, en todos. Por último, al momento de los asesinatos de Castelar, el expolicía disfrutaba de sus salidas transitorias y no estaba obligado a pernoctar en el hospicio. Otro dato importante era que, desde que Bustos estaba nuevamente encerrado, no se habían cometido nuevos crímenes en la zona de Castelar. Por lo tanto, para la comisaria Aberanda, Bustos era el principal sospechoso. Satisfecha con su conclusión, buscó en sus cajones y se premió con una barrita de cereal.

En cuanto terminó de gratificarse, se comunicó con el fiscal y solicitó la liberación de Gabriel Colonna, por falta de mérito. En cambio, enfatizó la conveniencia de que Bustos y Domecq permanecieran detenidos. Acto seguido, Anahí repasó el texto de su propia tesis sobre asesinos imitadores y rescató los párrafos útiles para la investigación en curso:

→ Los *copycat serial killers* son asesinos seriales que eligen un «mentor» para imitar.

→ Estudian el modus operandi de su predecesor y lo repiten.
→ Analizan los errores del inspirador, para evitar repetirlos.
→ Estos imitadores no suelen ser muy imaginativos y se atienen al «libreto original».

→ El único patrón útil para los investigadores es la historia del «héroe imitado».

Luego, abrió el archivo que contenía la sinopsis de Zodiac de California.

Asesinato n.º 1 Fecha: 20 de diciembre de 1968. Víctimas: una pareja joven.

Asesinato n.º 2 Fecha: 4 de julio de 1969. Víctimas: una pareja joven.

Asesinato n.º 3 Fecha: 27 de septiembre 1969. Víctimas: una pareja joven.

→ Mensaje n.º 1 El día del 2.º asesinato se autodenunció por teléfono.

→ Mensaje n.º 2 Entre el 2.º y 3.º asesinato, envía un mensaje a los medios de comunicación, exigiendo –mediante amenazas– su publicación.

Al comparar los crímenes de California con los de Castelar, Anahí confirmó lo que sospechaba: habiéndose cumplido todos los otros pasos, lo que seguía era un tercer asesinato doble. Entonces, buscó en la web el libro de Robert Graysmith, para releer los detalles del tercer crimen de Zodiac de California.

El 27 de septiembre de 1969, Zodiac actuaría de nuevo, encapuchado y armado con una pistola y un cuchillo de monte, apuñalaría hasta matarla a Cecilia Ann Shepard y dejaría por muerto a Bryan Hartnell mientras la joven pareja estaba de picnic en el lago Berryessa.

En este tercer crimen, hay varios cambios respecto de los anteriores, en el modus operandi de Zodiac, reflexionó Anahí. Si bien las víctimas son también una pareja de jóvenes, en este caso, las mata de día, fuera del auto y a cuchilladas.

Luego, repasó las fechas y los plazos transcurridos entre los crímenes de Zodiac: 196 días habían pasado desde el primero hasta el segundo, pero solo 85 días entre el segundo y el tercero. Aparentemente, no había seguido un patrón, sino que, tal vez, había actuado al azar, aprovechando oportunidades. Por su

parte, en los casos de Castelar, si los dos dobles asesinatos fueron ejecutados por una misma persona, esta había dejado transcurrir solo 60 días hasta reincidir.

Mientras buscaba algo dulce en los cajones de su escritorio, Anahí intentaba, sin éxito, descifrar el comportamiento del asesino de Castelar. Una y otra vez, repasaba la información relevante guardada en su memoria, en un vano intento de evitar el tercer crimen.

Capítulo XV: Crimen en Gorki Grana

Una templada noche de octubre, luego de disfrutar la cena con su madre y sus pequeños hijos, Anahí cayó rendida en la cama y durmió profundamente, hasta que –antes del amanecer– sonó el celular. Otro doble crimen se había cometido en Castelar. Sin esperar que pasaran a buscarla, con su modesto auto, la comisaria se dirigió al parque Gorki Grana. Minutos después, estacionó junto a los patrulleros, cuyos faros iluminaban la escena del crimen. Sobre el pasto, yacían los cuerpos de la parejita apuñalada.

–Igual que el maldito Zodiac –masculló Aberanda, y tuvo que esforzarse mucho para no translucir su desánimo. No era para menos. Este nuevo crimen se había cometido mientras los dos únicos sospechosos se encontraban detenidos. Estaba siguiendo una pista falsa y tenía que volver a empezar.

En cuanto llegó el equipo forense, ella se retiró. No había nada más que hacer en aquel lugar, pero no regresaría a su casa, por suerte, su madre se estaba ocupando de sus hijos. Aberanda tenía por delante un largo día; en la soledad de su oficina, quería revisar todo el expediente desde el principio, para buscar detalles desapercibidos o posibles errores de interpretación, hasta descubrir una pista válida.

Un par de horas después, cuando –a pesar de una seguidilla de cafés bien negros– ya le costaba mantenerse despejada, detectó una inconsistencia. El primer mensaje por los dobles crímenes de Castelar fue remitido a cuatro medios de comunicación, pero el segundo tuvo cinco destinatarios. *Nuestro Castelar*, una revista mensual de distribución gratuita, había sido sumada a los cuatro que recibieron el primer envío (*La Voz del Oeste*, *Crónica de Morón*, FM Castelar y *Castelar Digital*). Como en el *dossier* policial no había más detalles, le pidió a su asistente –con carácter urgente– un informe sobre esa revista. Luego, llamó al fiscal y, como aún no había llegado, dejó dicho que la contactara. Por último, mandó traer a uno de los detenidos: Domecq.

En cuanto tuvo al anciano frente a ella, sin siquiera saludarlo, Aberanda lo miró fijamente, tratando de descifrar la inexpresividad de aquellos ojos miopes. Luego, a quemarropa, le preguntó:

–¿A cuántos destinatarios envió el primer mensaje de los crímenes de Castelar?

–¿Qué? –exclamó sorprendido el experiodista.

–Mire, deje de hacerse el tonto. No creo que ni usted ni Bustos sean asesinos. Pero él me confirmó que fue usted el que envió el primer mensaje. Así que responda: ¿cuántas copias del *e-mail* mandó aquel día?

–Cuatro –respondió en voz baja.

–¿Cuatro o cinco? –preguntó ella.

–Cuatro –repitió, ahora con firmeza.

–¿Conoce la revista *Nuestro Castelar*?

–No. ¿Por qué?

–Porque también recibió el segundo mensaje. El que supuestamente envió el imitador local de Zodiac. Otra cosa: anoche hubo otro doble crimen en Castelar.

–¿Ya? –preguntó Domecq.

–¿Qué quiere decir? –lo increpó con vehemencia.

–Yo creía que no volvería a matar hasta diciembre –dijo el periodista.

–¿Por qué habría de esperar hasta diciembre? –preguntó ella.

–Porque, en California, Zodiac mató en julio, septiembre y diciembre. En cambio, el imitador local lo había hecho en julio y septiembre. Por eso, deduje que volvería a matar recién en diciembre...

–Dedujo mal –lo interrumpió Aberanda–. En California, la secuencia fue diciembre del 68, julio y septiembre del 69. Es decir, 196 días entre los dos primeros y 85 días entre el segundo y el tercero. En Castelar, los asesinatos fueron en julio y septiembre de este año, con una brecha de solo 60 días, y ahora el intervalo fue aún menor.

–¿Entonces...? –balbuceó Domecq.

–Yo voy a seguir buscando al Zodiac local y lo voy a atrapar. A usted y a Bustos, seguramente, el fiscal los liberará hoy, siempre y cuando se comprometan a no entorpecer la investigación oficial.

La comisaria ordenó que Domecq fuera llevado nuevamente a su celda y llamó a su asistente. El teniente Rossini se presentó de inmediato con varias hojas impresas y un ejemplar de *Nuestro Castelar*.

–Acá hay algo raro –comenzó Rossini–: esta revista no menciona quién la publica o imprime, no muestra ni una dirección ni un teléfono de contacto. Algo realmente extraño para una publicación que se financia con publicidad y se distribuye gratis. Además, con ese nombre tampoco hay registros en la AFIP, ni en el Municipio de Morón, ni en la Cámara de Comercio de Castelar.

Tras hojear la revista, Anahí dijo:

–Algunas de estas publicidades parecen demasiado importantes para una publicación vecinal.

–Sí. Por eso, llamé a varios. Rolex y Dior aún no contestaron. Pero Chandon y Lacoste afirman desconocer la revista y estar seguros de no haber pagado esa publicidad.

–¿Entonces?

–Tal vez lo hagan para darse importancia y atraer a otros anunciantes.

–Quizás. Pero no creo en revistas fantasmas. Llamen a las otras empresas que figuran en la publicación y averigüen si conocen a quienes la editan y cómo se contactan con ellos.

–OK, jefa –dijo Rossini y se retiró a grandes zancadas.

Esa misma mañana, mientras la comisaria Aberanda investigaba la revista *Nuestro Castelar*, un patrullero trasladó a Bustos de regreso al hospicio. Por su parte, Domecq –que había pasado la noche en una celda, apenas acompañado por la imaginaria voz de su amada Leonor– salió de los Tribunales de Morón, cruzó la calle e ingresó a un bar. Nunca había deseado tanto un café. Ya en el interior, descubrió las medialunas y se tentó. Una vez que el mozo hubo tomado el pedido, Domecq le preguntó si tenían los diarios y el empleado le señaló una mesa. Ansioso por saber más acerca del tercer crimen, casi corrió a buscarlos.

Hojeó *Clarín*, desesperado por llegar a la sección Policiales, pero se frustró al ver que alguien se había llevado el cuerpo principal del diario. Para su desilusión, lo mismo sucedía con el resto de los periódicos. Solo quedaban los clasificados y algún otro suplemento. También había revistas, pero no le interesaban. Iba a retornar a su silla cuando –debajo de *El Gráfico*– distinguió un ejemplar de *Nuestro Castelar*, la publicación que había mencionado la comisaria. La llevó a su mesa y comenzó a hojearla. Tenía un formato pequeño, pero estaba impresa en papel de buena calidad. En realidad, más que una revista parecía un vistoso folleto publicitario. Muchas grandes marcas, nacionales e internacionales, estaban presentes. Algunos comercios de la zona también ocupaban carillas completas, aunque no faltaban avisos de media página y aún más pequeños. A primera vista, el 90 % era publicidad y el 10 % restante se repartía entre temas de interés vecinal, correo de lectores y un ensayo sobre el «resurgimiento religioso». En la primera página, sobre fondo blanco, estaba la copia del mensaje por el doble crimen de Castelar.

BASTA DE MENTIRAS. YO SOY EL VERDADERO AUTOR DE LOS DOBLES ASESINATOS DE CASTELAR. EL MENSAJE ANTERIOR ES UNA DESESPERADA MANIOBRA PARA APROPIARSE DE MI EXCITANTE EXPERIENCIA DE MATAR. NO DOY MI NOMBRE PORQUE INTENTARÁN RETRASAR O DETENER MI PRÓXIMO CRIMEN

«¿Por qué Zodiac de Castelar incluyó este medio en su desmentida?», se preguntó Domecq. Intrigado, siguió mirando la revista. Ahora le llamó la atención la ausencia de toda mención a los editores y al domicilio de una oficina o imprenta. Para sacarse la duda, y aprovechando que estaba cerca, el veterano periodista decidió visitar algunos de los comercios publicados en la revista.

Aquella mañana de primavera, los jardines de Castelar ostentaban toda su belleza. Pero Domecq no prestaba atención a las flores, tenía una idea fija y con ella llegó caminando hasta una fábrica de pastas en la calle Alem. El local

acababa de abrir y su dueño iniciaba la rutina diaria. Domecq se presentó poniendo su credencial sobre el ejemplar de *Nuestro Castelar*.

–Estoy haciendo un relevamiento y me gustaría conocer las razones por las cuales decidí hacer publicidad en este medio –preguntó.

–Porque ofrecieron una buena promoción. Seis meses de publicidad al precio de tres. También me dan ejemplares gratis para distribuir entre mis clientes.

–¿Cuánto hace que publicita en este medio?

–Esta es la primera vez, comenzamos hace dos meses.

–¿Cómo se contactaron con usted?

–Por medio del vendedor. La primera propuesta la descarté por el precio. Pero volvió con la promo 2x1 y acepté.

–¿Tiene el teléfono del vendedor?

–No. Él pasa a menudo, recorriendo los comercios de la zona.

–¿Y el teléfono de la revista?

–No.

–¿Y la dirección?

–Tampoco. De todo se ocupa el vendedor.

–¿Cómo se llama? –insistió Domecq.

–Gómez es el apellido, pero no recuerdo el nombre.

–¿Le dio un recibo por su pago?

–¡Por supuesto! –respondió con seguridad.

–¿Ahí figura alguna dirección, teléfono o razón social?

–Seguramente –respondió el dueño del local. Pero luego de ubicar el comprobante se rectificó–: En el recibo solo está el CUIT, el logo con el nombre de la revista y la firma del vendedor.

Antes de retirarse, Domecq pidió y obtuvo otros ejemplares de la revista correspondientes a meses anteriores. Como a pocas cuadras se encontraba una heladería que también publicaba avisos en *Nuestro Castelar*, Domecq la visitó. Repitió las preguntas y las respuestas fueron similares.

Luego ingresó a una peluquería, en Carlos Casares al 800, en este caso obtuvo un dato nuevo e importante. Gómez, el vendedor de los espacios

publicitarios, pasaría a cobrar esa misma semana. Entonces, Domecq le dejó su tarjeta al peluquero y pidió que Gómez se contactara con él, porque tenía clientes interesados en incorporarse a esa revista –mintió.

Ya era casi el mediodía, Domecq pensó en sus mascotas y decidió regresar a su casa. Caminó por la calle Francia hasta Lincoln y, cuando ingresó, se tranquilizó al ver que los gatos casi ignoraron su presencia, señal de que la vecina los había alimentado bien.

Fue directo al baño y comenzó con una ducha, a la que destinó mucho más tiempo del habitual. Se sentía sucio. Por fuera y por dentro. Aquella había sido su primera noche en una cárcel. Como periodista, lo habían detenido algunas veces, pero siempre por unas pocas horas. De no haber sido por la inefable compañía de Leonor, su sostén espiritual, siempre presente, en las buenas y en las malas, hubiera enloquecido en esa celda.

Capítulo XVI: *Country Majestic*

La comisaria Aberanda estaba furiosa. El fiscal acababa de insinuar que ella lo había inducido a detener a dos personas sin pruebas suficientes. Pero, más que la opinión del fiscal, le molestaba quedar mal parada ante sus colaboradores. Sabía que su éxito profesional se basaba en sus condiciones de liderazgo para transformar un grupo heterogéneo de personas en un equipo efectivo. Y ese liderazgo requería, entre otras cosas, predicar con el ejemplo, no solo trabajando duro, con honestidad, equidad y sinceridad, sino también reconociendo los errores. Por eso, ante ellos, Aberanda admitió que se había equivocado al descartar la pista del segundo mensaje del autoproclamado asesino de Castelar. Haber comenzado por el primero había sido útil para evitar huecos en el análisis, pero, al mismo tiempo, debía haber hecho el seguimiento del otro. Para recuperar el tiempo perdido, ordenó el inmediato análisis de todo lo relacionado con el segundo mensaje.

Si bien sabía que no era bueno presionar demasiado a su gente, Aberanda no pudo con su genio y se la pasó revoloteando sobre sus cabezas hasta que completaron el esperado *dossier*.

–*CUENTA: castelar@bahamas.bs*

–*TITULAR: José Bostero*

–*DOMICILIO: Brandsen 805, Capital Federal*

–*OBSERVACIONES:*

1. *El domicilio es falso, corresponde a la cancha de Boca Juniors.*

2. *El abono anual del hosting en Bahamas se pagó desde Argentina, vía Western Union, en efectivo. No consta el nombre de quien hizo el pago.*

–*REVISTA: Nuestro Castelar*

–*TITULAR: Desconocido*

–DOMICILIO: Desconocido

–OBSERVACIONES:

1. Se desconoce su razón social y su domicilio legal.
2. Los clientes que contrataron publicidad lo hicieron por intermedio de un vendedor de apellido Gómez, quien, a su vez, se ocupó de la cobranza.
3. En los recibos no consta domicilio, ni teléfono u otra forma de contacto.

Tras leer el informe, Anahí no sabía si enojarse más o alegrarse. Si bien su equipo no había logrado completar los datos solicitados por ella, eso, justamente, constituía una nueva pista. Detrás de *Nuestro Castelar*, se ocultaba algo raro y ella iba a descubrirlo. Lo más razonable era comenzar por Western Union, pero no era fácil. Primero, había que identificar la sucursal donde se había hecho el pago del *hosting* a Bahamas, la fecha y la hora. Luego, todo dependía de que esa sucursal tuviera cámaras de seguridad y hubiera conservado los videos.

En cambio, con la ayuda de los buenos contactos que su asistente tenía con la AFIP, la comisaria confiaba obtener información societaria de esa extraña revista que había recibido el segundo mensaje del supuesto asesino, pero no el primero.

Cumpliendo con lo esperado, Rossini le entregó un informe de la AFIP que aportó algo de luz: un mismo CUIT respaldaba las actividades de un grupo de publicaciones similares, cada una dedicada a un barrio distinto, pero siempre en la zona oeste del Gran Buenos Aires. El mencionado CUIT correspondía a una agencia de publicidad, con domicilio legal en el *country* Majestic, ubicado en la zona oeste del Conurbano.

De inmediato, la comisaria habló con el fiscal y consiguió la autorización para allanar el mencionado domicilio, en busca de la computadora que había recibido el mensaje del supuesto asesino. Una vez autorizada, partió en un patrullero, acompañada por dos de sus agentes.

El acceso al *country* contaba con una vigilancia privada tan estricta que Anahí tuvo la sensación de estar ingresando en otro mundo. Un mundo exquisito, enmarcado por una centenaria arboleda. Majestic era el desarrollo inmobiliario de mayor prestigio en la zona oeste y la dirección que buscaban correspondía a un importante chalet estilo inglés, con techos de pizarra, varias chimeneas y *bow-windows*, carpintería de madera noble y garaje para varios autos. Una pileta de natación rodeada por un inmenso parque completaba la escena.

Ya alertado por los vigiladores, el dueño de casa salió a recibirlos. Era un hombre de unos cincuenta años, de cabello oscuro con patillas grises, bronceado, con apariencia de deportista, vestido con elegante ropa *sport* y con uno de esos relojes exclusivos para privilegiados.

–Comisaria Aberanda –se presentó ella.

–Facundo Gómez Rioja –se presentó él, mientras, con un cordial y estudiado ademán, la invitaba a entrar y sostenía la puerta abierta para que ella pasara.

Disimulando la agradable sorpresa, Anahí ingresó a una gran recepción donde se destacaba una enorme y antigua chimenea.

–¿Usted es el titular de la revista *Nuestro Castelar*? –preguntó ella en tono profesional.

–Legalmente, sí –respondió el hombre, mientras se sacaba los llamativos anteojos de sol con armazón dorado.

–¿Por qué esa aclaración? –preguntó Aberanda en su mejor tono, consciente de que estaba lidiando con un personaje influyente y debía atenerse al protocolo.

–Porque, en la práctica, es un emprendimiento de mi hijo Gonzalo. Tanto esa como las otras revistas similares –contestó y volvió a ponerse los anteojos, como si se tratara de una escena estudiada.

–¿Podemos hablar con él? –pidió ella, mirándolo fijamente.

–Por supuesto... A su regreso –dijo, encogiéndose de hombros.

–¿A su regreso de dónde? –preguntó la comisaria en un tono apenas más enérgico.

–De Miami. Está allá, participando de un torneo de polo –informó Facundo con dudosa naturalidad.

–¿Dónde está la oficina de *Nuestro Castelar*?

–No existe tal oficina. Mi hijo trabaja acá, en casa.

–Necesito ver la computadora afectada a las tareas de la revista –insistió ella.

–Es una PC que está en el escritorio de mi hijo. Pero generalmente trabaja desde su *notebook*.

–Supongo que la *notebook* debe haberla llevada consigo –dijo Abernada mientras miraba detenidamente al dueño de casa, tratando de descubrir alguna señal de nerviosismo, preocupación o duda.

–Supone bien –respondió él, con falsa cordialidad.

–Entonces, voy a incautar la PC –informó ella en tono burocrático.

–¿Tiene una orden judicial? –preguntó con firmeza.

–Por supuesto –respondió Anahí, mostrándosela.

–¿La incautación es solo por haber publicado un mensaje anónimo? – cuestionó Facundo Gómez Rioja, esforzándose por ocultar su creciente incomodidad.

–Sí –se limitó a responder la comisaria, siendo muy cuidadosa con lo que decía.

Sin perder su postura, como un hábil jugador de póquer, él la guio por aquella enorme mansión hasta la habitación donde estaba la PC. Uno de los policías la desconectó y la precintó, tomando todos los recaudos del caso. La comisaria preguntó por la fecha de regreso del joven Gonzalo Gómez Rioja y le dejó una citación. El anfitrión respondió que se presentaría en cuanto regresara al país y que iría acompañado por el abogado de la familia.

Una vez que hubieron cargado la computadora en el patrullero, los policías se retiraron.

–¿Vio las banderas? –le preguntó uno de los policías a la comisaria.

–Sí. Parece que son todos bosteros –respondió ella.

–Pero bosteros con guita –agregó el agente.

Todos rieron, mientras el patrullero atravesaba el portón de vigilancia que los separaba del mundo real.

Durante el viaje de regreso, sentada en el asiento trasero del patrullero, Aberanda aprovechó para buscar en Google información sobre Facundo Gómez Rioja. El buscador le mostró unos cuantos *links* en los que el empresario aparecía vinculado a numerosas sociedades comerciales, financieras, deportivas y hasta del mundo del espectáculo. En cambio, no había menciones a su hijo Gonzalo.

En cuanto ingresó a su oficina, Anahí aprovechó para dar un vistazo a la cartelera de cine en busca de algo interesante para ver con sus hijos. No era una decisión fácil, pues debía compatibilizar los diferentes gustos de sus chicos, la ubicación de los cines y el impacto en su magro bolsillo.

Al rato, la interrumpió su asistente con el informe preliminar sobre la PC incautada en el *country*. En principio, se repetía lo detectado en la computadora de *Castelar Digital* y los otros tres medios de comunicación. En los cinco casos, los destinatarios del mensaje estaban incluidos –con copia oculta– en *undisclosed-recipients*. Es decir que el supuesto asesino no había enviado mensajes individuales, sino un solo correo electrónico con copia a los cinco destinatarios.

Pero la comisaria aún no había encontrado respuesta a su pregunta inicial: ¿por qué el asesino agregó *Nuestro Castelar* a la lista de destinatarios del primer *e-mail*? ¿Y cómo encontró esa dirección de correo electrónico, que es desconocida hasta por los clientes de la revista?

Su instinto la indujo a revisar los archivos judiciales, en busca de algún antecedente penal de los Gómez Rioja. Con inocultable alegría, descubrió que el padre de Gonzalo había estado metido en numerosos entuertos. La mayoría consistía en dudosos sistemas de venta piramidal, que movilizaban millones de pesos a través de empresas de venta directa, cuyo beneficiario era siempre uno solo: él mismo. Cientos de personas, ante la necesidad de empleo, depositaban ciegamente sus esperanzas en esos emprendimientos, pero eran estafados. El *modus operandi* consistía en armar redes de distribuidores de productos, que, supuestamente, trabajarían en beneficio propio y, a su vez, le reportarían comisiones al iniciador.

La idea era sencilla: a partir de un producto cualquiera, se forma un grupo de vendedores que no solo se encargan de comercializarlo, sino que también pueden capacitar a más vendedores bajo su supervisión. El distribuidor que los nuclea cobra una comisión predeterminada que inicia la cadena hacia el siguiente distribuidor, y así sucesivamente. Para ingresar al sistema, el aspirante a distribuidor debe firmar un acuerdo, comprar una suma determinada de productos y comprometerse a alcanzar las metas que se ha propuesto. Al comienzo, los costos no son muy significativos, pero conforme avanza la actividad, llegar a las metas implica un desembolso cada vez mayor, que nunca se condice con los ingresos prometidos. Cuando comprueban la inviabilidad del proyecto, los inversores ya han perdido sus ahorros y el único ganador es el creador del sistema.

Al imaginar a esta pobre gente, dañada económica y psíquicamente, la comisaria Aberanda sintió que contra este empresario tenía algo personal: una repulsión visceral. Sin embargo, y aunque se tratara de un estafador, nada relacionaba a Facundo Gómez Rioja con los crímenes que estaba investigando.

Capítulo XVII: Cartas de lectores

Para festejar la libertad recuperada, Domecq pidió pollo a la suiza y lo acompañó con uno de esos vinos que guardaba para momentos especiales. Luego de lavar los platos, sintió la tentación de una siesta. Se acostó, pero no logró descansar. Cerró los ojos esperando escuchar la cálida voz de Leonor, pero las imágenes y los sonidos del calabozo continuaban agobiando sus sentidos.

Estaba inquieto. Intuía que, detrás de *Nuestro Castelar*, se ocultaba algo turbio, algo que no tenía nada que ver con el negocio de la publicidad. Algo que él debía estar investigando en lugar de permanecer tirado en la cama. Sin dudar y de un salto, se levantó y revisó los tres ejemplares de la revista, comenzando por el más reciente, que incluía el mensaje del Zodiac local. Descartó los avisos y se concentró en las notas. Primero, leyó la sección «Nuestros vecinos», pero no encontró nada de interés, solo recordatorios de bautismos y cumpleaños.

Luego le dio un vistazo al artículo periodístico que abordaba el tema de los nuevos movimientos religiosos. Al descubrir que su contenido ameritaba una lectura minuciosa, calentó el agua y preparó el equipo de mate. Al retomar la tarea, se encontró con un comienzo teórico: *En la época de su creación, la mayoría de las grandes religiones generaron rechazos: el cristianismo fue considerado –tanto por el judaísmo como por la cultura romana– como un sacrilegio a las doctrinas existentes.*

Pero luego, bajo el ropaje de un debate académico, el texto se iba transformando en una apología de las sectas: *En el mundo antiguo, se denominaba «sectarios» a los seguidores de las enseñanzas de un filósofo. Así, los primeros cristianos fueron llamados «secta de los nazarenos» por los judíos. Siglos después, este criterio fue aplicado por la propia Iglesia católica al calificar a los protestantes como secta luterana. En consecuencia, los creyentes en las nuevas religiones, aunque no estén reconocidas legalmente, no debemos sentirnos menospreciados cuando la propaganda reaccionaria nos califica de sectarios.*

–¡Mirá vos! –se dijo Domecq–, parece que hay fanáticos religiosos en nuestro barrio.

No menos llamativa resultaba la sección «Correo de lectores», en la cual la mayoría de cartas publicadas mostraban interés por el debate religioso y algunas reivindicaban el concepto de secta, afirmando que, para evitar connotaciones peyorativas, las minorías que discrepan con la ortodoxia teológica de la religión oficial deberían ser consideradas nuevos movimientos religiosos.

En otra carta de lectores, se afirmaba: *Los jóvenes debemos devolver a la religión su pureza de origen, formando un nuevo movimiento inconformista, separado del rebaño actual.*

Mientras continuaba cebándose unos amargos, Domecq esbozó un par de preguntas: ¿por qué una revista barrial le dedica tanto espacio a la religión en general y a las sectas en particular? ¿Acaso Castelar se convirtió en un campo fértil para el adoctrinamiento?

Inmediatamente, pensó en Bustos. Miró el reloj y comprobó que aún estaba a tiempo de llegar a Luján antes de que finalizara el horario de visitas. Tomó su *notebook*, subió al viejo Peugeot y cruzó los dedos para que algún santo lo librara de los exasperantes piquetes que, casi a diario, entorpecían el tránsito por esa ruta. Cuando ingresó al hospicio, tras sacarse de encima a un interno que le hacía muecas, reía, saltaba y giraba a su alrededor, encontró a Bustos esperando bajo la incipiente sombra de un sauce. Se abrazaron y Domecq exclamó:

–¡De nuevo en libertad!

–Lo dirá por usted –le retrucó amargamente Bustos–, yo solo cambié de prisión.

–Bueno, pero, al menos, acá no estamos incomunicados –insistió el recién llegado.

–Es cierto. Aprovechemos para hablar. ¿Lo largaron enseguida?

–Me liberaron esta mañana, poco después de que lo trasladaran a usted – dijo Domecq mientras limpiaba los gruesos cristales de sus anteojos.

–¿Qué piensa de la comisaria?

–Más allá de que la pifió fiero, tuvo la honestidad de reconocer que se había equivocado y facilitar nuestra excarcelación.

–¿Mencionó algo que no supiéramos? –preguntó el expolicía.

–La tipa no larga prenda, pero hizo una pregunta que me dejó pensando – reconoció el periodista.

–¿Cuál? –interrumpió Bustos.

–Si conocía a *Nuestro Castelar*.

–¿Qué es eso?

–Es una revista zonal.

–¿Y? –preguntó Bustos, encogiéndose de hombros.

–La comisaria detectó que el *e-mail* del asesino local fue enviado a cinco destinatarios. Los mismos cuatro a los que les escribí yo, más *Nuestro Castelar*. Entonces, intuí que sospechaba algo. Investigué y descubrí que esa publicación dedica más páginas a los temas religiosos que a los de interés general.

–Tal vez esté relacionado con alguna organización católica o con los evangélicos, que también pululan por esa zona.

–En realidad, se focalizan en los nuevos movimientos religiosos y las sectas.

–¿Sectas en Castelar? –preguntó sorprendido Bustos.

–Eso parece. Usted, que era policía, ¿nunca escuchó nada?

–No. Aunque mi hijo se interesaba por el tema. Tenía varios libros y revistas en su habitación.

–¿Hablaron de eso?

–No –se lamentó Bustos y explicó–: Era un adolescente típico, ensimismado, poco comunicativo, que fluctuaba entre el entusiasmo, la timidez y la irritabilidad.

–¿Recuerda qué libros tenía?

–No, pero deben estar en mi casa. Mi esposa guardó todas las cosas del pibe, pero no sé si querrá hablar del asunto.

–¿A usted le molestaría que lo intente? –preguntó Domecq cuando ya el timbre anunciaba el fin del horario de visitas.

–Yo no tengo problema, pero no le garantizo nada. Si va a verla, dígame que la extraño –pidió Bustos en un tono nostálgico.

–OK. Nos vemos –dijo el periodista y abrazó a su amigo a modo de despedida.

Luego de un tranquilo viaje por la autopista, en un atardecer primaveral con un cielo rojizo que parecía augurar buen tiempo, Domecq llegó a Álvarez Jonte y Malvinas Argentinas, un rincón de Castelar que parecía bombardeado. Era el precio del progreso: el pavimento estaba haciendo su debut en esa calle olvidada. La casa de la familia Bustos era humilde y estaba rodeada por el cerco de alambre de gallinero. Mientras el periodista buscaba el timbre, el ladrido de los perros alertó a la dueña de casa. Débora Roth de Bustos, vestida de riguroso luto, abrió la puerta y, desde lejos, le preguntó qué deseaba.

–¡Buenas tardes, señora! Disculpe que la moleste –comenzó Domecq, en tono cordial–. Soy periodista, conocí a su esposo y me comentó que quisiera leer alguno de los libros de su hijo Marcelo, siempre y cuando a usted no le parezca mal.

–Está bien, pero se los doy a condición de que usted mismo se ocupe de devolvérmelos. Ya sufrí mucho con la muerte de mi hijo y no soportaría ver a mi esposo en un manicomio. Por eso no lo visité –dijo la mujer mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

–De acuerdo, señora, yo me comprometo a traer los libros de vuelta.

Mientras le hacía un ademán, invitándolo a pasar, la mujer preguntó por su esposo:

–¿Cómo está él? ¿Más tranquilo o sigue obsesionado con el asesino serial?

–No sé si es una obsesión, pero sí. Ha detectado una serie de coincidencias que no parecen ser casuales –explicó Domecq.

–¿Se refiere a las similitudes entre los crímenes de California y Castelar? –preguntó Débora.

–Sí.

–Reconozco que hay elementos que se repiten, pero puede ser mera casualidad.

–Ni su esposo ni yo creemos en las casualidades...

–¿Piensa colaborar con la investigación? –interrumpió Débora.

–Es que él está encerrado y yo soy un jubilado con tiempo libre –argumentó el periodista.

–Hay millones de personas con tiempo libre y no por eso se ponen a jugar a Sherlock Holmes –retrucó Débora.

–No es un juego, es una responsabilidad.

–La responsabilidad es de la Policía, no de mi esposo y, menos aún, suya.

–Si todos pensarán así... –intentó Domecq una defensa.

–Escúcheme –lo interrumpió ella–, ¿usted cree que el comisario de Castelar estaría dispuesto a recibir a un periodista jubilado que quiere reiterarle la versión de un loco respecto de algo que le contó un borracho?

–No. No creo que me reciba y no voy a intentarlo.

–Entonces, ¿qué le hace pensar que usted podría avanzar donde mi esposo fracasó?

–Confío en el periodismo. Especialmente, en algún colega que trabaje en un medio de poco renombre y esté con ganas de dar el batacazo.

–Pero los periodistas de ese perfil difícilmente compartirían con usted el mérito de una eventual investigación exitosa.

–No me interesa el reconocimiento.

–¡Vamos! –dijo Débora haciendo un gesto de incredulidad–, todo periodista sueña con ganar algún premio equivalente al Pulitzer o como se llame.

–No es mi caso, ya estoy definitivamente jubilado.

–Me cuesta creerle, pero, aún así, esta investigación requiere un amplio equipo, con tiempo y recursos.

–Estoy de acuerdo, solo deseo ser el disparador.

–Mire, señor, mi esposo está desesperado por vengar la muerte de nuestro hijo y cree que, si descubre al asesino serial, podría pasar de villano a héroe y reinsertarse en la sociedad. Pero usted no arrastra una cruz como la de él y no necesita involucrarse en esta peligrosa fantochada. En fin, este tema me excede y

me agota. Voy a preparar un té y, de paso, usted puede revisar la biblioteca de Marcelo.

Un buen rato después, Domecq cargaba una caja de cartón con libros y revistas en su Peugeot y se despedía respetuosamente de Débora.

Capítulo XVIII: Pista piramidal

La comisaria Anahí Aberanda había logrado motivar de tal forma a su equipo, que varios de ellos pasaron esa noche analizando el material informático incautado en el *country* Majestic, relacionado con la revista *Nuestro Castelar*. Consciente de que, con su presencia, estaba presionando a sus colaboradores y cerca ya de la hora del desayuno de sus hijos, decidió retirarse para pasar por su departamento, bañarse, cambiarse de ropa y compartir un rato en familia.

La alegría demostrada por sus hijos –ante la sorpresa de ese desayuno compartido– le resultó reconfortante. Cuando llegó la hora de que la abuela los llevara a la escuela, Anahí los acompañó hasta el ascensor y los besó largamente, al igual que a su madre. Luego, regresó a la cocina y, mientras comía otra porción de una exquisita pastafrola casera, recibió una llamada de su asistente, para darle una buena noticia: habían encontrado información relevante sobre *Nuestro Castelar*. De inmediato, sin siquiera levantar las tazas de la mesa, se dirigió a su oficina.

–¡Comisaria! –comenzó excitado el joven Rossini–, descubrimos que la web de la revista está instalada en el mismo servidor utilizado para abrir la cuenta que utilizó el doble asesino.

–Por favor, ¿podría ser más claro? –pidió Aberanda.

–La cuenta *castelar@bahamas.bs*, que se usó para enviar el segundo *e-mail* a los medios, fue gestionada a través de un servidor instalado en Irlanda, Patric XXI, que es el mismo que utiliza la web de *Nuestro Castelar*.

–¿Acaso no puede ser mera casualidad? –preguntó Aberanda.

–Por supuesto –respondió Rossini–. Pero habiendo millones de servidores a lo largo y ancho del mundo, es muy pequeña la probabilidad de que el remitente y el receptor del mensaje hayan contratado el mismo. Yo creo que es una prueba de que están vinculados entre sí.

–Bueno, ojalá tenga razón –dijo Aberanda, sin estar muy convencida–. De todas formas, como es la única pista que tenemos, la exprimiremos a fondo. Aproveche la diferencia horaria y contáctese ya con los irlandeses. Pida toda la

información que le parezca necesaria, cualquier inconveniente me avisa, yo personalmente hablaré con el juez para que gestione la intervención de nuestra Cancillería.

Al rato, Anahí entró al laboratorio policial donde los técnicos analizaban la computadora de *Nuestro Castelar*, incautada en el *country* Majestic. El oficial a cargo le hizo una larga reseña del protocolo que debían respetar para que la información que descubrieran pudiera ser utilizada en el posterior juicio contra el supuesto imputado y le explicó que, por lo tanto, la demora era inevitable.

La comisaria entendió que, diplomáticamente, le estaban pidiendo que no les pusiera más presión y los dejara trabajar tranquilos. Antes de retirarse, les especificó su pedido:

–Sin dejar de cumplir con los procedimientos que me acaba de mencionar, quiero que investigue si desde esa PC se utilizó alguna vez la cuenta *castelar@bahamas.bs*. Además, quiero que busque todo lo relacionado con un servidor irlandés llamado Patric XXI.

Por el momento, Anahí no podía hacer otra cosa que esperar. Entonces, regresó a su oficina y llamó a su madre, para confirmar que los chicos hubiesen llegado bien a la escuela. Luego, mientras continuaba aguardando novedades, ingresó a Internet para revisar la cartelera de cine y elegir la película que compartiría con ellos el sábado siguiente. En las salas Hoyts del *shopping* Plaza Oeste daban *Frozen*. Si bien el horario más cómodo era en la versión 3D, eligió el de la versión común porque, para tres personas, la diferencia de precios resultaba importante. Sobre todo teniendo en cuenta los inevitables gastos extras en pochoclo y gaseosas, sin contar los eventuales *souvenirs* que siempre ofrecen y los chicos exigen.

Aquel momento de distracción se interrumpió con la llegada de Rossini.

–¡Tengo algo groso! –dijo exaltado.

–Cuénteme: ¿qué es lo groso que encontró?

–Logré que me contestaran desde Irlanda.

–¿Y?

–Si bien me van a enviar un informe debidamente firmado, me anticiparon que las facturas que Patric XXI emite a *Nuestro Castelar*, por el servicio de *hosting*, se debitan de la cuenta de Sales Consulting S. A., que es una empresa presidida por el dandi Facundo Gómez Rioja.

–No veo nada malo –dijo la comisaria–. El dandi, como usted lo llama, es presidente de las dos empresas.

–Correcto. Pero ese no es el dato groso. En cambio, es muy, pero muy importante haber descubierto que de la cuenta de Sales Consulting S. A. también se debitaron los gastos del servicio para castelar@bahamas.bs.

–¿La que supuestamente utilizó el asesino de Castelar?

–¡Exactamente! –dijo Rossini y, en tono triunfal, agregó–: Creo que me merezco un franco.

–Tiene razón. Se lo ganó –reconoció ella.

Mientras el joven asistente levantaba los brazos como en festejo futbolero, la comisaria Aberanda lo devolvía a la realidad:

–El franco podrá disfrutarlo en cuanto terminemos este caso, pero, por ahora, lo invito a que veamos juntos el *dossier* de los peritos informáticos, que acaba de aparecer en mi pantalla.

Dicho esto, y a la espera de otra buena noticia, abrió el archivo y fue directamente a las conclusiones: «Desde la PC incautada en el *country* Majestic no se envió ningún *e-mail* de castelar@bahamas.bs».

–¡No puede ser! ¡Me quiero matar! –exclamó desilusionado Rossini.

–No exagere. Si todo fuera tan fácil, no contratarían a personas racionales, metódicas y perseverantes, como supuestamente somos nosotros. En realidad, tenemos dos noticias: una buena y una mala. Pero la buena es definitivamente buena y la mala podría serlo solo transitoriamente. Lo importante es que logramos descubrir que el segundo *e-mail*, atribuido al doble asesino de Castelar, fue enviado por alguno de los Gómez Rioja, o por algún allegado con acceso a sus computadoras y con facultades como para contratar servicios informáticos. Esa es la pista más firme encontrada hasta ahora y justifica el entusiasmo que usted tenía

cuando yo llegué. Ahora tenemos que pensar cómo seguir avanzando, lo mejor será que cada uno trabaje por separado.

Cuando Rossini se retiró, Anahí cerró la puerta de su oficina y, como solo había leído las conclusiones del *dossier* informático, retomó su lectura desde el inicio.

El documento de los peritos informáticos se componía de dos partes: una referida a la PC incautada a Gabriel Colonna, de *Castelar Digital*, y otra con el análisis de la PC de *Nuestro Castelar*. Ambas computadoras habían recibido el segundo mensaje que el presunto asesino envió desde *castelar@bahamas.bs* y el principal hallazgo era que, para esos dos mensajes, se había utilizado el mismo locutorio ubicado en Morón, cuyos datos se adjuntaban.

Inmediatamente, la comisaria llamó a Rossini y le comunicó la novedad.

–¡Desde un locutorio! –exclamó el joven asistente–. Pudo ser cualquiera. Ese tal Domecq también usó un locutorio para el primer *e-mail*.

–Sí, pero Domecq no envió copia a *Nuestro Castelar*. Le recuerdo que ese quinto destinatario solo fue incluido en el segundo mensaje atribuido al Zodiac local.

–Tiene razón –reconoció el joven, mientras permanecía de pie frente al escritorio de su jefa.

–Ahora debemos focalizarnos en dos cursos de acción. Por un lado, voy a enviar a gente de Investigaciones al locutorio de Morón, para ver si hay cámaras de seguridad en el local o en la calle. Ya conocemos el día, la hora y la PC utilizada. Por otro lado, nuestra principal pista es que el dominio *castelar@bahamas.bs* fue contratado y pagado por intermedio de Sales Consulting S. A., así que le voy a pedir al fiscal que ordene una pericia contable en los libros de esa empresa para determinar quién firmó la autorización.

–OK. Pero eso lleva tiempo –opinó el asistente.

–¿Entonces...? –preguntó con no muy buen tono la comisaria.

–Tal vez podríamos intentar por dos caminos a la vez. Hoy debería estar regresando al país Gonzalo Gómez Rioja, el hijo del dandi, que parece ser el verdadero responsable de *Nuestro Castelar*. Cuando fuimos al *country* Majestic,

incautamos la PC del muchacho, pero la *notebook* la tenía con él, en Miami. Bueno, creo que ahora deberíamos requisarla y someterla a los mismos análisis que a la PC.

–Muy bien pensado, Rossini –reconoció Aberanda, y agregó–: Vamos a pedirle ambas cosas al fiscal.

–¡Esperemos que no se haga el distraído! Me parece que no le gusta molestar a los poderosos –agregó el asistente.

La comisaria ignoró ese comentario, llamó al fiscal y –con una mezcla de profesionalismo y encanto personal– logró convencerlo. Esa misma tarde, Rossini regresó con su trofeo: la *notebook* de Gonzalo. De inmediato, Aberanda la llevó al Laboratorio de Informática, cuyos técnicos ya habían descubierto la relación entre *castelar@bahamas.bs_y Sales Consulting S. A.* También habían analizado la PC de *Nuestro Castelar* y ahora debían hacer lo mismo con la computadora portátil.

Un par de horas después, la comisaria y su asistente tuvieron motivos para festejar. Primero, la empresa irlandesa de hosting Patric XXI informó que la cuenta *castelar@bahamas.bs* había sido gestionada por un estudio de abogados de Bahamas, dedicado a crear empresas *offshore*. Luego, los peritos informáticos de la Policía Bonaerense descubrieron que esa solicitud se había realizado por medio de un correo electrónico enviado desde la *notebook* de Gonzalo Gómez Rioja.

–¡Lo tenemos! –exclamó Rossini.

–Ojalá, pero esto recién empieza –opinó con prudencia Aberanda.

Capítulo XIX: Bitácora satánica

Como muchos otros adolescentes, el nieto de Antón LaVey llevaba un diario personal.

Castelar, 11 de abril de 2010

Hoy mi abuelo cumpliría ochenta años y quiero homenajearlo contando su historia.

Mi familia materna tuvo su origen en Rusia, con el casamiento de mis bisabuelos Gertrude y Michael, y continuó en Chicago, donde, en 1930, nació Antón. En 1962, Antón tuvo una hija, Karla, mi madre, quien se casó con un argentino y se radicó en Buenos Aires, donde hace diecisiete años nací yo.

A los sesenta y siete años, cuando yo era apenas una criatura, falleció Antón. Tiempo atrás, cuando yo estaba en ese torbellino existencial conocido como edad del pavo, mi mamá decidió poner un faro en mi camino y me contó la apasionante vida de Antón LaVey.

–Mi padre fue un librepensador de renombre internacional –comenzó a explicar mamá.

–¿Librepensador? –pregunté.

–Sí. Librepensador es una persona que sostiene sus posiciones con base en la lógica y la razón, rechazando las tradiciones o imposiciones dogmáticas. Por ejemplo, Antón revalorizó ciertas ideas condenadas por el cristianismo, como la figura de Satán.

–¿Satán?

–Satán, Satanás o Príncipe de las Tinieblas son diferentes nombres que la Iglesia cristiana le da al portador del mal, la desgracia y el vicio. En cambio, tu abuelo Antón consideraba a Satán como símbolo de libertad y sabiduría.

–¡Qué loco! ¿Y quién tiene razón? –atiné a preguntar.

–Es una cuestión personal. Vos tenés que sacar tus propias conclusiones. Yo te voy a explicar la Biblia Satánica, un libro revolucionario para su tiempo, donde tu abuelo Antón expone los argumentos que fundamentan su postura, que

también es la mía –respondió mi mamá–. Este texto incluye una serie de ensayos que se repartían durante las conferencias que se llevaban a cabo en la sede de la Iglesia de Satán. A pesar de su título, la Biblia Satánica no fue escrita para satanistas, sino para una audiencia esencialmente cristiana. El objetivo era aclarar qué es el satanismo.

–¿Y qué es el satanismo? –Fue mi pregunta obvia.

–El satanismo, como las religiones convencionales, es una creencia –explicó mi mamá–. Pero, a lo largo de la historia, la Iglesia católica le atribuyó el carácter de satánico a toda práctica religiosa no cristiana y a todo pensamiento divergente. El satanismo era considerado el portador del mal y sus seguidores fueron víctimas de las famosas cazas de brujas, que terminaron con la vida de muchos hombres y mujeres, en la hoguera. Desafiando esas creencias, tu abuelo Antón sostuvo que el satanismo no implica adorar a Satán ni a otra entidad sobrenatural, sino que es un poderoso símbolo de individualismo, una filosofía que combina religión y psicología.

–¡Qué complicado! –confesé.

–Tenés razón –respondió mi mamá–. Suficiente por hoy. Cuando quieras saber más, avisame.

Pasó el tiempo y, como nada dura para siempre, aquellas apasionantes charlas con mamá se interrumpieron cuando mis padres se separaron y ella se radicó en Estados Unidos. Desde entonces, mi madre se dedica a dar conferencias y responder entrevistas de los medios de comunicación interesados en la historia de Antón LaVey, considerado el fundador del satanismo moderno.

Por supuesto, sigo en contacto con ella. Vía Skype, continúa ayudándome a comprender la filosofía que mi abuelo Antón volcó en el más importante de sus libros: la Biblia Satánica.

Castelar, 14 de septiembre de 2013

Ayer murió mamá. Fue víctima de un atentado terrorista cuando, en su carácter de suma sacerdotisa de la Iglesia de Satán, estaba dando una conferencia en San Francisco, California. Una bomba, seguramente puesta por

algún negro, judío, gay o chupacirios, acabó con su vida y la de doce personas más.

Odio a todos los involucrados en su muerte y juro dedicar mi vida a su venganza.

Castelar, 10 de noviembre de 2013

De no haber sido asesinada, mi mamá cumpliría hoy cincuenta y un años.

Aun a la distancia, fue una madre cariñosa y presente. Sus relatos sobre mi abuelo Antón marcaron mi vida para siempre. Desde chico, disfruté sus lecturas satánicas como los jóvenes romanos disfrutaban del Coliseo cuando los leones perseguían y comían a los cristianos.

Ahora, con veinte años cumplidos, me siento prisionero de un mundo que no me gusta, un mundo cruel e injusto, que justifica la limpieza étnica que proponía mi abuelo. Sueño con un Coliseo universal donde los impuros sean tirados a los leones. Un Coliseo cuya sola mención provoque miedo.

Castelar, 17 de octubre de 2015

Ya puedo disponer de mi herencia materna, aunque siga viviendo a costa de mi viejo.

El dinero que heredé debo usarlo para sentar las bases de la Iglesia de Satán en Argentina. Lo voy a hacer con gusto, como un homenaje a mi abuelo Antón y para vengar a mi mamá. Pero mi Iglesia no será una organización pública, expuesta a la maldad ajena, sino una secta secreta. Yo mismo voy a elegir a cada uno de los miembros y adoctrinarlos hasta que estén dispuestos a dar la vida por Satán.

Castelar, 28 de julio de 2016

Después de dedicar muchísimo tiempo al estudio de las técnicas de persuasión para cooptar y controlar individuos, ya tengo un plan:

- Con la ayuda de mis conocimientos informáticos, difundir la Biblia Satánica por las redes sociales, sin revelar mi verdadera identidad ni dejar pistas para un eventual rastreo de mi perfil.

- Utilizar los mecanismos de captación adecuados, para ofrecer el acceso a un paraíso espiritual, fuera del cual solo existe caos, maldad y vicio.

- Una vez lograda la incorporación de un nuevo miembro, evitar que salga. Inculcarle el miedo a la libertad. Persuadirlo de que, fuera del satanismo, la vida no tiene sentido.

- Mantener a los seguidores ocupados, bajo presión, para que no tengan tiempo para reflexionar.

- Ofrecerles incentivos, privilegios, de acuerdo con su grado de compromiso.

- Finalmente, someter a los miembros de la secta hasta lograr que sean sumisos y cumplan con lo que Satán (yo) les ordena.

4 de noviembre de 2016

Sigue creciendo el debate sobre las sectas y los nuevos movimientos religiosos, tanto en mi blog como en algún otro medio de comunicación local. Uno de los disparadores que utilicé es la frase: «Los primeros cristianos fueron llamados “secta de los nazarenos” por los judíos».

Pero, sin duda, la mayor polémica fue desatada por las contundentes afirmaciones de mi abuelo Antón LaVey: «Lucifer, el dios romano, era la personificación de la Iluminación y el Conocimiento, pero en la mitología cristiana se convirtió en el sinónimo del Mal. Es hora de aclarar las cosas. Esta pretendida Verdad religiosa no es más que una vana Mentira, ¡que merece ser arrojada entre los trastos viejos!».

Castelar, 24 de noviembre de 2016

Estoy muy satisfecho con la discusión originada en mi blog por los siguientes párrafos de la Biblia Satánica: «La vida es la gran satisfacción de las pasiones. La muerte es la gran abstinencia. Por lo tanto, sácale el mayor provecho

a la vida, ¡aquí y ahora! No hay un Cielo donde la gloria resplandezca ni un Infierno donde los pecadores se abrasen. ¡Es aquí en la Tierra donde conocemos nuestros tormentos! ¡Es aquí en la Tierra donde sentimos nuestros goces! ¡Es aquí en la Tierra donde están nuestras oportunidades! ¡Elige este día, esta hora, pues no existe redentor alguno! Di en tu corazón: “Yo soy mi propio redentor”».

Castelar, 8 de diciembre de 2016

El debate religioso –en mi blog y en *Nuestro Castelar*– se transformó en escándalo. El detonante fue la publicación de este párrafo de la Biblia Satánica: «“Amaos los unos a los otros”. Se nos dice que esto es la ley suprema, pero ¿por qué no habría yo de odiar a mis enemigos? Si los amo, ¿no me pongo a merced de ellos? La víctima desgarrada no puede amar las fauces ensangrentadas que le van arrancando miembro tras miembro. Odia a tus enemigos con todo tu corazón y si un hombre te abofetea en la mejilla, abofetéale en la otra. Devuelve golpe por golpe, desprecio por desprecio, ruina por ruina, ojo por ojo, diente por diente. Conviértete en el temor de tu adversario, de este modo, te harás respetar en todas las esferas de la vida, y tu espíritu –inmortal– vivirá, no en un paraíso intangible, sino en el cerebro de aquellos cuyo respeto has conquistado».

Castelar, 31 de diciembre de 2016

Entre los mensajes de fin de año, hoy subí a mi blog las siguientes palabras de mi abuelo Antón, pero las firmé como Satán: «Benditos sean los fuertes, pues de ellos será la Tierra. ¡Malditos sean los débiles, pues ellos heredarán el yugo! Benditos sean los poderosos, pues ellos serán reverenciados por los hombres... ¡Malditos sean los débiles, pues ellos serán borrados de la faz de la Tierra! Benditos sean los triunfadores, pues la victoria es la base del derecho... ¡Malditos sean los vencidos, pues ellos serán vasallos para siempre! Benditos sean los que desafían a la muerte, pues sus días serán largos en la Tierra... ¡Malditos sean los que sueñan con una vida mejor más allá de la tumba, pues ellos perecerán con las manos vacías! Benditos sean los valientes, pues ellos obtendrán grandes tesoros... ¡Malditos sean los que creen en el bien y en el mal,

pues se dejan asustar por sombras! Bendito sea el hombre que tiene una legión de enemigos, pues ellos lo harán Héroe. ¡Maldito sea el que hace el bien a quien le paga con desprecio, pues él será despreciado!». Firmado: Satán.

Capítulo XX: El huevo de la serpiente

Castelar, 1 de enero de 2017

Con el argumento de «año nuevo, vida nueva», hoy publiqué en mi blog una fundamentación intelectual del satanismo.

Estamos viviendo en una era de conocimiento. La psiquiatría ha avanzado a grandes pasos para ilustrar al hombre sobre su verdadera personalidad. Pero una cosa es aceptar algo intelectualmente y algo muy distinto es aceptarlo emocionalmente. La psiquiatría no puede llenar la necesidad del hombre de crear emociones a través del dogma. El hombre necesita de la ceremonia y del ritual, de la fantasía y del encantamiento. La psiquiatría ha privado al hombre de la fantasía y el asombro que en el pasado le daba la religión. El satanismo, dándose cuenta de las necesidades actuales del hombre, llena el enorme vacío que existe entre la religión y la psiquiatría. La filosofía satánica combina los fundamentos de la psicología y la creación de emociones, o dogma. Le da al hombre la fantasía que tanto necesita. El satanismo es la única religión conocida por el hombre que acepta al hombre tal como es.

Castelar, 28 de febrero de 2017

Mi plan para captar seguidores marcha mejor que lo esperado, al menos en cantidad, aunque no en calidad. Hay mucha gente perdida, sin rumbo, porque no sabe lo que quiere. Gente dispuesta a dejarse guiar por el canto de las sirenas. La mayoría son irrecuperables, pero –entre las excepciones– ya tengo en la mira a mi primera discípula. Es rebelde, contestataria y odia todo lo conocido. Es una chica que disfruta agrediendo su cuerpo con tatuajes y piercings. Vive en una casa usurpada, junto con un grupo de drogadictos. Es narcisista, busca reconocimiento y, por sus delirios de grandeza, me confesó su ilusión de llegar a ser sacerdotisa, cueste lo que cueste. Pero no es tonta, sueña con vivir bien y valora la posibilidad de tener un espacio propio, aunque deba compartirlo para las ceremonias.

Castelar, 3 de abril de 2017

Ya convencí a mi primera seguidora. Ella quería adoptar el nombre de Shakira –como la cantante colombiana, que debe su fama a un pacto con Satán y cuyos videos están cargados de símbolos ligados a la magia negra–, pero yo decidí llamarla Astarot, como la diosa fenicia de la lascivia.

El escollo más grande para convencer a Astarot fue que quería conocerme personalmente, o, al menos, verme por Skype sin la máscara de Baphomet, el macho cabrío con rasgos humanos que simboliza al demonio. Pero, en cuanto recibió la encomienda con la llave del PH que puse a su disposición, se olvidó del tema. Salió disparada a ver la propiedad y comenzó a hacer planes para acondicionarla a su gusto. Se trata de un edificio reciclado, en Merlo y Ventura Bustos, Castelar, cerca del Acceso Oeste, en el que además del templo satánico, Astarot podrá destinar parte del espacio libre para uso personal. Todo financiado por Satán, es decir, por mi herencia materna.

Castelar, 2 de mayo de 2017

Astarot ya se mudó al PH e hizo cambios importantes. Si bien desperdició tiempo y dinero en un espacio de usos múltiples, ya tiene listo el altar de la Iglesia de Satán, armado bajo una tabla que le hice llegar, con la inscripción: IN NOMINE DEI NOSTRI SATANAS LUCIFERI EXCELSI.

Si bien yo no estaba de acuerdo con financiar el salón para charlas, cursos y talleres, ella argumentó que era una oportunidad de mostrar el altar a los concurrentes, para tratar de reclutarlos.

Para ser justo, debo reconocer que Astarot es muy sensual y atractiva, cualidades que facilitan su rol de señuelo, para atraer candidatos a ingresar a la secta.

Castelar, 10 de junio de 2017

Ya tengo un segundo seguidor. Lo llamaremos Abadón (el destructor). Es un muchacho solitario, sin familia ni amigos. Tiene un pasado violento, mucho músculo y poco seso. Ideal para carne de cañón. Astarot lo sedujo y lo reclutó. Ella detectó sus debilidades y lo puede controlar y manipular a su

gusto.

Ahora tengo que elegir el rito iniciático que Abadón deberá ejecutar.

Castelar, 1 de julio de 2017

En sus explicaciones sobre la Iglesia de Satán, mi madre siempre resaltó la importancia de los ritos, esas ceremonias religiosas, de carácter simbólico, que se repiten respetando normas estrictas.

Creo que el más importante es el rito iniciático, porque significa una prueba de fidelidad y valor. Solo quienes superan esa prueba tienen derecho a ingresar a la gran familia de nuestra secta satánica.

En este caso, se trata de una triple iniciación: Abadón será el ejecutor, Astarot deberá convencerlo y yo tengo que demostrar que soy merecedor del legado de mi abuelo Antón LaVey.

Castelar, 5 de julio de 2017

«Los sacrificios humanos en un ritual satánico no son para “apacar a los dioses”, sino para castigar a alguien que lo merezca. Alguien que, si tuviera la oportunidad, nos destruiría. Por eso, un satanista nunca sacrificaría un niño pequeño».

Luego de releer estos párrafos de la Biblia Satánica, acabo de decidir que el rito iniciático de Abadón consistirá en un doble sacrificio humano. Una vez concretado este crimen, ninguno de los tres podremos volver atrás.

Castelar, 18 de julio de 2017

Ayer fue un día histórico, Satán –el más poderoso de los arcángeles, que proclamó su independencia del Jefe Celestial– ya tiene sus primeras víctimas en este país: una pareja de negros.

Abadón cumplió con el sacrificio iniciático y, sin saberlo, comenzó a ejecutar mi venganza. Si bien la escena repitió con exactitud otro crimen satánico, parece que nadie descubrió el mensaje representado por el colgante con el 666. La próxima vez tengo que ser más explícito, pero no puedo mencionarlo en mi blog

sin

incriminarme.

Castelar, 2 de septiembre de 2017

El segundo crimen satánico en Castelar ya es realidad. En este caso, fue una pareja de judíos. Yo convencí a Astarot y ella hizo lo propio con Abadón. En principio, hubo alguna resistencia, porque el muchacho conocía a una de las víctimas, pero finalmente comprendió que, luego de asesinar a la primera pareja de negros, ya no podía echarse atrás. Por eso, ayer ejecutó el nuevo doble crimen de nuestra Iglesia de Satán. Como firma, en el cuello de una de las víctimas, Abadón puso una cadenita con una cruz invertida. Espero que esta vez alguien entienda el mensaje satánico.

Castelar, 10 de septiembre de 2017

¡Increíble!, ¡en este país se roban hasta la autoría de los asesinatos! El siguiente es el mensaje que un tal Zodiac mandó a los medios de comunicación adjudicándose nuestros crímenes: *MATÉ EN EL SHOPPING DE CASTELAR Y EN LA CALLE SAN PEDRO, PERO LA POLICÍA LO OCULTA. SI NO PUBLICAN ESTE MENSAJE, SE ARREPENTIRÁN. Firmado: ZODIAC.*

En cuanto me enteré, mandé la siguiente desmentida: *BASTA DE MENTIRAS. YO SOY EL VERDADERO AUTOR DE LOS DOBLES ASESINATOS DE CASTELAR. EL MENSAJE ANTERIOR ES UNA DESESPERADA MANIOBRA PARA APROPIARSE DE MI EXCITANTE EXPERIENCIA DE MATAR. NO DOY MI NOMBRE PORQUE INTENTARÁN RETRASAR O DETENER MI PRÓXIMO CRIMEN.*

Lo grave es que, detrás del seudónimo Zodiac, se esconde alguien que relacionó los crímenes de Castelar con los de California. ¿También habrá detectado la conexión satánica? ¿Será la Policía? Y si no, ¿quién?

Castelar, 17 de septiembre de 2017

Con el avance de la investigación policial, Abadón estaba nervioso. Como Astarot no lograba calmarlo, acabo de comunicarme personalmente con él, por

Skype, oculto bajo mi máscara habitual. Aproveché su miedo para convencerlo de que debe temer más a Satanás que a la Policía, porque la justicia terrena es transitoria, mientras que, para los traidores, las llamas del Infierno son eternas.

«¡Muerte a los débiles, salud para los fuertes!», le dije a Abadón, repitiendo frases de mi abuelo, y agregué: «¡Destronemos los sofismas establecidos, arranquémoslos de cuajo, quemémoslos y destruyámoslos! ¡Congregaos en torno a mí, rechazad las cadenas oxidadas y la Tierra será vuestra, para ahora y para siempre!».

Castelar, 25 de septiembre de 2017

Por un tiempo, no exigiré nuevos sacrificios. Primero debo robustecer el adoctrinamiento de Astarot y Abadón, para que nuestra secta vuelva a ser tan hermética y confiable como al principio. Al momento de ser cooptados, dada su debilidad por las pasiones terrenales, a ambos los sedujo la idea de que en el mundo de Satán, la carne prevalece y los placeres son eternos. Ahora, debo insistir con LOS POSTULADOS SATÁNICOS.

I. Satán representa complacencia, en lugar de abstinencia.

II. Satán representa la existencia vital, en lugar de sueños espirituales.

III. Satán representa la sabiduría perfecta, en lugar del autoengaño hipócrita.

IV. Satán representa la venganza, en lugar de ofrecer la otra mejilla.

V. Satán representa todos los llamados «pecados», mientras lleven a la gratificación física, mental o emocional.

Castelar, 7 de octubre de 2017

Cada día, Abadón me preocupa más. Ayer le preguntó a Astarot si sabía en qué consiste el exorcismo. Por suerte, ella lo distrajo con una maratón sexual que borró sus preocupaciones.

Hoy me comuniqué con él, vía Skype, y le reforcé conceptos de la Biblia Satánica: «Mucha gente anda por el mundo haciendo que otros se sientan culpables sin causa alguna. El satanismo reconoce a estas personas como

vampiros psíquicos que privan a otros de su energía vital y, una vez conseguida una presa, no la sueltan fácilmente. Su “preocupación” por ti puede ser muy halagadora, pero sus verdaderas intenciones es alejarte de los placeres satánicos. No desperdices el tiempo con quienes te hacen sentir culpable por “los siete pecados capitales”. Recuerda que el satanismo recomienda complacerse en cada uno de estos supuestos “pecados”, puesto que todos ellos conducen a la satisfacción física, mental o emocional».

Capítulo XXI: La secta de Castelar

Entre los libros de Marcelo Bustos, los más intrigantes eran *Rituales satánicos* y *El exorcismo en la época actual*. Además, había una gran cantidad de ejemplares de *Nuestro Castelar* y algunos coincidían con los que Domecq ya había leído en un bar de Morón. Muchas de las revistas de Marcelo estaban subrayadas o con anotaciones al margen, especialmente en los artículos sobre religión y en las cartas de lectores. En una de esas cartas, se reproducía el texto de Borges «La secta del Fénix», donde los siguientes párrafos estaban resaltados:

Los superficiales hombres del Fénix hoy solo guardan la oscura tradición de un castigo, de un pacto o de un privilegio, porque las versiones difieren y apenas dejan entrever el fallo de un Dios que asegura a una estirpe la eternidad, si sus hombres, generación tras generación, ejecutan un rito. El rito constituye el Secreto. El Secreto es sagrado, su ejercicio es furtivo y aún clandestino y los adeptos no hablan de él.

Otra breve carta de lectores explicaba: «Un ritual satánico de sexo es lo que se conoce comúnmente como “hechizo de amor”. Su propósito es provocar un deseo en la persona a quien deseas, o invocar un compañero sexual para satisfacer tus deseos». Sin dudas, el Correo de Lectores era la sección de la revista que más le había interesado al hijo de Bustos. En muchos casos, las cartas estaban firmadas con iniciales y Marcelo les había agregado aclaraciones, como «Rulo», «el Vasco», «la Bruja» y «Kuk», lo que parecía indicar que el joven conocía la identidad de los autores de esas cartas, pese a no estar explícitas.

Intrigado por el título *Rituales satánicos*, Domecq decidió hojear el libro para ver su contenido. Se trataba de la crónica del asesinato ritual de un niño de once años, que apareció muerto y mutilado en la provincia de Corrientes. El autor del libro revelaba una trama de servidumbre de niños, sectas y magia negra en un contexto de inaudita impunidad.

Algunos párrafos del libro estaban resaltados en amarillo flúor. Entre otros, el siguiente:

El cadáver de Ramoncito apareció en Mercedes, Corrientes, el domingo 8 de octubre de 2006. El cuerpo semidesnudo estaba decapitado. Al cráneo le faltaban los ojos, la lengua, la nariz, las orejas, parte del cuero

cabelludo. Las pericias concluyeron que antes de ser arrojado al baldío, al cuerpo le habían extraído toda la sangre. La investigación estableció, después, que Ramón González, un chico pobre, fue torturado y asesinado en un ritual satánico, como ofrenda al Señor de la Muerte.

Finalmente, en el prefacio del libro *El exorcismo en la época actual*, estaba resaltada la siguiente frase: «El ritual de exorcismos está regulado por el Código de Derecho Canónico y solo puede realizarlo un sacerdote con permiso expreso».

Cuantas más horas dedicaba Domecq a la lectura y análisis de esos textos, más lejos se sentía de encontrar una pista. Solo tenía dos certezas. Una: *Nuestro Castelar* incluía extraños artículos y correos relacionados con sectas. Dos: Marcelo seguía el tema y conocía a varios de los autores de aquellas cartas. A primera vista, no había nada sospechoso, pero el periodista intuía que algo estaba escapando a su atención.

Convencido de sus limitaciones para seguir avanzando con la meticulosidad y la paciencia que el tema exigía, decidió ir a ver a Bustos, para entregarle todo el material.

Al día siguiente, en cuanto se abrió el acceso a los visitantes, Domecq ingresó al hospicio. Se sentó a la sombra de una palmera, poblada de ruidosas cotorras, y comenzó a preparar el mate. El primero en acercársele fue un interno enfundado en un mameluco gastado y descolorido, estaba rapado, pero su barba hirsuta y sus cejas peludas le daban un aspecto siniestro. Extendió una mano, como pidiendo limosna, y Domecq le dio un puñado de bizcochos. Poco después, apareció Bustos, quien lo saludó con la vista fija en la caja de cartón que contenía las lecturas de su hijo.

–¿Qué dijo Débora? –preguntó mientras comenzaba a sacar los libros y revistas.

–Le manda saludos y le pide que se cuide.

–¿Pudo revisar estos libros? –preguntó Bustos, cambiando de tema.

–Sí, pero prefiero no hacer comentarios hasta que usted pueda leerlos, tranquilo, y sacar sus propias conclusiones.

–Sinceramente, tengo más interés en leerlo como padre que como policía.

–¿Y es posible ese desdoblamiento? –preguntó su amigo mientras le ofrecía un amargo.

–Supongo que depende de las circunstancias. Veremos.

Durante un buen rato, ignorando el chillido de las cotorras, el periodista cebó mate mientras Bustos, en silencio, hojeaba los libros y las revistas.

Cuando sonó el timbre que marcaba el fin de las visitas, Domecq intentó una última pregunta:

–Encontré anotaciones, posiblemente hechas por su hijo. ¿Le suenan los nombres «Kuk», «Rulo», «la Bruja» y «el Vasco»?

–Kuk es el boliche de la calle Santa Rosa donde trabajaba Marcelo. Los otros apodosos son muy comunes entre futboleros, pero no me recuerdan a nadie de Castelar.

–OK. En mi próxima visita, lo charlamos con más tiempo.

–¡Gracias por todo! –dijo Bustos, mientras abrazaba a su nuevo amigo.

Esa noche, Bustos tuvo otra de sus recurrentes pesadillas, esas que siempre recreaban la muerte de su hijo. Se despertó bruscamente, transpirado y con la boca reseca, pero esta vez Marcelo no moría a causa de un disparo, sino que se desangraba, gota a gota, víctima de un ritual satánico.

En el trayecto de regreso a Castelar, Domecq tuvo la grata sorpresa de volver a escuchar la voz de su querida Leonor.

–¿En qué andás, Sherlock? –bromeó ella.

–¡Hola, mi amor! –saludó Domecq–. ¿Viniste a tomarme el pelo?

–Vine porque te extraño –respondió ella con dulzura.

–Entonces, estamos a mano –dijo él y, cambiando de tema, preguntó–: ¿Qué te parece la investigación?

–Después del susto por verte encarcelado, creo que ahora podés avanzar sin tantos riesgos.

–Me llamó mucho la atención el material de lectura del hijo de Bustos –dijo él, y agregó–: Va a ser fundamental la opinión del padre.

–¿Marcelo no usaba celular o computadora? –preguntó Leonor.

–No sé –respondió Domecq.

–Si, por un momento, te hubieras puesto en la cabeza de los jóvenes de hoy, ya te hubieses hecho esa pregunta –pontificó ella.

–Tenés razón, debería pasar de nuevo por la casa de Débora –reconoció él.

En ese preciso momento, la conversación imaginaria fue interrumpida por un control policial. Domecq acató la orden, detuvo el auto y, tras mostrar la cédula verde, el registro de conductor y la constancia de seguro automotor, fue liberado.

Media hora después, llegó al domicilio de la familia Bustos. En cuanto los perros comenzaron a ladrar, la dueña de casa abrió la puerta y dejó pasar al recién llegado.

Una vez explicadas las razones de la nueva visita, Débora respondió que el celular de Marcelo aún estaba en poder de la Policía Científica, pero que la PC estaba en el dormitorio del joven. Cuando Domecq le pidió permiso para llevársela, Débora, con buen criterio, se opuso.

–Disculpe, pero no estoy dispuesta a desprenderme de la computadora de mi hijo, entre otras cosas, por la cantidad de fotos familiares que tiene guardadas y no quiero perder. Pero Marcelo tenía algunos *pendrives* y usted puede hacerse una copia de lo que le interese, sin necesidad de llevarse la PC.

Sorprendido por la lógica de la mujer, Domecq reconoció que tenía razón y se abocó a la tarea de copiar algunos archivos. Por suerte, Débora le solucionó el primer problema: la contraseña era «mamá1955».

En cuando encendió el equipo, el salvapantallas instalado por Marcelo mostró una imagen de Greenpeace, nada especial para la investigación. Luego, Domecq debía recordar lo aprendido en materia de informática, años atrás, durante los cursos de actualización profesional. Como las neuronas no fallaron, pudo acceder al disco rígido y comenzar a transferir datos al *pendrive*. La tarea era lenta y Domecq tuvo tiempo para mirar por la ventana que daba al fondo de la casa y descubrir el cuidado jardín de la señora de Bustos, en el que se destacaba un colorido bebedero para colibríes.

Ya de nuevo frente a la PC, Domecq tuvo un ataque de ansiedad: ¿Marcelo habría intuido que podía ser asesinado? ¿Habría dejado nota de sus temores o

sospechas? ¿En esos archivos estaría la pista para resolver los dobles crímenes de Castelar? ¿O estaba perdiendo tiempo y, peor aún, molestando a una pobre mujer en pleno duelo por su hijo? De pronto, temió estar interfiriendo la tarea policial. Recordó a la comisaria Aberanda, el tétrico calabozo de Morón y un frío sudor le recorrió la espalda.

Cuando Domecq terminó de copiar el disco rígido de la PC, era cerca de medianoche. Débora estaba semidormida frente al televisor, envuelta en una manta. El periodista pidió disculpas y se retiró con el *pendrive*.

Estaba muerto de hambre, pero ya era tarde para entrar a un restaurante del barrio, entonces dobló por Santa Rosa, paró en Don Antonio y se dio un atracón de sabrosas empanadas.

Capítulo XXII: Kuk

Cuando terminó de preparar la comida para él y sus gatos, Domecq reconoció que su casa olía a encierro y soledad. Como todos los ambientes necesitaban una impostergable limpieza a fondo, comenzó por abrir las ventanas y ordenar la ropa y los papeles que se apilaban sobre mesas y sillas. Luego, mientras pasaba la aspiradora, recordó un sueño en el que disfrutaba con Leonor unas birras en Kuk, el mismo bar que le había mencionado Bustos. Aunque no sabía cómo interpretar ese sueño, reconoció que no era mala idea visitar el local donde había trabajado Marcelo. Entonces, decidió que –luego de completar la rutina doméstica– lo visitaría durante el horario de *after office*.

La calle Santa Rosa tenía una característica especial: las veredas de un lado pertenecían a Morón y las de enfrente, a Ituzaingó. Es decir que, con solo cruzar la calle, se cambiaba de jurisdicción y se podían evadir ciertos controles. Entre tantos bares temáticos, Kuk pasaba desapercibido. El frente era lúgubre y un letrero mal iluminado, con despintadas letras góticas, anunciaba el nombre. Al ingresar, Domecq descubrió que el mobiliario y la decoración, en general, recreaban la atmósfera de un pub inglés. Los techos y las paredes estaban revestidos con madera oscura. Los pisos eran de cerámica rústica y la iluminación parecía pensada para facilitar la intimidad de las parejas. La barra se distinguía del resto del local y tenía una iluminación más intensa, que resaltaba el mármol del mostrador y el bronce de las grandes choperas. Detrás, los estantes estaban abarrotados de todo tipo de bebidas. En un ángulo, había una inmensa chimenea, cuya campana estaba decorada con un escudo de armas que ostentaba el nombre Kuk.

Domecq atravesó la penumbra y se dirigió a la barra. Dio un vistazo general al ambiente y descubrió que, en las paredes, había ampliaciones de fotos antiguas, en sepia o blanco y negro. Desde su taburete, no podía identificar su contenido, excepto una muy cercana, en la que se destacaban las puntiagudas capuchas del Ku Klux Klan.

Mientras la mesera le alcanzaba la lista de bebidas, Domecq notó que la joven llevaba puesta una remera con la tristemente famosa inscripción: «*God, race and nation*». Sin hacer comentarios al respecto, el jubilado eligió una cerveza artesanal y –argumentando que tenía que hacer tiempo– pidió algo para leer. Al rato, la muchacha regresó con la cerveza, un recipiente con maníes, un diario y varias revistas de autos y motos. Mezclado entre las publicaciones, había un ejemplar de *Nuestro Castelar*, cuya contratapa estaba íntegramente ocupada por una publicidad de Kuk.

Revisando una vistosa revista extranjera dedicada a las motos, encontró el siguiente texto: «*America, our nation is under judgement from God! There is a race war against whites*». Como el conocimiento del idioma inglés no era su fuerte, Domecq sacó su *notebook*, utilizó el traductor y obtuvo la versión española: «América, ¡nuestra nación está bajo el juicio de Dios! Hay una guerra racial contra los blancos». Intrigado, copió la frase en el buscador y apareció el sitio web <http://www.kkk.com/>, perteneciente a Los Caballeros del Ku Klux Klan. Al traducir el resto del párrafo sintió una rara inquietud:

El odio hacia nuestros hijos y su futuro está creciendo. Dios, Patria y Hogar son los principios de nuestra civilización cristiana occidental, hay una guerra para destruirlos y los hermanos en la fe debemos defenderlos, atacando primero y eliminando a todos los impuros.

Evidentemente, existía una correlación entre el nombre del bar, los murales y las frases racistas en las remeras de los mozos. Lo raro era que un muchacho como Marcelo hubiera aceptado trabajar allí.

Cuando la moza le trajo la cuenta, el periodista le preguntó si recordaba a Marcelo Bustos, el joven asesinado bajo el puente de San Pedro.

–Sí. Éramos compañeros acá. ¡Pobre Marce! ¿Por qué me pregunta?

–Soy amigo de la familia y recién su mamá me contó que él trabajaba en este bar. Así que vine a tomar una copa en su memoria –inventó Domecq.

–Justamente, hoy lo está reemplazando Rulo, que era su mejor amigo.

–No lo conozco, pero me gustaría charlar con él. Por favor, ¿le podés explicar quién soy y decirle que lo invito a compartir una cerveza?

–Sí, cómo no.

Mientras el periodista asociaba el nombre de Rulo con uno de los apodos mencionados por el hijo de Bustos, un joven se le acercó caminando con desgano. Era un veinteañero típico, ni más ni menos desprolijo que el resto de su generación.

–¡Gracias por acompañarme! –comenzó Domecq–. ¿Qué querés tomar?

–Nada. Trabajando en un boliche, te cansás de tomar.

–Si no te molesta, me gustaría saber qué hacía Marcelo acá.

–Era lavacopas. Desde que murió, yo lo estoy reemplazando.

–¿Ustedes eran amigos?

–Sí. Nos conocíamos desde la primaria y fuimos compañeros en el fútbol y hasta en el grupo carismático.

–¿Grupo carismático? –preguntó sorprendido el periodista.

–Con Marcelo íbamos a las misas de sanación que los curas carismáticos dan en Castelar.

–¿Él era católico practicante?

–Sí.

–¿Y vos?

–También..., más o menos..., depende... –dijo Rulo, mientras se encogía de hombros.

–Suena raro oír que dos muchachos religiosos trabajaron en este boliche.

–¿Qué tiene de raro? –preguntó, incómodo, Rulo.

–Desde el nombre, este bar tiene un tufillo a secta.

–Uno trabaja donde puede –respondió molesto.

–Tenés razón. Disculpame –dijo Domecq, en tono sincero.

Luego de tomar otro sorbo de cerveza, el periodista no pudo con su curiosidad y volvió a preguntar:

–¿Qué opinaba Marcelo de este ambiente?

–Eso lo charlaba con los curas carismáticos; hasta se reunió con el exorcista.

–¿Cuál? –preguntó Domecq.

–El cura español que vino el año pasado.

–¿Vos estuviste?

–Sí. Marcelo me pidió que lo acompañara.

–¿Y por qué le interesaba el exorcismo? –insistió.

–Tenía miedo de estar contagiándose lo demoníaco.

–¿Cómo? –se sorprendió el periodista.

–Trabajando acá –respondió el joven y agregó–: Usted dijo que hay tufo a secta. Bueno, tal vez por eso.

–¿Es solo tufo o hay algo más...? –arriesgó el imprudente periodista.

–Son demasiadas preguntas y yo tengo que trabajar. ¡Chau! –lo interrumpió Rulo, dando por terminada la charla.

Domecq pagó la cuenta y, al retirarse de Kuk, se cruzó con una extraña pelirroja que ingresaba al local acompañando a un joven bien vestido, bronceado y buen mozo, a quien el cuidacoches saludó con un respetuoso:

–Buenas noches, patrón.

Ya en su casa, luego de dar de comer a los gatos y recalentarse una porción de tarta que tenía en la heladera, repasó la conversación con Rulo y decidió averiguar más sobre el «exorcismo carismático». Puso la *notebook* junto a su plato de comida y buscó. Entre otros, apareció un video de YouTube con una reveladora entrevista al padre José Antonio Fortea, párroco madrileño, teólogo, especialista en demonología y autoridad eclesiástica para asuntos de exorcismos. Al descubrir que ese cura había visitado Castelar, Domecq decidió copiar los siguientes párrafos para luego mostrárselos a Bustos:

–¿Existe el demonio?

–Para la Iglesia, no hay duda, el demonio existe y no como un símbolo, sino como una persona que se rebeló contra Dios y está condenada eternamente.

–¿Usted ha visto a alguien que haya sido poseído por el demonio?

–Sí, ya he encontrado entre 20 y 30 casos indudables de poseídos.

–¿Puede contarnos lo que vio?

–Los poseídos pueden hablar en lenguas que desconocen, pueden estar dotados de una fuerza descomunal, vomitar objetos como cristales o clavos e incluso, en unos pocos casos muy extraños, pueden llegar a levitar.

–¿Y qué hace con ellos?, ¿cómo actúa?

–Hago lo que se llama el «ritual de exorcismo».

–¿En qué consiste?

–De forma muy resumida: se pide perdón por los pecados, se lee la Biblia, se reza la letanía de los santos y una larga oración a Dios y, al final, se hace una conjuración al demonio ordenándole que salga del cuerpo.

–¿Cuánto puede durar un exorcismo?

–De 30 minutos a varios meses. Depende de muchos factores, pero para liberarse del demonio hay que abandonar el pecado, aceptar a Cristo y perseverar.

–¿Y qué le sucede al poseído cuando lo cura?

–No es una cura, es como una liberación. Se pone peor y peor hasta que lanza un grito espantoso y cae sobre el suelo, en paz. Es como despertar de un sueño, no recuerdan nada del exorcismo.

–¿Comparte la Iglesia católica todo lo que nos acaba de contar?

–La posición oficial de la Iglesia es muy clara y así aparece en los documentos oficiales. En resumen, la postura es que existe el demonio, existe la posesión y el exorcismo tiene efecto.

Domecq había perdido la noción del tiempo y estaba tan exhausto como perplejo. Acababa de acceder a aspectos del mundo real que siempre había creído circunscriptos al campo de la ficción. De pronto, escuchó la voz de Leonor:

–Hola, mi amor. Parece que encontraste una pista.

–¿Cuál pista? ¿De qué estás hablando? –preguntó sorprendido.

–No seas haragán, tenés toda la información. Solo te falta procesarla.

–No entiendo. Por favor, explicate mejor –casi suplicó Domecq.

–Resolver un crimen es como armar un rompecabezas –comenzó ella–.

Una vez que se tienen todas las piezas, hay que descifrar cómo se conectan entre sí y luego poner cada una en su lugar.

–Creo que todavía me faltan muchas piezas –se quejó él.

–Marcelo, Ruth, San Pedro, California, Kuk, racismo, exorcismo, *Nuestro Castelar*, sectas, satanismo –enumeró Leonor, y agregó–: Tomá nota antes de que te olvides, cabeza de chorlito.

–¿Y cómo se relaciona todo esto con el Zodiac de Castelar? –preguntó ansioso.

Como ella no respondía, Domecq insistió:

–Contestame, por favor. ¡Leonor! ¡Leonor! Dale... Por favor... –pidió una y otra vez, pero fue en vano, porque ni el maullar de los gatos alteró el hermético silencio nocturno.

Capítulo XXIII: Cuarto crimen

Una vez más, el aporte del Laboratorio de Informática fue relevante. Ya habían descubierto la relación entre el misterioso dominio *castelar@bahamas.bs* y Sales Consulting S. A., una sociedad de la familia Gómez Rioja. También habían analizado la PC de *Nuestro Castelar* y la computadora portátil de su joven director, lo cual arrojó una lapidaria conclusión: la casilla de *e-mail* *castelar@bahamas.bs* – utilizada por el supuesto Zodiac de Castelar– había sido gestionada desde la *notebook* de Gonzalo Gómez Rioja.

Ante la posibilidad de haber encontrado una evidencia que condujera al asesino serial de Castelar, la reacción policial y judicial fue inmediata y efectiva. Poco después, los patrulleros bonaerenses ingresaban al *country* Majestic y detenían al sospechoso.

Ya en la comisaría, Aberanda se apresuró a interrogar al detenido. La imagen del joven Gonzalo estaba en las antípodas de las de un asesino serial. Lucía como lo que era: un veinteañero de buena vida, bronceado, deportista, perteneciente a una familia adinerada. Tenía buenos modales, era respetuoso y respondía con una serenidad no exenta de firmeza.

Consciente de la responsabilidad que estaba asumiendo, la comisaria fue avanzando gradualmente en busca de información útil. Sus primeras preguntas fueron en tono cordial y se relacionaron con la familia, las amistades, los estudios y los *hobbies*. Tras elogiar su espíritu emprendedor, le preguntó qué lo había inducido a llevar adelante un proyecto de la magnitud de *Nuestro Castelar*.

–Quería generar mis propios ingresos creando una revista para los jóvenes de la zona.

–¿La revista da ganancias?

–No. Por eso, mi viejo quiere venderla –respondió con naturalidad.

–¿Las notas periodísticas las hacés vos?

–Sí.

–¿El dominio *castelar@bahamas.bs* es tuyo?

–No recuerdo –dudó el joven.

–Se gestionó desde tu *notebook* –afirmó la comisaria.

–¿Seguro? –preguntó Gonzalo con cara de sorpresa.

–Sí –ratificó ella, con firmeza.

–¿...? –El sospechoso se limitó a levantar las cejas y encogerse de hombros.

–¿Alguien más usa tu *notebook*? –insistió.

–No que yo sepa.

–¿Sí o no? –repreguntó con autoridad la comisaria.

–No sé. Tal vez mi hermano, o algún amigo o compañero de la facultad. Yo la llevo a todos lados. Hasta de vacaciones. Pudo haberla usado la mucama del hotel de Miami o un *hacker*.

–¿Un *hacker*? –dijo sorprendida Aberanda.

–Si *hackean* al FBI y a la Casa Blanca, ¿por qué no habrían de *hackearme* a mí? –argumentó el sospechoso.

El sonido del celular de la comisaria interrumpió el diálogo. Era el fiscal, quien le informaba que el padre de Gonzalo se había presentado con su letrado en el juzgado, invalidando cualquier interrogatorio que no fuera hecho en sede judicial y en presencia del fiscal y del abogado defensor.

Aberanda comprendió que había perdido esa batalla. No era la primera vez que el diablo metía la cola en este sistema judicial débil, propenso a los abusos y atropellos de los poderosos. Si no actuaba con cautela, también podía perder la guerra. Como su única arma era la investigación y la acumulación de pruebas, mientras el detenido era trasladado, ordenó que una patrulla volviera a la casa de los Gómez Rioja e incautara todo lo que encontrara de interés policial en la habitación de Gonzalo. No satisfecha, se comunicó con el oficial a cargo de la pesquisa en Morón:

–Le estoy mandando la foto del único detenido –dijo ella–. Quiero que revisen mil veces las imágenes de las cámaras del locutorio y del vecindario, hasta ubicar a este hijo... del poder.

«Si algo puede salir mal, saldrá mal» dice la ley de Murphy, y Aberanda podría adaptarla a: «Si un día comenzó mal, empeorará». Porque, en cuanto cortó la comunicación, Rossini ingresó a su oficina y, con el rostro demudado, dijo:

–¡Zodiac volvió a matar en Castelar! Esta vez, a un taxista.

–Maldición –exclamó la comisaria–. ¡No puedo creerlo! Otro asesinato justo cuando el principal sospechoso está detenido. ¡Nuestra pista se fue al carajo!

Para que no se dudara de su autoría, el asesino había dejado –junto a su nueva víctima– una nota firmada con el resumen de los crímenes cometidos:

$2 + 2 + 2 + 1 = 7$ Zodiac de Castelar

Al adoptar el nombre de Zodiac, confirmaba su rol de *copycat* del asesino de California, cuyos primeros siete crímenes habían tenido la misma secuencia.

Tal como había sostenido en su propia tesis, Aberanda estaba convencida de que la única pista útil para atrapar a un «asesino imitador» era seguir la historia del «héroe imitado».

Entonces, lejos de darse por vencida, buscó en la web el libro de Robert Graysmith, para releer los detalles del cuarto crimen que Zodiac había cometido en California. Se trataba del taxista Paul Lee Stine, de 29 años, asesinado de un tiro en la cabeza, dentro de su taxi, en 1969.

–Un taxista con un tiro en la cabeza –masculló Aberanda–. Igual que acá.

No había dudas: el imitador de Castelar seguía repitiendo casi exactamente los crímenes de Zodiac en California. Por lo tanto, la única forma de atraparlo era continuar el análisis de lo ocurrido en Estados Unidos y anticiparse a su próximo paso.

Según Robert Graysmith, el día siguiente al cuarto crimen, Zodiac envió al diario *San Francisco Chronicle* una carta que confirmaba su autoría: «*Soy Zodiac, el asesino del taxista en la esquina de Washington con Maple ayer por la noche. También maté a las otras seis personas*». Junto a la carta, había un trozo de tela

ensangrentada. Tras analizarlo, la Policía confirmó que la sangre correspondía realmente al taxista Paul Lee Stine.

Pero como el imitador local había reemplazado las cartas por *e-mails*, su próxima movida debería ser un correo electrónico, concluyó la comisaria.

Inmediatamente, convocó a su equipo y les pidió que monitorearan en tiempo real los correos electrónicos que ingresaban a los cinco medios de comunicación que habían recibido el anterior mensaje del asesino. El plan era localizar el lugar de emisión del *e-mail* y atrapar a Zodiac con las manos en la masa.

En ese momento, Anahí sintió hambre. No había tenido tiempo de comer nada. Ya estaba pensando en encargarse un sándwich, cuando la patrulla la llamó desde el *country*.

–Comisaria, creo que debería venir, porque acá hay una biblioteca atestada de discos, libros, revistas y papeles.

–No puedo moverme de mi oficina. Estamos haciendo un seguimiento en tiempo real –respondió ella y agregó–: Tendrán que revisar todo ese material. Busquen ordenadamente, estante por estante, especialmente hojas marcadas, resaltadas, subrayadas o con notas al margen, confisquen lo que sea de interés, clausuren la habitación con un precinto y tráiganmelo inmediatamente.

–Sí, señora.

Horas más tarde, los libros y papeles incautados ingresaban al despacho de Aberanda, quien decidió dejarse llevar por la intuición e inspeccionar primero los recortes periodísticos encontrados. Su sorpresa fue tremenda cuando descubrió un artículo que titulado «*The Zodiac Killer*», quien –según el autor de la nota– a los noventa y un años seguía vivo y residía en California.

–¡Bingo! –exclamó la comisaria y, en un instante, resumió mentalmente los elementos de prueba contra Gonzalo Gómez Rioja:

1. Su *notebook* se utilizó para contratar castelar@bahamas.bs.
2. Desde ese dominio, se envió el mensaje que el doble asesino de Castelar asumió como propio.

3. Ese mensaje repetía frases usadas por Zodiac de California.
4. En su biblioteca, Gonzalo tenía material sobre Zodiac y sus asesinatos seriales.

Si bien la frutilla del postre sería encontrar la imagen de Gonzalo en el locutorio de Morón, Aberanda ya tenía suficientes pruebas como para culparlo de ese delito. Sin embargo, aunque él reconociera haber enviado el *e-mail* en nombre del asesino, aún faltaba lo más difícil. Era necesario demostrar su presencia en la escena de los crímenes.

Otro elemento faltante era el móvil. ¿Sería posible que ese joven *playboy* se hubiera convertido en un asesino serial? ¿Acaso sería cierta la afirmación: «No existen asesinos, sino personas que cometen asesinatos»? Para responder estas preguntas, la comisaria necesitaba meterse en la cabeza de Gonzalo. Entonces, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, se sentó en la posición que le resultaba más cómoda –con los pies sobre el escritorio– y comenzó a revisar todo el material incautado en aquella enigmática biblioteca. Su instinto policíaco buscaba la punta del hilo para comenzar a tirar.

Primero, se concentró en *The Zodiac killer*, escrito por Lyndon E. Lafferty, donde se afirmaba que Arthur Leigh Allen –un viejo de 91 años, racista, antisemita, homofóbico y anticomunista– sería el tristemente célebre asesino del zodiaco. Pese a todos los esfuerzos realizados durante décadas por capturarlo, Zodiac seguiría impune gracias a la formidable protección que le brindaba el poderoso Ku Klux Klan. Al leer este párrafo, Aberanda no pudo dejar de sorprenderse. Nunca antes había tenido conocimiento de que Zodiac fuera racista.

Luego revisó el ejemplar del *best seller* de Robert Graysmith y descubrió muchas anotaciones y párrafos supuestamente resaltados por Gonzalo Gómez Rioja. En el primer doble asesinato de Zodiac de California, había anotado «negro»; en el segundo, estaba escrito «judío»; en el tercero, «converso» y en el cuarto, «gay».

Capítulo XXIV: Exorcistas carismáticos

Mientras los rayos del sol atravesaban la cortina del dormitorio, Domecq remoloneaba en la cama, evocando una y otra vez el maravilloso sueño en el que Leonor –como *lady* Godiva– cabalgaba hacia él, desnuda, sobre un caballo blanco. De pronto, una inoportuna llamada interrumpió el hechizo. Era Bustos, quien le anunciaba que le habían autorizado algunas salidas transitorias y le proponía encontrarse en Castelar.

Al mediodía, luego de esperar un buen rato en Tarzán, el histórico bodegón frente a la estación, Domecq vio llegar el tren procedente de Luján. Al rato, Bustos ingresó al local, saludó afectuosamente al dueño y se abrazó con el periodista. Mientras esperaban que les sirvieran el plato del día, Domecq comenzó a contar su experiencia en Kuk y los comentarios de Rulo sobre Marcelo y su preocupación por el contagio racista durante su trabajo como lavacopas en ese bar donde se homenajeaba al Ku Klux Klan. Cuando empezó a explayarse respecto a los resultados de su investigación sobre los exorcistas carismáticos, Bustos lo interrumpió para retomar el tema de las lecturas de su hijo.

Había terminado de leer minuciosamente los libros y revistas que pertenecieron a Marcelo y confesó la tardía satisfacción que le produjo descubrir la oculta religiosidad del joven, a quien él y su esposa habían liberado de la presión de optar por el catolicismo o el judaísmo. También se manifestó impactado por el libro *Rituales satánicos*, donde se narraba el asesinato ritual de un niño correntino por parte de una secta devota de San La Muerte. Con respecto a los carismáticos de Castelar, Bustos no tenía idea de los mencionados exorcismos, pero le comentó a su amigo que había mantenido una buena relación con el párroco, cuando –como policía en ejercicio– debió investigar una serie de ataques vandálicos contra la capilla. Entonces, Domecq propuso visitar al cura que, seguramente, podría aclararles el tema.

Después del almuerzo, cuando el dueño de Tarzán trajo los cafés, les pidió permiso para sentarse a su mesa.

–Como no está en los diarios –dijo el hombre–, no sé si se habrán enterado de que anoche mataron a un taxista.

–No –contestó Bustos. Domecq también negó moviendo la cabeza.

–Lo mataron dentro del taxi, de un tiro en la cabeza –agregó el dueño–. Sus compañeros están preocupados porque, en las últimas semanas, ya asaltaron a varios y la Policía no tiene pistas. Como precaución, hace unos días, decidieron tomar pasajeros exclusivamente en la parada frente a la estación y descartar los posibles clientes que les hicieran señas en la calle. Además, cuando van a buscar a un pasajero a domicilio, dejan asentado en un cuaderno todos los datos de la llamada. Pero, a pesar de esos recaudos, anoche mataron a uno de ellos. Los tacheros tienen miedo, pero necesitan seguir trabajando. Esta mañana me dijeron que quieren contratar a alguien que investigue y los proteja. Por eso, al verlo a usted, que fue policía y es un experimentado zorro viejo, pensé en proponérselo.

–Gracias, pero en este momento no puedo aceptar un trabajo de esa responsabilidad. Sin embargo, me gustaría dar una mano. Después voy a hablar con los taxistas para ver si puedo aportar algo.

–OK –dijo el dueño, tras lo cual se levantó y pidió permiso para retirarse. Domecq –que había encendido su *notebook*– exclamó:

–¡Mire, Bustos!, ¡fue Zodiac!

El periodista había ingresado a la web de *Crónica del Oeste*. El titular de primera plana informaba: «Asesinan a un taxista». Bustos acercó su silla para ver mejor, y ambos leyeron todo el artículo.

Anoche, en el interior de un taxi estacionado junto al cerco perimetral de la cancha de Los Matreros, fue hallado muerto –de un tiro en la cabeza– el conductor del vehículo. Pese al hermetismo policial, como primicia exclusiva, podemos afirmar que el asesino dejó el siguiente mensaje: $2 + 2 + 1 = 7$, Zodiac de Castelar.

–Creo que coincide con lo de California –comentó Bustos.

–Veamos –respondió Domecq buscando en su computadora portátil–. Con respecto al cuarto crimen de Zodiac, Robert Graysmith dice que se trataba de un taxista que fue asesinado de un tiro en la cabeza, dentro de su taxi.

–El asesino local volvió a copiar al de California –exclamó Bustos.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó Domecq.

–Vamos a hablar con los taxistas –propuso Bustos.

Acompañado por el dueño del bodegón, el expolicía conversó largamente con los choferes, a medida que estos iban llegando a la parada. Domecq escuchaba en silencio. Casi una hora después, Bustos consiguió el primer dato útil. La noche del crimen, habían visto a una pelirroja subir al taxi de la víctima. Pero solo la autopsia –con la hora de la muerte– podría confirmar si aquel fue su último y fatal viaje. Cuando ya se retiraban, a Domecq le llamó la atención un comentario:

–Un mariposón menos –dijo alguien.

Como Bustos no había escuchado, Domecq le dijo:

–Parece que el taxista asesinado era gay.

–¿Acaso alguna de las víctimas anteriores también era homosexual?

–No que yo sepa –reconoció el periodista.

–Entonces, no creo que sea un dato útil para la investigación –respondió Bustos, y agregó–: Mejor vayamos a visitar al cura carismático.

Sonriente, el padre Juano salió a recibirlos. Saludó afectuosamente a Bustos, quien, a su vez, le presentó a Domecq. El expolicía inició la conversación preguntando si se habían vuelto a repetir los ataques vandálicos contra la capilla, y el religioso reconoció que esa era la lamentable realidad. Luego, como quitándole dramatismo al tema, reconoció que la mayoría de las veces eran solo pintadas con aerosol. Pero luego agregó que, pocas semanas atrás, habían roto ventanales a pedradas. Consultado sobre si los agresores estaban identificados, el sacerdote respondió que había sospechosos, pero que las pruebas no eran suficientes como para inculparlos.

Entonces, Domecq aprovechó para intervenir y comentar que, como periodista, estaba interesado en documentar la violencia juvenil que asolaba Castelar. Y agregó que un muchacho la había relacionado con grupos sectarios que agredían a jóvenes creyentes del movimiento carismático.

Con la sutileza propia de su formación religiosa, el padre Juano dejó en claro que no le había gustado la alusión. Argumentó que la violencia juvenil en la

zona no era distinta a la del resto del Conurbano, donde ha penetrado la droga. Y agregó que los que se acercan a la Renovación Carismática podían ser víctimas de la inseguridad como cualquier otro hijo de vecino.

Temiendo que ese fuera el fin de la conversación, Bustos manifestó que siempre había escuchado comentarios elogiosos sobre el movimiento carismático, pero que nunca había tenido información de primera mano. Entonces, abusando de la amabilidad del sacerdote, le pidió que, por favor, lo desasnara.

Satisfecho por el cambio en la orientación de la charla, el religioso comenzó a explicar:

–Sin entrar en disquisiciones teológicas, podemos decir que la Renovación Carismática es la invocación al Espíritu Santo, por medio de la oración, para pedirle que actúe con sus dones extraordinarios.

–¿Dones extraordinarios? –preguntó Bustos.

–Sí. Los dones extraordinarios que puede conceder Dios son muchísimos y muy variados, pero yo me estoy refiriendo a los nueve carismas de los que habla San Pablo: sabiduría, ciencia, discernimiento de espíritus, milagros, don de sanación, fe, profecía, don de lenguas e interpretación de las lenguas.

–¿Y el exorcismo? –interrumpió Domecq.

–La primera facultad que Jesús confiere a los apóstoles es: «Expulsarán demonios en mi nombre...» (Mc. 16, 17) –comenzó el padre Juano, y continuó–: El ritual de exorcismos está regulado por el Código de Derecho Canónico y solo puede realizarlo un sacerdote con permiso expreso. Algunos de esos sacerdotes pertenecen a la Renovación Carismática.

La curiosidad periodística pudo más que la prudencia, y Domecq arriesgó otra consulta:

–¿Podría decirme si alguna de estas personas fue exorcizada? –preguntó mostrando una lista de víctimas de la violencia.

–Sí –respondió el sacerdote, señalando el nombre de Joaquín Olites.

Inmediatamente, el cura se paró y pidió disculpas por tener que dar por terminada la charla.

Ya en la calle, Bustos le preguntó a su amigo:

- ¿Ese Joaquín Olites es una de las víctimas de Zodiac?
- ¡Sí! –respondió Domecq–. ¡Por fin, las pistas comienzan a entrecruzarse!
- ¿Qué le parece si vamos a tomar algo a Kuk? –propuso el expolicía.
- Estaba por proponerle lo mismo.

A esa hora de la tarde, el bar estaba vacío, la clientela comenzaba a llegar para el *after office* y recién bien entrada la noche –en la previa de los boliches bailables– el bar se llenaba.

Rulo conocía de vista a Bustos y recordaba a Domecq. Con tiempo libre y sin testigos, la charla fue cordial y fluida. Rulo y Marcelo Bustos habían conformado una pareja de *paddle* y sus principales rivales habían sido el Vasco Olites y Pintita Gómez Rioja. Después de los partidos, las cervezas que regaban el tercer tiempo las pagaban los perdedores, pero siempre en Kuk, propiedad de la familia de Pintita, donde trababa el Vasco, al que se le sumó Marcelo y, finalmente, Rulo.

Los cuatro habían sido bastante unidos hasta que el Vasco Olites comenzó a salir con la Bruja, una pelirroja rara que le lavó el cerebro y lo manipulaba a su gusto. El Vasco comenzó a tener alucinaciones y comportamientos extraños. Sentía angustia, ahogos, dolor, un fuego que le quemaba por dentro. Tenía visiones de entes, personas o espíritus misteriosos que solo él veía. Escuchaba voces, casi siempre en idiomas extraños. Se transformó en racista y comenzó a odiar a los negros, los judíos y los extranjeros. Finalmente, según había confesado a sus amigos, había participado en rituales con sacrificios, de aves primero y de animales después. La etapa siguiente era el sacrificio de escorias humanas.

Fue entonces cuando Marcelo pensó que podía estar poseído por el demonio y consultó con un cura carismático. No fue fácil convencerlo, pero el Vasco se sometió al exorcismo. Cuando ya había comenzado a mostrar mejoría, murió. Fue acuchillado junto a una amiga, cuando estaban conversando en el auto de ella.

El ingreso de clientes interrumpió la charla. Rulo se dedicó a atender a los recién llegados, Bustos y Domecq continuaron conversando. De pronto, como si le hubiera caído una ficha, Bustos exclamó:

–Los vínculos entre los crímenes de Zodiac son el racismo, el antisemitismo y la homofobia.

–Es cierto en las primeras víctimas (negros, judíos y un gay), pero el caso del Vasco Joaquín Olites no encuadra en ese perfil –argumentó Domecq.

–¿Por qué no? –reaccionó el expolicía–. Joaquín Olites recurrió al exorcismo para escapar de un ambiente con tufillo a secta satánica. Era una oveja negra y el asesino de Castelar, como el de California, mata a los diferentes.

Capítulo XXV: La pelirroja

El sonido de su celular interrumpió las elucubraciones de la comisaria. Era uno de los técnicos que monitoreaban en tiempo real los correos electrónicos que ingresaban a los cinco medios de comunicación que habían recibido el anterior mensaje del asesino serial.

–¡Lo encontramos! –dijo el agente–. Zodiac acaba de enviar un *e-mail* desde el mismo locutorio de Morón.

Con la mayor rapidez posible, acompañada por su asistente y otro policía que conducía el patrullero, Aberanda recorrió la decena de cuadras que la separaban del locutorio. Mientras ella ingresaba acompañada por Rossini, el otro agente quedó en la puerta bloqueando la salida. En ese momento, unos pocos clientes estaban utilizando las cabinas telefónicas y cinco jóvenes –dos de ellos con capucha– usaban las computadoras. Los policías dieron la orden de que nadie se moviera y revisaron las pantallas de las PC. Los cinco usuarios habían estado jugando en red, pero uno de los encapuchados intentaba cubrir con su borceguí un papel que estaba en el suelo. Aberanda se agachó y lo recogió. Era el borrador del *e-mail* que acababa de ser enviado. Apenas vislumbró el contenido, le hizo un gesto a su asistente y este esposó al joven.

La comisaria aprovechó para leer el texto completo:

**Soy Zodiac de Castelar y ayer asesiné a un
taxista frente a la cancha de Mataderos.
Ya maté a siete personas. 2 +2 +2 +1 = 7**

Al terminar de leer, le sacó la capucha al detenido y descubrió que no se trataba de un muchacho, sino de una chica. Una pelirroja con un doble *piercing* en los labios y tatuajes hasta el cuello.

–¿Qué significa este *e-mail*? –preguntó con severidad.

–No sé. Un tipo me pagó para que lo mandara –respondió la joven.

–¿Lo conocías?

–No.

–¿No te sorprendió que el texto mencionara asesinatos?

–Pensé que era una joda.

–¡No es una joda! ¿Tenés documentos?

–En el *jean*.

Aberanda buscó en el bolsillo trasero de la chica y encontró un DNI con el nombre de Ema Sanger.

–¡Vamos a la comisaría! –ordenó.

–¿Me va a llevar en cana?

–Por supuesto.

–¡Pero...! –comenzó la muchacha.

–¡Vamos! –la interrumpió secamente la comisaria.

Ya en su despacho, intentó asociar el llamativo color del pelo de la chica con alguna imagen reciente. Entonces, le preguntó a su asistente si recordaba haber visto antes a la pelirroja.

–En la habitación de Gonzalo Gómez Rioja, había una foto de egresados y, entre las chicas, había una de pelo colorado –contestó Rossini.

–¡Sí! –exclamó Aberanda–. Por eso me resultaba familiar.

Acto seguido, les ordenó a dos agentes que fueran al *country* Majestic, trajeran ese cuadro y buscaran otras fotos en las que Gonzalo apareciera acompañado. Ahora parecía importante conocer al grupo de amistades del principal sospechoso.

En cuanto los agentes salieron, ella retomó la revisión de los libros incautados. Otro texto con anotaciones y subrayado era *Psicópatas famosos*, allí se narraban las crueles historias de Nerón, Atila, Iván el Terrible, Jack el Destripador, Stalin, Hitler, Charles Manson y muchos otros. Las siguientes frases no solo estaban subrayadas, sino que, además, estaban resaltadas en amarillo flúor: «Los psicópatas no sienten empatía por el prójimo ni remordimiento por sus actos. Para ellos las personas son cosas, objetos que sirven para satisfacer sus propios intereses. Lo terrible sucede porque no pueden evitar hacer daño. Pero no todos los asesinos son psicópatas ni todos los psicópatas son asesinos».

Al regresar del *country*, los agentes interrumpieron la lectura de la comisaria. Sobre su escritorio dejaron el cuadro que ella les había solicitado y un álbum de fotos. Primero, ella se interesó por la foto enmarcada que correspondía a la promoción 2010 del Colegio Alberdi, de Castelar. La imagen ampliada permitía identificar claramente a Gonzalo Gómez Rioja y a la pelirroja, Ema Sanger. Ya no cabían dudas: Ema y Gonzalo se conocían y estaban involucrados en el caso Zodiac. En el álbum aparecieron más fotos de ellos dos, como si fueran pareja.

Pero esa no sería la única buena noticia. El policía que estaba revisando los videos grabados por las cámaras del locutorio descubrió que las imágenes – correspondientes al día y la hora en que Zodiac había enviado su primer mensaje– mostraban a Gonzalo y Ema ingresando al local.

–¡Los tenemos! –exclamó Aberanda.

Inmediatamente, decidió interrogar a la pelirroja para presionarla hasta que confesara. Lo hizo en su despacho, acompañada por una policía femenina, encargada de grabar la conversación. Luego de las cuestiones formales, le dijo:

–¡Se te acusa de asesinato!

–¿Qué?! –exclamó la chica.

–Además de las pruebas que te incriminaron hoy, tenemos la grabación de cuando Gonzalo y vos enviaron el primer mensaje en el cual se atribuían los crímenes seriales ocurridos en Castelar.

–¡Nooooo! –gritó furiosa. Pero luego de un breve ataque de ira, la pelirroja exigió–: ¡Llamen al abogado de Gonzalo!

–Primero tenés que contestar mis preguntas.

–¡No voy a hablar! –replicó desafiante.

Mientras la mujer policía acompañaba a Ema hasta su celda, Rossini ingresó al despacho de Aberanda.

–Al taxista no lo pudo haber matado Gonzalo –dijo–, porque estaba detenido. ¿Usted piensa que pudo ser la pelirroja?

–Es la principal sospechosa –respondió ella.

–¿Será la novia de Gonzalo? ¿Habría matado al taxista para desviar las pistas que conducen a él? –arriesgó Rossini.

–Suenan novelesco, pero toda esta historia parece ficción –reconoció ella–. Por eso, nuestros siguientes pasos serán: por un lado, allanar la casa de Ema. Por el otro, buscar el ADN de Gonzalo y la pelirroja en cada escena de crimen.

Aberanda, Rossini y dos oficiales de la Policía Científica llegaron hasta Merlo y Ventura Bustos e ingresaron al viejo edificio reciclado donde vivía Ema Sanger. Una vez abierta la rústica puerta de hierro, se encontraron con un largo y tétrico *loft*, con techos altos, paredes descascaradas y viejas cañerías a la vista, vidrios pintados de negro, colchones en el suelo, botellas desparramadas y sillas de distintas formas, tamaños y colores.

Cerca de la entrada, había un ambiente delimitado por un panel con pósteres de la banda de rock Kiss y otras imágenes similares. Bajo una potente lámpara, una máquina profesional de tatuajes, una autoclave esterilizadora, gran variedad de agujas, tintas y numerosos álbumes con diseños y tipografía. Todo hacía pensar en un taller de *tattoo*. En la galería de fotos con los trabajos terminados, predominaban los símbolos de magia, el ocultismo y el mundo espiritual demoníaco.

En un rincón, separado por una mampara totalmente negra, Aberanda descubrió algo parecido a un altar. Bajo una imagen de la Cabra de Méndez, una tabla mostraba la enigmática inscripción: «IN NOMINE DEI NOSTRI SATANAS LUCIFERI EXCELSI». Un poco más abajo, sobre una mesa con un mantel oscuro, había una vela negra, una campana, una calavera y una daga ceremonial. Más que el hogar de una chica punk, el lugar parecía el templo de una sacerdotisa satánica.

Una gran cantidad de CD de *black metal* evidenciaban que Ema compartía con Gonzalo su gusto por la música de The Rolling Stones, Iron Maiden, Black Sabbath y otros por el estilo. Pero, a diferencia de la habitación de Gonzalo, en este *loft* no había libros, solo revistas para amenizar la espera de sus clientes.

Todo indicaba que la pelirroja era un personaje extraño, pero ninguno de los elementos encontrados permitía relacionarla con los asesinatos de Castelar.

Gualterio Curinao estaba en una situación incómoda. Como fiscal de instrucción en el caso de los múltiples crímenes acaecidos en Castelar, no solo debía soportar la inevitable exposición mediática, sino también la presión de la influyente familia Gómez Rioja y su implacable ejército de abogados. Para colmo, la comisaria Aberanda había desperdiciado el tiempo de la investigación en elucubraciones sobre los móviles del asesino, pero no había encontrado ninguna prueba concreta contra los sospechosos.

Gonzalo y Ema habían reconocido su responsabilidad en el envío de los mensajes atribuidos al asesino serial, pero –en su declaración judicial– habían argumentado que el envío de esos mensajes fue debido a razones publicitarias. Existía una dura competencia comercial entre la revista *Nuestro Castelar* y la web *Castelar Digital*. Esta última se había beneficiado con la explosión sensacionalista que representaba el hecho de haber recibido el primer mensaje del asesino. Por eso, Gonzalo habría inventado los siguientes mensajes, con copia a su propia revista, para contrarrestar la popularidad lograda por su rival.

La argumentación de la defensa era endeble, pero –ante la falta de otras pruebas– el fiscal decidió liberar a Gonzalo y Ema. En la soledad de su oficina, Aberanda no podía contener su rabia hacia Curinao, quien –además de poner en duda su capacidad profesional– había liberado a los sospechosos identificados y apresados por ella. En eso estaba, cuando Rossini, exultante, entró y exclamó:

–Una de cal y una de arena. Su presión dio resultado y el laboratorio forense acaba de mandarle este informe urgente.

Impaciente, la comisaria comenzó a leer las conclusiones, en voz alta:

–En las escenas de los dos primeros dobles crímenes de Castelar, se encontró un mismo ADN, que no correspondía a ninguna de las víctimas ni a alguien registrado en nuestra base de datos. –Hizo una pausa y le dijo a su asistente–: Se confirma que un mismo asesino ejecutó los dos crímenes, pero no fueron ni Gonzalo ni Ema.

–Quizás esta parejita tenga razón y solo sean culpables de haber jugado a ser Zodiac enviando esos mensajes –opinó Rossini.

–Pero este misterioso ADN es nuestra pista más importante y debemos investigarla –insistió Aberanda y agregó–: Por favor, cite a todo mi equipo para una reunión urgente. Además, pida que nos traigan sándwiches, porque tenemos una larga noche por delante.

Una vez que sus colaboradores se hicieron presentes, la comisaria les informó el importante hallazgo realizado por los forenses.

–Ahora, nosotros tenemos que identificar a quién pertenece ese misterioso ADN. Nos vamos a dividir en cuatro equipos, cada uno de los cuales se focalizará en uno de los crímenes de Castelar. Revisaremos de punta a punta la investigación y las imágenes de las cámaras. Vamos a preparar una lista con los testigos y demás personas que hayamos podido identificar en las escenas de los crímenes. Todos ellos van a ser citados para que el laboratorio determine su ADN. Estoy segura de que vamos a encontrar a Zodiac de Castelar –los alentó.

Capítulo XXVI: El Vasco

En ese momento, Domecq envidió a sus gatos. Los tres devoraban con similar fruición la comida que acababa de servirles. En cambio, su propia cena sería apenas un té con rodajas de pan viejo tostado, untadas con miel. En su heladera ya no había leche, ni manteca, ni mermelada, ni fiambres, ni queso, ni nada mejor que pan con miel. Muchas veces había pensado en las ventajas de tener un *freezer* y un microondas, pero la decisión de comprarlos siempre sucumbía frente a la opción de seguir ahorrando para concretar un nuevo viaje a su España natal.

Ya se había comunicado con Gabriel, de *Castelar Digital*, y había logrado convencerlo de incorporar en su *newsletter* un artículo de periodismo de investigación sobre los crímenes de Castelar. La gran cantidad de visitas que recibía esa web aseguraba una masiva difusión del artículo que estaba por redactar.

Cuando las cinco campanadas de una iglesia lejana anunciaron el amanecer, Domecq despachó aquel *e-mail* de impredecibles consecuencias. Pese a su vasta experiencia, la redacción de aquella nota –clara y concisa– no le había resultado sencilla. Como todo periodista que se precie de tal, Domecq buscaba la credibilidad y la confianza de los lectores, pero su verdadero y secreto objetivo era llamar la atención de las autoridades. Había reunido suficiente información como para afirmar que este asesino serial imitaba al Zodiaco de California y compartía su móvil: satanismo racista. Pero no podía decirlo explícitamente. No tenía pruebas judicialmente válidas. De haberlas tenido, debería haberse presentado ante la Justicia.

Por eso, debía guiar gradualmente al lector, llevarlo de la mano, paso a paso, en forma lenta pero firme, hasta que su propio razonamiento le permitiera llegar a su misma conclusión. Esa primera incursión de Domecq en el ciberperiodismo, utilizando Internet para difundir su trabajo entre la inmensa audiencia digital, tuvo resultados sorprendentes. El portal virtual de Gabriel, con su masividad e inmediatez, transformó el artículo «Los crímenes de Castelar» en una

noticia replicada en los más variados medios de comunicación. Los teléfonos de *Castelar Digital* y del propio Domecq comenzaron a sonar incansablemente. La mayoría buscaba ampliar la información, muchos querían entrevistar al periodista, y no faltaron quienes intentaban negociar la exclusividad de las futuras notas.

Más temprano que tarde, la noticia llegó a oídos de la comisaria Aberanda, quien, de inmediato, convocó al veterano periodista. Al ingresar al mismo edificio policial donde había estado detenido, Domecq saboreó el placer de la revancha. Ya no llegaba como sospechoso, sino como colaborador de la Justicia.

–Necesito que me amplíe lo que publicó en la web –dijo ella mientras le estrechaba la mano y le indicaba un asiento.

–No puedo revelar mis fuentes –respondió él, mientras limpiaba sus gruesos anteojos.

–Tampoco puede ocultar pruebas –retrucó Aberanda.

–No es mi intención encubrir a nadie –aseguró el periodista, con tono sereno.

–Entonces, sin revelar sus fuentes, cuénteme toda su investigación, comenzando con el supuesto satanismo racista –insistió ella.

Durante un par de horas, con preguntas y repreguntas, la comisaria exprimió a su interlocutor, hasta obtener un dato clave: Joaquín Olites, víctima del tercer crimen, había sido exorcizado poco antes de su muerte.

Para Aberanda no resultaba fácil reconocer que aquel jubilado miope y de hablar cansino, careciendo de la tecnología a disposición de la Policía Científica, hubiese logrado avanzar más que ella. En un raptó de humildad, preguntó:

–¿Cómo descubrió todo esto?

–Para la gente de mi edad, no hay nada nuevo bajo el sol –comenzó–. Y en mi larga experiencia periodística, desarrollé un método de trabajo que mezcla observación, inferencia y deducción. Mi primer y elemental paso fue buscar hechos similares ocurridos en el pasado. Así, logré relacionar los asesinatos de Castelar con los de California. Después, mientras usted buscaba un criminal, yo busqué una historia y encontré racismo, satanismo y exorcismo.

–Pero... ¿tiene idea de quién puede ser el asesino? –preguntó la comisaria con un tono más severo.

–No, pero ahora la búsqueda está acotada. Ya no busca a cualquier criminal, sino a uno que mata negros, judíos, conversos y gays –respondió Domecq.

Inmediatamente, la comisaria recordó el libro en el que Gonzalo Gómez Rioja había anotado esas mismas palabras. En cuanto terminó la reunión con el periodista, ella llamó a su asistente:

–Tráigame el libro *Zodiac* que incautamos en el *country* Majestic –ordenó.

Cuando el joven ingresó con el ejemplar pedido, la jefa lo hojeó y luego dijo:

–Rossini, imagínese que usted es el fiscal y yo le muestro este libro en el que Gonzalo anotó: «negro, judío, converso y gay», al lado de cada uno de los cuatro crímenes de California. Y luego le digo que entre las víctimas de Castelar también había un negro, un judío, un converso y un gay. ¿Usted me autorizaría a detener e interrogar nuevamente a Gonzalo?

–No.

–¿Por qué? –insistió ella.

–Porque no es prueba suficiente. Y menos contra un Gómez Rioja. Las anotaciones confirman que el muchacho conoce bien la historia del Zodiac, pero nada lo vincula con los crímenes de Castelar.

–Lamentablemente, tiene razón. Y lo mismo pasa con la pelirroja. Ya detuvimos y allanamos las casas de los dos sospechosos...

–Pero no pudimos interrogarlos a fondo –interrumpió Rossini.

A la mañana siguiente, al llegar a su oficina, la comisaria encontró un sobre sobre su escritorio. Tenía el rótulo URGENTE y había sido enviado por el laboratorio. Lo abrió y se topó con la excelente noticia de que los forenses habían identificado el ADN encontrado en los dos primeros crímenes. Lo extraño era que pertenecían a un muerto: Joaquín Olites, víctima del tercer doble crimen de Castelar.

De inmediato, se comunicó con el fiscal Curinao y obtuvo una orden de

allanamiento. Para su sorpresa, el último domicilio registrado por Olites estaba en Fuerte Apache y era el mismo que ya habían allanado tiempo atrás, buscando al cómplice de Axel Sosa, el secuestrador del pequeño Javi Ayerza Unzué y asesino de un policía. Recién entonces comprendió que Joaquín Olites era el mismísimo Vasco, compinche de Axel.

Casi en forma inevitable, Aberanda asoció los apellidos Olites y Bustos. El sargento Bustos había matado a Axel Sosa, el mejor amigo del Vasco Joaquín Olites. Pero este, a su vez, había asesinado a Marcelo Bustos, hijo del expolicía. Como Marcelo, hijo de madre judía, estaba con una chica de esa misma religión, se pensó en un móvil antisemita. Pero al poner sobre la mesa el caso de Axel Sosa, Aberanda se preguntó si no estaría frente una múltiple venganza: el sargento Bustos mata a Sosa; en represalia, Olites asesina a Marcelo Bustos y, como venganza, su padre mata a Olites. Para poder sacarse esa idea de la cabeza, la comisaria le pide a su asistente que averigüe si, al momento de la muerte de Olites, el exsargento Bustos estaba en libertad.

En cuanto al allanamiento en Fuerte Apache, para no repetir la escena que terminó en una pueblada con pedrazos contra los patrulleros, Aberanda decidió postergarlo y buscar otro lugar donde Joaquín *el Vasco* Olites hubiera podido refugiarse, antes de ser asesinado.

Ya casi caía la tarde cuando llegó Rossini con el dato buscado. El Vasco Olites había estado trabajando de sereno en Kuk y dormía en una prefabricada construida en la terraza de ese local. Acompañada por su asistente y otra agente de su equipo, Aberanda llegó al bar de la calle santa Rosa, se presentó y, para su sorpresa, un empleado le informó que el local era propiedad de la familia Gómez Rioja.

«Son demasiadas coincidencias», pensó la comisaria y le preguntó si, además del vínculo laboral, había alguna otra relación entre Gonzalo Gómez Rioja y Joaquín Olites. Con naturalidad, el empleado –Rulo– informó que aquellos dos muchachos eran compañeros de *paddle*. Mientras intentaba sopesar las implicancias de ese inesperado descubrimiento, exigió que la llevaran hasta la habitación de Olites, en la terraza. Allí todo estaba en perfecto orden, como

esperando el imposible regreso del joven. Al inspeccionar los libros y revistas, descubrieron varios relacionados con los exorcismos, pero ninguno vinculado con las sectas, que tanto atraían a Gonzalo. Más interesante resultó la gran cantidad de fotografías guardadas en su celular. Tras requisar todo ese material, precintaron la habitación y se retiraron.

Durante el regreso a la comisaría, Aberanda le ordenó a Rossini que hiciera un *back up* de todas las fotografías encontradas en el celular y le pasara una copia a ella y otra a la Policía Científica.

Mientras esperaba, Anahí se sirvió un tazón de café amargo y buscó alguna galletita en los cajones de su escritorio. Al repasar los recientes descubrimientos, se sintió como un perro que se muerde la cola: Sosa, Olites y el sargento Bustos y su hijo Marcelo conformaban un siniestro círculo de víctimas y victimarios.

En cuanto las imágenes captadas por el Vasco Olites llegaron a su computadora, la comisaria comenzó a revisarlas detenidamente. El presunto asesino había sido un talentoso fotógrafo, interesado en captar un mundo extraño al que plasmó en estremecedoras imágenes góticas. Entre tantas fotos, había un autorretrato en el que el Vasco simulaba suicidarse introduciendo el caño de un revólver en su boca. El ojo entrenado de la comisaria detectó que el arma era calibre 22 y coincidía con la utilizada en los crímenes atribuidos a Olites. Como el arma homicida aún no había aparecido, Aberanda ordenó que varios integrantes del equipo forense la acompañaran de nuevo hasta la vivienda de Joaquín Olites para volver a revisarla exhaustivamente. Casi una hora después, la búsqueda dio resultado: un revolver calibre 22 estaba escondido en un angosto hueco existente en el piso y tapado por una mesa de luz.

La comisaria, personalmente, llevó el arma al laboratorio y permaneció allí esperando las conclusiones de los peritos en balística. Finalmente, le confirmaron lo que ella quería escuchar. Con ese revólver se habían cometido los dos primeros dobles crímenes de Castelar. Además, las huellas digitales correspondían a Joaquín Olites.

Capítulo XXVII: ¿Quién mató a Olites?

La repercusión periodística de la noticia transformó a Aberanda en la mujer del día. No solo había identificado al asesino serial, sino que, además, había confirmado su muerte. Se trataba de un gran éxito, pero parcial. Zodiac de Castelar se había atribuido la autoría de siete crímenes, de los cuales solo cuatro habían sido cometidos por Joaquín Olites. En consecuencia, aún estaba libre el asesino de las restantes tres víctimas. Si Olites era el Zodiac 1, ¿quién demonios sería Zodiac 2?

Las sospechas de la comisaria respecto a que el exsargento Bustos podría haber intentado vengar a su hijo matando a Olites quedaron descartadas cuando el hospital psiquiátrico confirmó que, la noche del crimen, Bustos había estado encerrado en esa institución.

Mientras su jefa se paseaba por los canales de televisión saboreando las mieles del éxito, Rossini retomó la revisión de las fotos almacenadas en el celular de Olites. Lamentablemente, pasadas las primeras horas, aún no había encontrado nada relevante. Cuando ya pensaba en darse por vencido, comprendió que su perseverancia había valido la pena. Un autorretrato de Joaquín Olites lo mostraba frente a un altar con la inscripción «IN NOMINE DEI NOSTRI SATANAS LUCIFERI EXCELSI». En otra *selfie* –posiblemente sacada en Kuk– tenía como fondo las capuchas del Ku Klux Klan. Otra gran cantidad de fotos mostraban cuerpos tatuados con símbolos diabólicos, como la cruz invertida, el 666 y la cabeza de cabra, entre otros. Sin lugar a duda, las imágenes más crueles correspondían a sacrificios rituales de animales.

Finalmente, en una gran cantidad de fotos aparecía Ema Sanger. Y las más reveladoras mostraban a la pelirroja en la escena de los crímenes cometidos por Joaquín Olites.

Sin poder dominar su ansiedad, Rossini se comunicó con su jefa, quien, ante las evidencias encontradas por su asistente, abandonó un reportaje y regresó a su oficina.

Como su equipo ya estaba esperándola, en cuanto llegó, Aberanda subió al patrullero y partieron todos hacia el domicilio de Ema. Al llegar al *loft*, detuvieron a la pelirroja y la llevaron a la sede policial.

Ema exteriorizó su rebeldía insultando y pidiendo a los gritos que llamaran a su abogado. Pero, en cuanto la metieron en una celda, sin testigos, la comisaria la agarró de los pelos y juró arrancarle una confesión a la fuerza. Como no había notificado su detención, podía mantenerla encerrada hasta que se muriera de hambre. Cuarenta y ocho horas después, aterrorizada, la joven se quebró y aceptó hablar.

Ya en su oficina, con la presencia de otra policía femenina que grababa el interrogatorio, la comisaria hizo todas las preguntas que creyó necesarias y las reiteró hasta obtener una confesión completa.

Ema reconoció haber sido pareja de Olites, con quien compartía sus ideas religiosas. Ambos adoraban a Satán. Eran miembros de una secta tan secreta que nunca llegaron a conocer a los otros integrantes, ya que solo se comunicaban mediante SMS o Skype. Primero les habían ordenado construir un altar y lo habían hecho en su *loft*. Luego, tuvieron que efectuar sacrificios rituales de animales. Finalmente, Olites había recibido órdenes de matar a una pareja de negros y otra de judíos. En ambos casos, firmó sus crímenes dejando adornos satánicos.

Pero, luego de esos asesinatos, el Vasco se había arrepentido y se sometió a un exorcismo para liberarse del demonio. Entonces, Satán le ordenó a ella que matara a Joaquín Olites y a su amiga carismática, que lo había hecho renegar de la fe demoníaca. Incapaz de rebelarse, Ema había acatado la orden y los había apuñalado con su daga ceremonial, en el parque Gorki Grana.

Finalmente, Satán le ordenó matar al taxista gay y Ema lo llevó a cabo junto a la cancha de Los Matreros.

–¿Entonces Olites mató a cuatro personas y vos a otras tres? –preguntó Aberanda.

–Sí –respondió la pelirroja.

–¿Y por qué imitaban al Zodiac de California?

–No sé. Así eran las órdenes de Satán.

–¿Gonzalo Gómez Rioja es miembro de la secta? –preguntó Aberanda con gran expectativa.

–No. –Fue la lacónica respuesta.

–¿Y por qué te ayudó a enviar los mensajes atribuidos a Zodiac? –continuó presionando la comisaria.

–Porque le simpatizo y me acompaña a todos lados.

–¿Gonzalo estaba al tanto de los asesinatos tuyos y de Joaquín Olites?

–No –respondió con aparente seguridad.

–¿Nunca le comentaste nada al respecto? –insistió la comisaria.

–No. Nunca. Era un secreto entre Joaquín y yo.

En cuanto Ema Sanger reiteró su confesión en sede judicial, la Policía cerró el caso. A diferencia de sus colegas californianos, la Bonaerense había logrado capturar al asesino serial. Con esta exitosa investigación, Aberanda resultó catapultada del anonimato al estrellato mediático. Por su parte, su asistente Rossini –contento como perro con dos colas– mojó el sello en la tinta de la almohadilla y, con un golpe seco, lo estampó en la última foja: CASO CERRADO.

Aquella noche, luego del llamado de la comisaria Aberanda, en el cual se le informaba el cierre del caso y se le daba las gracias por su colaboración, Domecq tuvo una larga charla con Leonor.

–Te felicito, mi amor –comenzó ella.

–¿Por haber ordenado mi casa y pasado la aspiradora? –respondió él, con ironía.

–Eso es algo tan rutinario que no merece ser destacado –dijo ella y agregó–: Te felicito por el éxito de tu trabajo con Aberanda y Bustos.

–Gracias, pero eso me produce un sabor agridulce.

–¿Por qué?

–Porque no estoy de acuerdo con la comisaria. Ella cree que Ema fue la responsable de todo y que el enigmático Satán, que la adoctrinaba y le ordenaba matar, no existe, sino que lo inventó la pelirroja para diluir su responsabilidad. Pero yo no le veo uñas para guitarrera y pienso que, por encima de ella, debió

haber un autor intelectual. Mientras no se lo descubra y atrape, el caso no estará terminado.

–Creo que es una conclusión apresurada –opinó Leonor, con su mejor tono–. Los únicos que tuvieron contacto con Satán fueron Olites, que está muerto, y Ema, que no pudo aportar ninguna evidencia. Por lo tanto, no es posible probar la existencia de ese supuesto Satán. Aunque, tal vez, se podría interrogar más exhaustivamente a Ema.

–Eso no va a suceder, porque ya cerraron el caso –respondió Domecq.

–Es otra buena razón para que escribas el libro sobre estos crímenes y te explayas sobre tu teoría. Quizás logres que alguien investigue más a fondo –dijo Leonor y su voz desapareció tan misteriosamente como había llegado.

Lejos de la vejez intelectual, Domecq estaba dispuesto a encarar el desafío literario sugerido por Leonor, pero, mientras tanto, disfrutaba su recuperado romance con el periodismo, mediante las notas publicadas en *Castelar Digital* y que eran seguidas por miles de lectores. Ya había redactado varios artículos sobre los crímenes cometidos por Joaquín Olites y Ema Sanger, pero el más polémico había sido el último. Allí, tras criticar la decisión policial de cerrar el caso, se atrevió a sostener que existía un autor intelectual de esos asesinatos, quien continuaba en libertad y se escondía tras el apodo de Satán. No conforme con esta afirmación, Domecq insinuó que el siniestro personaje difundía sus panegíricos sobre las sectas en la revista *Nuestro Castelar*.

Una calurosa tarde de noviembre, poco después de las 17 horas, Domecq llegó a la casa de la familia Bustos. Débora salió a recibirlo y el periodista le entregó una caja de bombones. Mientras agradecía, ella lo hizo pasar al comedor, donde lo esperaba su esposo, ya liberado de su reclusión en el manicomio. Haciendo honor a la repostería judía, la dueña de casa había preparado una exquisita tarta de manzanas, para acompañar el té.

Débora quería festejar la libertad de su esposo y también agasajar a Domecq, quien no solo había defendido las alocadas teorías del exsargento, sino

que había colaborado con la Policía hasta lograr identificar al asesino de su hijo Marcelo.

Durante la reunión, Bustos y su esposa le comentaron que se mudarían a una chacra, para reactivar un fallido emprendimiento familiar que había iniciado su hijo Marcelo. Tantos acontecimientos positivos bien merecían aquel festejo, que se prolongó hasta entrada la noche. Pendiente de la alimentación de sus gatos, Domecq estaba por retirarse cuando sonó su teléfono celular. Atendió, y fue entonces cuando escuchó una voz metálica y distorsionada que le decía:

–Soy Satán y voy por ustedes.

Capítulo XXVIII: Lavado de cerebro

Portador de un influyente apellido tradicional, descendiente de padre exitoso y madre esotérica, siempre se sintió distinto a los demás. Convencido de su impunidad, excedió la natural rebeldía adolescente para convertirse en un trasgresor empedernido...

Así comenzaba el relato novelado de los crímenes de Castelar, donde el periodista Jorge Osvaldo Domecq describía al personaje principal: Gonzalo Gómez Rioja. Estas pocas palabras eran la síntesis de una larga investigación en la que había contado con la inestimable colaboración de Rulo Tello.

En plena edad del pavo, sus padres se separaron y su paso por la escuela secundaria estuvo marcado por la indisciplina y las malas calificaciones. La relación con su madre, radicada en Estados Unidos y devenida suma sacerdotisa de la Iglesia de Satán, se fue transformando en un adoctrinamiento a distancia. Por su parte, el padre –quizás para compensar la falta de comunicación con su hijo– accedió a comprarle un costoso equipo electrónico para disc jockeys, similar a los de los profesionales. Este regalo incentivó la habilidad de Gonzalo para manipular las consolas tocadiscos, originando nuevos sonidos a partir de la distorsión del audio al mover el acetato a distintas velocidades. Entonces, con más tecnología que conocimiento, intentó convertirse en un renombrado DJ. Primero, recurrió a los contactos familiares, que siempre le abrían puertas. Luego, incursionó en temerarias formas de llamar la atención, como difundir música rock con mensajes satánicos subliminales, que se detectaban cuando las canciones eran reproducidas de atrás para adelante. Luego, agregó explícitos mensajes demoníacos como los de Iron Maiden (666, The number of the beast), Black Sabbath (Heaven and hell), Venon (In league with Satan), y muchos otros más.

Buscando una estética acorde con esa música, el joven DJ decidió estampar sus remeras con símbolos del ocultismo y la demonología. Para ello recurrió a varios libros escritos por su abuelo, Anton Szandor LaVey, especialmente la Biblia Satánica, cuya lectura terminó de perturbar su personalidad. A pesar de su título, este texto –distribuido por la Iglesia de Satán–

no era ni una revelación ni una Escritura sagrada, sino solo un compendio de principios que no resistían el menor análisis histórico. Sin embargo, Gonzalo, influenciado por su madre, quiso creer que Satanás era el más poderoso de los arcángeles y que el satanismo era un código de vida liberal, donde la complacencia y la gratificación física, mental y emocional reemplazaban las privaciones y sacrificios exigidos por otros credos.

Cuando la madre de Gonzalo falleció en California, el joven transgresor vislumbró la oportunidad de seguir sus pasos y liberarse de los dogmas inculcados por su familia paterna. Sin pensarlo dos veces, se rebeló contra el catolicismo. Pero, para que la liberación fuera completa, debía dejar de ser una simple oveja perdida en un inmenso rebaño. Entonces, emulando a su madre y a su abuelo, se autoproclamó sacerdote de Satán. Eso sí, como no hay liderazgo sin seguidores, todavía tenía por delante la compleja tarea de captar adeptos.

Con tiempo y recursos a su disposición, Gonzalo avanzó con su fantochada mística. Primero, convenció a su padre de comprar la editora de Nuestro Castelar, una revista de alcance zonal, con la secreta idea de transformarla en un medio de divulgación de textos vinculados con los nuevos movimientos religiosos. Luego, en la web de esa misma revista, abrió un anexo: «Religiones y sectas», al que saturó con información de la Iglesia de Satán. De esta forma, intentaba detectar y contactar posibles adherentes. Asimismo, para cubrirse de posibles represalias, Gonzalo radicó los dominios de esta web en Bahamas, el paraíso fiscal y legal preferido por los abogados de su padre.

Fiel exponente de una generación más propensa a copiar que a crear, el joven ingresó a iglesiadesatan.com y plagió su estética (roja y negra), su símbolo (Baphomet) y parte de su contenido: historia, doctrina, preguntas frecuentes, etc. En su versión adaptada, podía leerse:

→ Satán no es un ser real existente o una criatura sobrenatural, sino un concepto, una idea antigua, universal y poderosa.

→ Nuestra Iglesia adopta la figura de Satán como símbolo de rebeldía, ambición e individualismo. Celebra las gratificaciones carnales, la búsqueda de la felicidad material y el éxito, dejando de lado la falsa moral y la fe ciega.

→ Los satanistas nos formamos para ser líderes; somos individuos ambiciosos y vamos a ser amos del mundo.

Por medio de estas fachadas, Gonzalo Gómez Rioja contactó a un puñado de jóvenes interesados en el tema. Pero aún le faltaba lo más difícil: lograr que esos posibles adeptos aceptaran su liderazgo y la autoridad de su supuesta investidura sacerdotal. A tal efecto, con la voluntad y el esfuerzo que nunca dedicó a sus estudios secundarios, comenzó a investigar lo vulgarmente conocido como «lavado de cerebro». Es decir, la aplicación de técnicas de persuasión para modificar las creencias, los pensamientos y los comportamientos de un individuo. Así, el joven descubrió que la persuasión coercitiva podía ser más efectiva que las amenazas, la tortura, el dolor y las drogas. Con estas técnicas, era posible cambiar las actitudes y la conducta de una persona sin su conocimiento o su voluntad. En consecuencia, este método de captación tan utilizado por las sectas era la herramienta que había estado buscando para embaucar incautos.

La primera discípula fue Ema Sanger, compañera de Gonzalo durante los estudios en el Colegio Alberdi. Al reencontrarse, la pelirroja se había convertido en una chica punk, que lucía crestas, tatuajes, piercings en los labios y muñequeras de cuero con tachas de metal. Para resguardar su identidad, Gonzalo nunca le habló de satanismo personalmente, sino a través de mensajes de texto primero (a nombre de la Iglesia de Satán) y charlas por Skype después. Durante este adoctrinamiento, Ema solo veía una imagen de Baphomet y escuchaba una voz distorsionada, pero seductora y convincente. El punto de quiebre fue cuando Ema recibió la propuesta para hacerse cargo del templo satánico armado en un loft de Castelar. A partir de entonces, ella fue cediendo a la sumisión.

Tiempo después, cuando la pelirroja inició un turbulento romance con Joaquín Olites –mucho músculo y poco cerebro–, Gonzalo detectó sus debilidades e intuyó que podría manipularlo.

Cuando Joaquín conoció el tétrico loft de Ema, con vidrios pintados de negro y paredes descascaradas cubiertas por símbolos satánicos, un escalofrío recorrió su cuerpo. Más que la casa de una veinteañera, el lugar parecía el templo de una siniestra sacerdotisa.

Alternando momentos de pasión y largas charlas de adoctrinamiento, la pelirroja comenzó a inculcarle sus convicciones. Poco a poco, la manipulación mística fue logrando resultados y, finalmente, Joaquín aceptó que Satanás era el más poderoso de los arcángeles. A partir de entonces, la pareja adoptó un estilo de vida rebelde –sin restricciones sociales, morales o éticas– donde cada individuo era dueño de hacer lo que quisiera, dando rienda suelta a sus instintos.

Con el correr del tiempo, Joaquín Olites fue contactado por el mismo sacerdote satánico que ya había cooptado a Ema Sanger. En forma gradual, pero efectiva, este misterioso sacerdote lo fue convirtiendo en alguien tan sumiso que terminó aceptando órdenes para realizar las más crueles acciones. Primero fueron sacrificios rituales de animales, pero luego las víctimas fueron una pareja de negros y otra de judíos. Tras cometer estos crímenes en Castelar, Joaquín comenzó a tener alucinaciones y comportamientos extraños. Sentía angustia, ahogos y un fuego que le quemaba por dentro. Tenía visiones misteriosas que solo veía él. Escuchaba voces, casi siempre en idiomas extraños. Fue entonces que decidió alejarse de la Bruja Ema. Cuando sus amigos Rulo y Marcelo Bustos se enteraron de esta dramática situación, fueron a visitarlo y lo convencieron de consultar a un cura.

–Está poseído por el demonio –afirmó el padre Juano. Y, tras su terrible diagnóstico, consideró imprescindible someterlo al ritual de exorcismo. Es decir, recurrir a un sacerdote facultado para utilizar el poder conferido por Cristo para expulsar a los demonios en su nombre.

Joaquín aceptó pedir perdón por sus pecados y se sometió a una ceremonia en la que leyeron la Biblia, rezaron una letanía de los santos y otra larga oración a Dios. Finalmente, el sacerdote hizo una conjuración al demonio, ordenándole salir del cuerpo de aquel muchacho.

Si bien el exorcismo no es una cura sino una liberación, Joaquín comenzó a recuperarse y encontró nuevo apoyo en una chica de la parroquia.

Cuando Satán le informó a Ema que Joaquín había cometido una doble traición –renegar del satanismo y serle infiel a ella– y le ordenó eliminarlo junto a su nueva pareja, la pelirroja los mató a cuchillazos con su daga ceremonial.

Luego de cometer otro asesinato más, Ema Sanger fue apresada, juzgada y condenada. Su defensa nunca pudo probar que actuaba bajo los efectos de la persuasión coercitiva del misterioso sacerdote Satán.

Capítulo XXIX: Café para dos

Jorge Osvaldo Domecq se sentía bloqueado frente a la hoja en blanco. Si bien sus crónicas policiales sobre los crímenes de Castelar habían tenido gran aceptación entre los seguidores de *Castelar Digital*, ahora estaba incursionando en un terreno virgen para él: la versión novelada de esos hechos reales. Con perseverancia, revisó sus propios apuntes y fue anotando los «huecos», es decir, la información faltante que debía buscar. Lamentablemente, en la mayoría de los casos, esos datos estaban guardados en la memoria de los protagonistas y para acceder a ellos se requería la buena voluntad de esas personas.

La más importante de aquellas posibles fuentes de información era la propia comisaria Anahí Aberanda, quien había liderado la búsqueda de los asesinos y la captura de Ema Sanger, pero parecía una mujer inaccesible.

–No hay peor gestión que la que no se encara –dijo Leonor para darle ánimos, y agregó–: arreglate bien, porque es una buena candidata para vos.

–¿Te volviste loca? –preguntó Domecq, aparentemente ofuscado.

Pero como Leonor no contestó, él se miró al espejo y decidió afeitarse.

Luego, aunque no estaba muy convencido, llamó a Aberanda, le explicó sus planes y la invitó a tomar un café para charlar del caso. Por esas cosas raras que tiene la vida, ella aceptó la invitación.

Durante los días siguientes, Domecq estuvo planificando cada detalle: desde la información que necesitaba, hasta la ropa que se pondría. Lo mejor de su guardarropa eran las corbatas –un caro *hobby* que había tenido en épocas mejores–, pero ya nadie iba a tomar un café con corbata y menos en un bar-restaurant donde también servían pizza. Finalmente, decidió ir con un saco *sport* negro, camisa lisa de mangas largas, *jeans* azules y mocasines. A pesar de su esfuerzo, a primera vista, lo que más llamaba la atención eran los gruesos vidrios de sus imprescindibles anteojos. No se animó a pedirle consejos a Leonor porque estaba intranquilo por la ambigüedad de ese incipiente triángulo.

El día fijado, cinco minutos antes de la hora acordada, Domecq ingresó a La Recoleta de Haedo y se sentó a una mesa que estaba cerca de la entrada.

Casi puntual, apenas un cuarto de hora tarde, llegó la joven comisaria. Estaba elegantísima –digna de ser admirada– con unos tacos bien altos, *jeans* elastizados y una blusa blanca escotada, sin mangas, que dejaba al descubierto un pequeño tatuaje sobre su hombro izquierdo. Pero lo más impactante era su mirada. A pesar de estar apenas maquillada, las pestañas renegridas resaltaban aquellos ojos color miel.

Olvidando que ya era un dinosaurio herbívoro, el septuagenario miró con avidez la línea de sombra que delineaba sus pechos y pensó:

–¡Lástima que no sea una cita!

Inmerso en una deliciosa ansiedad, Domecq repasó mentalmente los temas que no debía mencionar, por obvios o polémicos: el clima, la inseguridad, la política y, especialmente, el divorcio de ella. Entonces, carente de originalidad, comenzó preguntándole si prefería té o café y se atrevió a sugerirle unos *brownies*, especialidad de la casa. Una vez que el mozo les hubo tomado el pedido, el periodista agradeció la predisposición de Anahí a colaborar con su novela y ella le respondió que no podía ser de otra manera, ya que él la había ayudado a resolver ese caso.

Dado que se trataba de un expediente ya cerrado, la comisaria se explayó sobre detalles desconocidos por el periodista, mientras este la grababa con su celular.

–Cuando recibí el papeleo de los dobles crímenes de Castelar –comenzó Aberanda–, me concentré en el análisis de los mensajes enviados por los presuntos asesinos que se disputaban la autoría. Dado que el rastreo informático del primer mensaje nos llevó hasta usted, como recordará, allanamos su casa, incautamos su PC y lo detuvimos.

–Mis gatos y yo lo recordamos bien –bromeó Domecq.

–Cierto. Sus gatos... ¿Se los está cuidando su vecina?

–No. Hoy no pienso regresar tarde –dijo el miope y, en el acto, se arrepintió de su espíritu perdedor.

Retomando su narración, la comisaria agregó:

–Como usted sabe, también detuvimos a su amigo Bustos y al dueño de *Castelar Digital*. Pero, como hubo otro doble crimen mientras ustedes estaban detenidos, quedó en claro que el responsable estaba libre. No obstante, gracias a sus testimonios, confirmé que el Zodiac de Castelar estaba imitando al asesino serial de California. Este dato fue fundamental para el resto de la investigación.

Luego de tomar un sorbo de café sin azúcar, Anahí continuó:

–La pista del segundo mensaje me llevó hasta la revista *Nuestro Castelar*, que Gonzalo Gómez Rioja editaba desde el *country* Majestic.

–Yo también tuve sospechas sobre esa revista –interrumpió Domecq– y me desilusioné cuando ustedes abandonaron esa pista.

–Es que solo encontramos meras coincidencias.

–¿Cuáles?

–Por ejemplo, la web de *Nuestro Castelar* está instalada en el mismo servidor utilizado para abrir la cuenta en Bahamas que usó el Zodiac local.

–¿Y eso es mera coincidencia? –insistió el periodista.

–Se trata de un proveedor radicado en Irlanda con decenas de miles de clientes.

–Pero habiendo millones de servidores a lo largo y ancho del mundo, es muy pequeña la probabilidad de que el remitente y el receptor del mensaje hayan contratado al mismo proveedor.

–Eso es lo que pensé, y por eso detuve a Gonzalo Gómez Rioja, hijo del dueño y, a su vez, director de la revista.

–¿Pudo interrogarlo?

–En eso estaba cuando el asesino volvió a matar y quedó demostrado que Gonzalo no era culpable. De inmediato, los abogados de la familia Gómez Rioja se llevaron al muchacho. El resto ya lo sabe: gracias a una muestra de ADN encontrada en las escenas de los primeros crímenes, identificamos que Joaquín Olites era el Zodiac de Castelar, pero, antes de atraparlo, su novia despechada, Ema Sanger, lo mató. Ella confesó y está presa. Fin de la historia.

–¿Cree que el de Ema fue solo un crimen pasional?

–Fue un crimen pasional con agravantes, ya que ella se creía una sacerdotisa satánica y mató también a un taxista.

–Pero el satanismo también vincula a Ema con Gonzalo y él quedó libre.

–Gonzalo es uno de los tantos adolescentes que leen libros satánicos. Pero no tuvo nada que ver con los asesinatos.

–¿Está segura?

–¡Sí! Porque se lo pregunté a la propia Ema Sanger.

–¿Y ella reconoció ser Satán? –preguntó Domecq.

–No, siempre sostuvo que recibía órdenes de Satán, pero que nunca lo vio.

–¿Entonces?

–Debe haber alucinado –respondió la comisaria sin mucha convicción

–¿Está segura? –insistió Domecq, incrédulo.

–¿Usted cree que si yo fuera tan estúpida hubiera llegado a comisaria? –respondió ella malhumorada.

–¡Discúlpeme, por favor! Es que, estando Joaquín muerto y Ema presa, recibí una amenaza de Satán.

–¿De Satán? –exclamó ella.

–¡Sí! Llamó a mi celular y dijo textualmente: «¡Soy Satán y voy por ustedes!».

–¿Ustedes?

–En ese momento, yo estaba con Bustos y su esposa –aclaró él.

La comisaria abrió los ojos como dos de oro y enmudeció.

Luego de la reunión en Haedo, Anahí Aberanda había accedido a tomar una copa en la casa del viudo, en Castelar Norte. Un vaso de vodka había seguido a otro, una broma de doble sentido a otra, un ronroneo romántico a otro, una insinuación a otra, hasta que el veterano periodista –olvidando que la diferencia etaria superaba las tres décadas– se animó a besarla. Cuando los labios comenzaban a jugar ansiosamente, los tres gatos –como en un ataque de celos propio de Leonor– se abalanzaron sobre la cara de la pobre Anahí y le arrancaron la piel a zarpazos. Viendo aquel rostro desfigurado y cubierto de

sangre, Domecq pegó tal alarido que se despertó. Pero en ese breve lapso entre sueño y vigilia, sus gatos comenzaron realmente a maullar asustados por el grito de su patrón, conformando una escena surrealista.

Tras una larga ducha, Domecq recordó que la noche anterior la comisaria Aberanda había decidido tomarse un taxi y regresar sola a su casa. Por lo tanto, la botella de vodka vacía, que estaba en el suelo, se la había terminado él solo.

Como nunca intentaba interpretar sus sueños, decidió olvidarlo y prepararse un café bien cargado. Mientras calentaba el agua, prendió el televisor y, en grandes letras blancas sobre un fondo rojo, leyó: «Escándalo en la cárcel de mujeres U3 de Ezeiza». «Ahí está Ema Sanger», pensó, y decidió visitarla. De inmediato, sosteniendo el café con su mano izquierda y utilizando la mano derecha para tipear en su *notebook*, buscó: PROCURACIÓN PENITENCIARIA DE LA NACIÓN. Una vez abierta esa web, seleccionó «Visitantes» y se enteró de que debía gestionar una tarjeta de visita, para lo cual era necesario presentar DNI, certificado de domicilio, certificado de antecedentes y 3 fotos carnet.

Dado que ese trámite le insumió casi todo el día, decidió regresar a su casa, acostarse temprano y dejar la visita a Ema para la mañana siguiente.

Capítulo XXX: Cárcel de mujeres

Tras disfrutar la contemplación de la añosa arboleda que bordea la autopista a Ezeiza, Domecq dobló en dirección a Cañuelas y encontró la cárcel, tristemente famosa por albergar también a represores de la dictadura militar. Al comparar ese edificio con el del hospicio de Luján, comprendió que los delincuentes reciben mejor atención que los enfermos mentales. Incluso había un jardín de infantes para los hijitos de las detenidas.

Sin embargo, la burocracia era igual de ineficiente en toda la administración pública. Para ingresar a la superpoblada U3, la unidad de máxima seguridad, el periodista tuvo que soportar una larga espera bajo los inclementes rayos del sol, luego lo sometieron a una estricta inspección con detectores de metales y *scanners* corporales. Tampoco omitieron el incómodo toqueo, en busca de algo oculto, que pudiera no haber sido detectado por los equipos electrónicos. Finalmente, luego de completar los abusivos procedimientos que, en aras de la seguridad, habían redactado burócratas que nunca visitaron una cárcel, Domecq ingresó a la sala de vistas y, tras otra larga espera, apareció una guardiacárcel que acompañaba a una chica rapada y tatuada, que debía ser Ema. Estaba flaca y ojerosa, vestida con una musculosa negra y pantalón de *jogging*.

Mientras la otrora pelirroja miraba con recelo a aquel desconocido, miope y con unos lentes de vidrios gruesos como culo de botella, él se presentó:

–Mi apellido es Domecq y soy periodista.

–¿Qué quiere? –respondió ella, de mala gana.

–Estoy escribiendo sobre tu caso y quería entrevistarte.

–¿Mi caso?

–Los crímenes satánicos en Castelar.

–¡Ni en pedo hablo de eso! –reaccionó ella y agregó–: Acá creen que maté a un violador. Gracias a eso no me tratan peor.

–Comprendo. Pero me han dicho que soy tu primera visita en todos estos meses que llevás presa. También me comentaron que, para conseguir cosas esenciales, dependés de otras internas. Yo podría ayudarte.

–Mire, don, yo no lo conozco y no confío en desconocidos.

–¿Por qué no me das una oportunidad? ¡Probame! –propuso él, mirándola a los ojos.

–OK. Acá pasan cosas que afuera no se conocen. Si usted las publica, yo después podría contestarle algunas preguntas.

–De acuerdo. ¿Qué querés denunciar?

–Por ejemplo, ayer, entre varios guardiacárceles, hombres y mujeres, le dieron una paliza, con patadas, trompadas y palazos, a una embarazada.

–¿Tenés el nombre de ella? –preguntó él.

–Se llama María Acosta y tiene 26 años.

–¿Qué había hecho María? –se interesó el periodista.

–Firmó un *hábeas corpus* en el cual denunció la violencia a la que nos someten.

–¿A vos también? –se preocupó Domecq.

–¡Por supuesto! ¿Se cree que yo me hubiera rapado el pelo colorado natural? Me lo hicieron de mala leche. Pero lo de María es peor, porque puede perder el bebé –respondió ella sin disimular su bronca.

–De acuerdo, yo ahora salgo, escribo la nota y se la paso a un colega. Una vez que haya sido publicada, vengo, te la muestro y charlamos. ¿De acuerdo?

–OK –respondió Ema, aún incrédula.

–Chau.

–Chau.

Una vez que *Castelar Digital* publicó la nota de Domecq, comenzaron a llover los llamados al veterano periodista. Pronto su denuncia sobre la violencia en la U3 de Ezeiza se propagó como un incendio de pasto seco. Cuando el tema llegó a los grandes medios de comunicación nacionales, las autoridades tuvieron que reaccionar. La Procuración Penitenciaria de la Nación envió un médico para revisar a María Acosta y, al confirmar sus heridas, las autoridades del penal fueron removidas.

Al día siguiente, cuando Domecq regresó a la U3 de Ezeiza, las presas lo

recibieron como a un héroe. Algo así como un Clark Kent del subdesarrollo. A su vez, Ema pasó a ser la versión carcelaria de Lana Lang.

Como algunos guardiacárceles también habían estado disconformes con la anterior dirección, ahora comenzaron a ver con mejores ojos a Ema y a Domecq, quien no solo logró que lo dejaran ingresar con algunos artículos de uso personal para la pelirroja rapada, sino que además fue autorizado a grabar sus entrevistas con ella.

–Comencemos por el principio. ¿Cuál era tu relación con Joaquín Olites? – preguntó el periodista.

–Lo conocí cuando nos salvó de una patota, luego seguimos viéndonos en Kuk, comenzamos a salir y, después, a convivir.

–¿Quién de los dos fue contactado primero por Satán? –se arriesgó a preguntar sin anestesia.

–Yo. Luego, cuando ya vivíamos juntos, también se comunicó con Joaquín.

–¿Seguís en contacto con la secta?

–¡No es una secta! –protestó ella.

–¡Perdón! No fue peyorativo. No quise ofenderte –se disculpó él y repreguntó–: ¿Seguís en contacto con Satán?

–Sí.

–¿Quién es?

–Es el sacerdote que me adoctrinó.

–¿Cómo es?

–Nunca lo vi.

–¿Cómo puede ser? –dudó el periodista.

–Se comunicaba por SMS o por Skype, pero con una máscara.

–¿Sabés su verdadero nombre?

–¡No!

–¿Podés ubicarlo?

–¡No! Él nos contacta. Todo es secreto.

–¿Con Joaquín pasaba lo mismo?

–Sí. Pero el contacto con Satán es individual.

–Entonces, ¿nunca fuiste a reuniones?

–No.

–¿Gonzalo también es satanista? –preguntó Domecq, buscando una reacción.

–No –contestó ella con naturalidad.

–Pero en *Nuestro Castelar* publicó notas sobre sectas.

–Eran cartas de lectores.

–¿Como DJ no pasaba rock satánico?

–Él pone la música que quiere la gente.

–¿Por qué mataste a Joaquín? –preguntó Domecq casi susurrando.

–Me lo ordenó Satán –respondió la muchacha, mirando el piso.

–¿Y no pudiste negarte? –insistió el periodista.

–¡No, no pude! ¡Nadie puede! Él se mete en tu cabeza y vos hacés lo que pide. ¡Sí o sí! Además, yo le di a Joaquín una muerte rápida. Por haberse exorcizado, merecía morir desangrado, gota a gota.

La finalización del horario de visitas interrumpió la charla entre el periodista y la joven asesina. Durante las semanas siguientes, Domecq intentó, en vano, entrevistar a Gonzalo Gómez Rioja. Por su parte, Aberanda y Rulo parecían no tener más información para aportar. En consecuencia, había llegado el momento del trabajo literario y sus neuronas debían comenzar la dura pelea contra la hoja en blanco.

Pasó el tiempo y, cuando Domecq tuvo la primera versión de *Los crímenes de Castelar*, decidió buscar ayuda profesional para corregirla. Le recomendaron a la licenciada Marianela Beade Harbin, la contactó por *mail* y luego ella lo recibió en su chalet de Ituzaingó. A partir de ese momento, comenzó un trabajo arduo pero productivo, que duró un par de meses. La corrección incluyó dos partes: la lingüística y la de estilo. La corrección lingüística permitió subsanar tanto los errores ortográficos (pocos en un periodista), como de tipografía (muchos en un miope). En cambio, la corrección de estilo resultó más dura de domar. Marianela revisó la sintaxis y la expresividad del texto, detectando pleonasmos, aliteraciones, ambigüedades y usos incorrectos de tiempos verbales. Pero, cuando sugirió estas

correcciones, su veterano cliente exteriorizó reacciones propias de un viejo cascarrabias. Con santa paciencia y resaltando las virtudes de la novela, la licenciada logró consensuar una versión mejorada del texto original.

Una vez aprobada la versión definitiva, Domecq tuvo que incursionar en otro camino aún inexplorado: la edición del libro. Si bien en la web había innumerables propuestas, él buscaba un servicio integral, pero acorde con su presupuesto de jubilado.

Tras tediosas comparaciones y complejas evaluaciones, el novel autor optó por Edicoop, una editorial cooperativa de larga y reconocida trayectoria. Esta propuesta incluía los servicios de impresión, difusión y venta del libro. Tomada la decisión, Domecq se presentó en Edicoop con un *pendrive* que contenía una copia de *Los crímenes de Castelar* y en la editorial se ocuparon de la diagramación interior y del diseño de tapas, de la impresión de ejemplares cosidos con hilo, la distribución en librerías, la venta por Internet y la presentación, tanto en el salón de la editorial, como en la Feria del Libro.

Al recibir los ejemplares impresos, el flamante escritor no pudo evitar la tentación de olerlos con cariño. Al hacerlo, revivió los lejanos momentos compartidos en la redacción de aquel diario ya inexistente.

Capítulo XXXI: El sicario

–Si te pagan bien, hazelo –dijo su madre.

Entonces, Toti Gaffi mató por encargo y se convirtió en el sicario más joven de la villa Carlos Gardel, en Morón. Para él, la violencia era una tragedia heredada. Ya conocía la muerte. Había visto a su padre morir acribillado, en la puerta de su propia casa. Por eso, no se sentía culpable por el asesinato que acababa de cometer. El joven consideraba que el verdadero y único responsable era el que había contratado sus servicios.

Toti había nacido en la desgarradora pobreza del cordón de miseria del Conurbano bonaerense. En un barrio sin agua, sin cloacas, sin luz, sin gas, sin asfalto, sin escuelas, sin hospital y, fundamentalmente, sin trabajo. Un barrio donde los pobres engendran pobres. Un barrio donde nacen muchos chicos, pero pocos sobreviven. Un barrio donde la injusticia es el caldo de cultivo para la espiral de violencia.

Tras el asesinato de su esposo, la madre de Toti formó pareja con Nacho Cruz, un expolicía exonerado, cuya influencia fue nefasta para su hijo. Nacho era un empresario del crimen, un intermediario que se encargaba de reclutar chicos y muchachos para transformarlos en sicarios. Los seleccionaba, los entrenaba, los contactaba con los clientes y les proporcionaba armas, movilidad y el posterior refugio. Nacho también les proveía la droga necesaria para que en aquellos jóvenes aflorara un escalofriante desprecio por la vida propia y ajena.

Antes de su primer trabajo sucio, Toti, junto a un puñado de muchachos, pasó semanas recluido en un aislado establecimiento rural, donde Nacho los entrenó en el manejo de armas y prácticas de tiro al blanco, y les inculcó los rigurosos códigos de obediencia y silencio.

Por su servicio de intermediación y protección, Nacho se quedaba con un porcentaje de cada «contrato» ejecutado por sus sicarios. Además, les descontaba el alquiler del arma y del vehículo utilizado, como así también la deuda por la droga consumida. A pesar de estas considerables quitas, Toti recibía mucha más plata que la que podría obtener legalmente, pero todo ese dinero se le

escurría entre los dedos. Siendo apenas un adolescente, disfrutaba comprando y luciendo ropa y calzado de primeras marcas, ostentando celulares de última generación, regalándole modernos electrodomésticos a su madre y rodeándose de mujeres fáciles.

En esta caótica etapa, la vida de Toti estaba atravesada por una ambigua religiosidad: se convirtió en devoto de María Auxiliadora, cuya imagen lo acompañaba en los tres escapularios que colgaban de su cuello. A esta Virgen le pedía protección y, más concretamente, que le garantizara buena puntería y la exitosa ejecución de sus contratos. Tal vez su ignorancia le impedía comprender la irracional contradicción ética de invocar a la Virgen para cometer un asesinato. Además, nunca sintió necesidad de confesar sus muertes. Toti creía que el que debía confesar sus pecados era quien lo había contratado para matar.

Su primera víctima había sido Garza, otro adolescente que también trabajaba para Nacho, pero que, apresado y apretado, estaba dispuesto a declarar contra su patrón. Justo en el momento en que la policía lo estaba por trasladar a Tribunales y antes de que Garza lograra entrar al patrullero que lo esperaba, una moto irrumpió a toda velocidad por la vereda. Mientras la víctima esbozaba una mueca de incredulidad, Toti apuntó y disparó, acertando un definitivo balazo entre aquellos ojos aterrorizados. «Nunca se muerde la mano que te da de comer», pensó y, tan rápido como había llegado, antes de que los custodios lograran disparar sus armas, la moto dobló en la esquina y desapareció.

Sin embargo, por un error de novato, Toti se sacó el casco antes de tiempo y quedó grabado por una cámara de seguridad. Tiempo después, fue detenido. Con el aporte de un par de testigos, la Justicia probó su participación como autor material de aquel crimen, pero no fue condenado, porque entonces solo tenía 13 años y no era punible para la ley penal vigente.

A partir de aquella sentencia, protegido por su condición de inimputable, Toti Gaffi se transformó en un feroz asesino a sueldo.

La segunda víctima era un muerto viviente. Un hombre más envejecido que viejo. Una piltrafa humana que debió ser alto y corpulento, pero ahora estaba flaco y encorvado. Su cara era amarillenta, huesuda y siniestra. Tenía un pómulo

hundido y el otro surcado por una feroz cicatriz. Su cabello era ralo, pero las cejas tupidas escondían unos ojos hundidos en profundas ojeras. Con ropa ajada y maloliente, estaba sentado en el banco de una plaza, solo, sin siquiera la compañía de las palomas. Toti se acercó y, sin decir nada, se paró frente a su víctima. «¿Por qué querrán matarlo?», pensó el joven sicario. Cuando las miradas se enfrentaron –una con insolencia y la otra con resignación–, sacó el fierro y le disparó un tiro entre ceja y ceja. Tras mirar aquellos ojos abiertos, ya sin vida, dio media vuelta y siguió su camino.

Su tercera víctima fue la esposa de Nacho Cruz. Era una morocha de mediana edad, ni linda ni fea, una gordita pechugona, sin gracia, que caminaba desganada, acarreando las bolsas del mercado. «¿Mamá tendrá algo que ver con esto?», se preguntó Toti al recordar que su madre era la actual pareja de Nacho. Pero, sin esperar que su cabeza procesara la respuesta, se atravesó en el camino de la mujer y, mirándola a los ojos, le pegó un tiro en la frente. Fulminada, la víctima cayó y desparramó por la vereda las frutas y verduras que acababa de comprar.

El siguiente contrato era un combo que incluía a una pareja de amantes. Ella era una treintañera, morena y atractiva. Él era un galán sexagenario, flaco, bronceado y canoso. Toti los esperó a la salida de un hotel alojamiento. En cuanto las víctimas aparecieron, a bordo de un descapotado de alta gama, el joven sicario, con su frialdad habitual, disparó dos veces: una en el corazón de él y otra en el de ella. Al verlos muertos, el ángel exterminador ironizó:

–Billetera mata galán, pero bala mata billetera.

Su sexta víctima fue un carnicero dueño de una cadena de locales utilizados como fachada para la venta de droga. Se trataba de un hombre enorme y muy gordo, como un luchador de sumo. Con sus cachetes mofletudos, su nariz ancha y chata y su agobiante papada, tenía bien ganado el apodo de Lechón. Pero, a pesar de su aparente torpeza, con un cuchillo en la mano era un adversario de temer.

Lechón solía reír con carcajadas estruendosas que intentaban disimular su cobardía. Vivía muerto de miedo. Se había metido en aguas demasiado profundas

y ya no hacía pie. Aunque miraba con recelo a cada cliente, tratando de descubrir una posible amenaza, no desconfió de aquel muchachito que ya había venido a comprar bofe para su gato. Toti esperó pacientemente su turno y, cuando el carnicero le preguntó qué quería, el sicario respondió:

–Esto.

Y, levantando el arma hasta la altura de la frente, le disparó entre los ojos. Bastó un solo tiro, certero y rotundo, para que la grotesca mole de grasa se desplomara sobre la mesada de mármol del mostrador.

La siguiente víctima fue un periodista apodado Sanata. Con su moto, Toti lo siguió hasta la entrada de un canal de televisión y se le acercó sonriente, como uno de los tantos cholulos que piden autógrafos. Era un hombre obeso, alto, pelo casi rapado, anteojos gruesos y un cigarrillo en la comisura de los labios. Su estridente saco amarillo contrastaba con la camisa roja y el pantalón negro. El sicario sacó su revólver, le apuntó a la boca y le voló la cabeza. «El pez por la boca muere», pensó Toti mientras guardaba el arma y se mezclaba entre los curiosos que ya se abalanzaban sobre el cadáver.

Como Toti Gaffi ya estaba demasiado expuesto, su padrastro le consiguió un contrato aparentemente más sencillo: quemar un auto.

Capítulo XXXII: Pirómanos

Una vez que la editorial le entregó los primeros ejemplares impresos de su novela –y para satisfacer el reiterado pedido de su querida Leonor–, Domecq decidió hacer una presentación en Castelar. Fue así que contactó a Gabriel Colonna, de *Castelar Digital*, quien le recomendó el auditorio Domus, ubicado en Campana, casi esquina Arias, cerca de la estación.

Cuando llegó el esperado día, a la hora señalada, confiado en el *look* intelectual que le aportaban sus gruesos anteojos, Domecq ingresó a Domus. Entre los invitados, estaba el matrimonio Bustos, su correctora Marianela Beade Harbín, la comisaria Anahí Aberanda, el licenciado Colonna, Rulo y las prestigiosas escritoras de la zona: María Rosa Lojo, Helena Okomsky, Belén Giamberardini, Cristina Talarico y Mónica Baldi. Tampoco faltó Roberto, el peluquero de Carlos Casares, quien le había aportado información relevante sobre *Nuestro Castelar*. La musicalización estuvo a cargo del Surco Loco y el servicio de catering, preparado por Raula de Ituzaingó, gratificó a invitados y público en general.

La licenciada Beade Harbín efectuó la presentación formal de la obra, con una amena introducción al género policial, distinguiendo la escuela anglosajona (Poe, Conan Doyle, Agatha Christie) de la escuela francesa (Gastón Leroux, Georges Simenon). Luego, se focalizó en la comparación entre la novela policial clásica y la novela testimonio (textos basados en hechos reales), como *A sangre fría*, *Operación Masacre* y *Los crímenes de Castelar*. Finalmente, presentó a Jorge Osvaldo Domecq: «Un lúcido novelista tardío, a quien las letras estuvieron esperando por siete décadas».

Con los nervios de todo primerizo, el ahora novelista –que nunca había hablado en público– agradeció a los que, de una u otra manera, habían colaborado para que él se animara a dar ese enorme salto sin red desde el periodismo a la literatura. Sin embargo, algo fue cambiando y saliendo de los cauces esperables. A medida que fue sintiéndose seguro de su nuevo rol, Domecq comenzó a incomodar a gran parte de los presentes. Especialmente, cuando

justificó su esfuerzo de escribir *Los crímenes de Castelar* como un manotazo de ahogado, un desesperado esfuerzo para alertar a los desprevenidos vecinos, ya que Satán nunca había sido capturado, sino que ese autor intelectual de los asesinatos seriales seguía libre en Castelar.

–Quizás esté aquí, entre nosotros –concluyó en tono siniestro.

Antes de que Domecq terminara de revelar sus temerarias afirmaciones, la comisaria Aberanda –por suerte, vestida de civil– se escurrió entre los presentes y abandonó Domus, para evitar una nueva discusión con ese viejo que se creía Sherlock Holmes.

Uno de los presentes preguntó si ese final abierto –«Soy Satán y voy por ustedes»– podía interpretarse como un anticipo comercial, porque el autor ya tenía previsto escribir la saga.

–Voy a seguir escribiendo hasta que Satán caiga o me mate, lo que ocurra primero –respondió Domecq, acrecentando el macabro interés de la audiencia por su flamante novela. Luego, agregó–: Los crímenes de Castelar existieron, son tan reales como ustedes y como yo. Cuatro de esos asesinatos los cometió el difunto Vasco Olites y los otros tres, la pelirroja Sanger, que está presa en Ezeiza. Pero ambos actuaron por instrucciones de Satán, quien sigue libre. Tan libre y despreocupado que hasta se da el lujo de amenazarme.

–¿Tiene idea de quién puede ser ese autor intelectual? –preguntó otro de los presentes.

–¡Sí! Lo tengo identificado, y él lo sabe. Por eso me amenaza.

Tras el murmullo que invadió el salón, alguien preguntó si la Justicia estaba al tanto de su denuncia.

–Sí, pero no me creen. Consideran que no tengo pruebas suficientes. Pero continúo investigando y, junto con mi amigo Bustos, estamos comprometidos en seguir nuestras pistas hasta el final. Ese es el único objetivo de esta etapa de nuestras vidas.

Estas frases, expresadas de forma tan rotunda y convincente, lograron conmover a la audiencia, que lo aplaudió con emoción.

–Si su objetivo era hacer *marketing* para su libro, ya lo logró con creces – comentó un malpensado.

A partir de sus explosivas declaraciones, los periodistas presentes intentaron entrevistar a este novel escritor y seudodetective, tan miope como sensacionalista. Domecq accedió, a condición de que también participara Bustos, el expolicía que fue el primero en relacionar los crímenes de Castelar con los de California.

Ya en la primera respuesta, Bustos causó revuelo entre los periodistas. Más precisamente, cuando enumeró en forma minuciosa las similitudes entre los asesinatos cometidos por Olites y Sanger y los de su mentor *yankee*: Zodiac. Evidentemente, la joven pareja había sido adoctrinada por alguien que conocía los pormenores de lo sucedido en California, en la década del 60.

A su turno, Domecq causó una conmoción aún mayor cuando reveló que los asesinos de Castelar –Joaquín Olites y Ema Sanger– pertenecían a una secta satánica, a la que un cura intentó combatir recurriendo al exorcismo.

Cuando los periodistas dejaron de preguntar, para concentrarse en el envío de esas primicias a sus redacciones, ya la gran mayoría de los asistentes se había retirado. Entonces, Domecq se ofreció a llevar al matrimonio Bustos hasta su casa. Los tres amigos salieron de Domus y caminaron por la calle Campana hacia Los Incas, donde el escritor agasajado había dejado estacionado su viejo Peugeot. Al llegar a la calle que bordea las vías, les llamó la atención ver un camión de bomberos, cuya sirena habían escuchado un rato antes. Mientras un olor acre invadía el lugar, las luces giratorias de la autobomba iluminaban los remolinos de fuego y humo negro. Angustiado, Domecq intuyó que su auto debía estar muy cerca del incendio. Unos pocos pasos más adelante, descubrió que el que ardía era su querido 404. Sin poder evitarlo, puteó en voz alta:

–¡Maldito Satán, la puta que te parió!

–Lo más probable es que haya sido algún «quemacoches» –dijo el jefe de los bomberos.

–¿Quemacoches? –preguntó sorprendido Domecq.

–¡Sí! Lamentablemente, en esta zona, hay una barrita que se divierte quemando autos estacionados. Hemos tenido que acudir a varios de esos incendios intencionales, pero siempre los vehículos terminan incinerados. Como el suyo. En lo que va de este año, ya quemaron más coches que en todo el año pasado. El modus operandi de los agresores es casi siempre el mismo: bañan la carrocería con alcohol fino, lo encienden y el fuego se propaga rápido, sin dejar huellas. Generalmente, atacan a la madrugada.

–¡Pero al mío lo quemaron antes de medianoche! –interrumpió Domecq.

–Así es. También hay otra diferencia: parece que, en su caso, utilizaron una bomba molotov que arrojaron debajo del motor, lo que produjo una inmediata explosión.

–¿Entonces no son los mismos?

–Escuche: la utilización de molotov para quemar autos no es una novedad, ya se ha usado en varios casos registrados en Capital. Lo nuevo sería que los pirómanos locales hayan comenzado a copiar ese método.

–¿Pero podría tratarse de otra gente?

–Es posible, pero poco probable. Los quemacoches siempre atacan en su propio barrio, cerca de sus casas, y los objetivos no son al azar, sino elegidos previamente.

–Pero yo nunca antes había estacionado acá –insistió el damnificado.

–Tal vez sea la excepción a la regla.

Ante la falta de certezas por parte de los investigadores, Domecq y el matrimonio Bustos caminaron hasta la parada de taxis. En el trayecto, el periodista compartió sus sospechas:

–Detrás de este atentado incendiario, está Satán o Gonzalo Gómez Rioja, o como carajo se llame el autor intelectual de los crímenes de Castelar.

Esa misma tarde, un mensaje telefónico confirmó sus sospechas:

–Soy Satán. Chau, Peugeot.

Lamentablemente, antes de pensar en Satán, Domecq tenía que enfrentar a los indolentes empleados de la compañía de seguros. Si bien tenía contratada una póliza contra incendio de su auto, la cobertura no era total, sino parcial. Eso

implicaba un durísimo regateo para determinar el monto del resarcimiento económico. Al tener que aceptar un desventajoso acuerdo, se sintió estafado, como la mayoría de la gente al pasar por esa experiencia.

En un intento por recuperar su alicaída autoestima, el periodista devenido escritor decidió focalizarse en algo positivo: la presentación de su novela en el salón de actos de la editorial Edicoop. Luego de coordinar la fecha y el horario, el departamento de *marketing* de la editorial se encargó de las invitaciones y de la difusión del evento, poniendo especial énfasis en las palabras satanismo y exorcismo.

Capítulo XXXIII: Mafia china

El día acordado, con su puntualidad habitual, Domecq bajó del taxi que lo llevó desde Plaza Once hasta Azara al 1200, en Barracas, sede de la editorial. A diferencia de lo sucedido en Domus, la gran mayoría de los asistentes eran desconocidos. La presentación estuvo a cargo del gerente de Edicoop, quien comenzó resaltando los logros de la cooperativa, aún más destacables dada la crisis económica que atravesaba el país y, muy especialmente, la industria editorial. Pero su alocución fue interrumpida por los gritos:

–¡Fuego! ¡Fuego!

Pese a que por micrófono se pedía calma, los asistentes protagonizaron una estampida que se estrelló contra la salida. Los primeros en llegar a la puerta fueron aplastados por los que los seguían. A su vez, los que caían eran pisoteados por los rezagados. El incendio comenzó en los depósitos, donde se apilaban varias toneladas de papel en resmas o en forma de libros y, rápidamente, se expandió a las oficinas, el local comercial y el salón de actos. Luego, se propagó a viviendas vecinas. La rápida llegada de los bomberos impidió el derrumbe del techo y una catástrofe aún peor. Ocho personas resultaron heridas de gravedad durante la avalancha y varias más se intoxicaron con el humo, incluidos dos bomberos voluntarios. Los daños materiales fueron enormes.

Jorge Osvaldo Domecq sufrió un principio de asfixia y tuvo que ser trasladado en ambulancia. Cuando ya se encontraba en la guardia del hospital, recibió el siguiente mensaje en su celular:

–Soy Satán. Chau, libro.

A la mañana siguiente, cuando le dieron de alta, Domecq tomó el subte y el tren. Cuando uno de los nuevos vagones del Sarmiento lo dejó en Castelar, el novelista creyó estar en una estación bombardeada. Las topadoras del progreso habían demolido un histórico edificio que albergaba recuerdos de varias generaciones. No sin peligro, cruzó las vías y caminó por Francia hasta Lincoln. Al llegar a su casa, se le abalanzaron los tres gatos hambrientos, maullando por su

comida. Para no hacerlos esperar más, optó por darles alimento balanceado. Abrió una alacena –cerrada con llave a prueba de felinos–, sacó la bolsa y llenó los tres recipientes.

Ahora era el momento de dedicarse a sí mismo. Como olía a humo y temía contagiarse gérmenes hospitalarios, decidió darse una interminable ducha escocesa, uno de sus pocos placeres a esta altura de su vida. Después, llamó a Bustos y le propuso almorzar juntos en Tarzán y así contarle personalmente el nuevo atentado de Satán.

Al llegar al tradicional bodegón, ya lo esperaba su amigo: el loco más cuerdo que hubiera conocido. Bustos estaba sentado, mirando un televisor que, en ese momento, mostraba el incendio de la editorial Edicoop, en Barracas.

–Fue Satán –dijo Domecq, a modo de saludo.

–¿Qué?

–Satán también quemó mi auto.

–¿Estás loco? –le recriminó Bustos.

–Satán me llamó dos veces –respondió Domecq–. La noche de Domus me dejó un mensaje: «Soy Satán. Chau, Peugeot». Y anoche volvió a llamar para decirme: «Soy Satán. Chau, libro».

–¿Estás seguro?

–Por supuesto.

–¿Le avisaste a la comisaria Aberanda?

–¿Para qué? Si no me cree.

La conversación se interrumpió porque el dueño del local se les acercó para ofrecerles el plato del día. Los dos amigos aceptaron y el hombre se retiró hacia la cocina.

–Entonces, ¿qué pensás hacer?

–Se supone que, como expolicía, vos tenés que asesorarme –dijo, mitad en broma, mitad en serio.

–Soy un expolicía acusado de locura –replicó Bustos, en igual tono.

–Los futboleros dicen que «la mejor defensa es el ataque» y voy a tratar de vincular a Gonzalo Gómez Rioja con los dos atentados incendiarios confirmados

por las dos amenazas telefónicas. Además, voy a ponerlo nervioso con acusaciones por SMS –afirmó, envalentonado.

–¡Tené cuidado! Esa familia goza de impunidad y sus abogados son de temer. Me consta que recurren a los servicios de inteligencia para pinchar teléfonos y escuchar conversaciones.

–¿Entonces? –preguntó desilusionado el periodista.

–No te apresures. Vayamos paso a paso. Cuatro ojos ven más que dos. Empezamos esto juntos y lo seguiremos juntos. Si Satán decide atacarte, también tendrá que vérselas conmigo –aseguró el exsargento.

–¡Todos para uno y uno para todos! –bromeó Domecq.

–Lástima que somos solo dos.

Tras quemar un auto frente a la estación Castelar, Toti fue contratado para incendiar un depósito ubicado en Azara al 1200, en el barrio de Barracas. Como en el caso anterior, utilizó las bombas molotov provistas por su padrastró. La repercusión periodística que tuvo este trágico atentado le proporcionó cierto prestigio en aquel submundo del hampa. Fue por eso que le asignaron un trabajo de mayor responsabilidad: asesinar a un supermercadista chino. Para este contrato, Toti contó con el apoyo de inteligencia efectuada por algunos de sus compañeros de aguantadero. Los estrictos horarios que repetía la víctima eran una oportunidad para el atacante. Pero la mala noticia era que ese chino siempre andaba armado y había contratado custodia para la protección de su comercio. Sin prestar demasiada atención a estas advertencias, el pequeño sicario aceptó el desafío.

A la mañana siguiente, con puntualidad oriental, Wen Lee y sus empleados descendieron de la camioneta negra con vidrios polarizados, desconectaron la sofisticada alarma y, por una hermética puerta lateral, ingresaron al supermercado, en el centro de Castelar. Luego, Wen Lee sacó los rústicos postigos interiores, abrió la puerta de vidrio y comenzó a levantar la persiana de daba a la calle Arias. En ese preciso instante, por la vereda, apareció una moto. El conductor, irreconocible bajo su casco, sacó un arma, le disparó en la frente y

huyó por la calle España, de contramano. Mientras uno de los empleados atendía a su patrón, el otro agarró las llaves de la camioneta y salió en persecución del asesino. Por exceso de confianza, Toti tardó en descubrir que lo perseguían. Mientras la camioneta se acercaba a enorme velocidad por la calle estrecha, en sentido contrario avanzaba un colectivo repleto de pasajeros. Entonces, Toti hizo una maniobra criminal: subió a la vereda –atropellando a una pareja de ancianos– y volvió a bajar a la calle, ya detrás del colectivo. Cuando la camioneta negra intentó frenar, ya era tarde. El impacto, de frente, contra el colectivo, fue tremendo. Pero, mientras que el *airbag* le salvó la vida al chino, los sufridos pasajeros que viajaban parados en el colectivo rodaron hacia el frente y algunos hasta cayeron a la calle.

Una vez que se aseguró de que nadie lo estuviera siguiendo, Toti regresó a su guarida, relajado, ignorando que había matado al hijo de Wen Lee Hai, el jefe de la poderosa mafia china. La Policía, la Justicia y los funcionarios de Migraciones sabían muy bien quién era el señor Hai. Se trataba del mayor traficante de indocumentados chinos, con vinculaciones en el mercado negro de documentos y el cobro de protección a comerciantes. El negocio no es muy complicado: cada mes, cientos de inmigrantes chinos ingresan ilegalmente por la triple frontera y denuncian en Argentina la pérdida de su pasaporte. Este trámite es un requisito indispensable para que el Consulado chino les dé un pasaporte nuevo. Este es un negocio millonario, pero, tiempo atrás, era aún más rentable porque, con el blanqueo de inmigrantes, se ofrecía también el ingreso a EE. UU. Hoy, esto no es posible, porque los *yankees* ya no confían en los documentos argentinos y exigen una visa muy difícil de obtener. Ahora que se cortó el ingreso a EE. UU., los chinos ilegales se quedan acá y el señor Hai los contrata para dar protección a comerciantes, a cambio de una cuota mensual. Ese servicio no cubre únicamente el problema de la inseguridad, sino que también asegura que ningún otro chino ponga un supermercado cerca. Es una protección siempre efectiva, porque va acompañada del «apriete».

Al enterarse de la muerte de su hijo, el señor Hai intuyó un ajuste de cuentas y ordenó la mayor cacería humana llevada a cabo en el Oeste

bonaerense. No solo quería la cabeza del sicario, sino también la de los autores intelectuales. Más que un tema de honor, se trataba de un desafío a la supervivencia del clan. Si los propios miembros de la familia Hai eran vulnerables, su organización no podía ofrecer protección a terceros.

Pocos días después, Toti recibió un nuevo contrato. Debía silenciar a otro periodista, un viejo miope que vivía en Castelar; Jorge Osvaldo Domecq.

Capítulo XXXIV: Tres atentados

Cuando *Castelar Digital* le pidió que cubriera la primera carrera nocturna en el circuito de Haedo, Domecq no imaginó los peligros que ello implicaba.

Aquel atardecer, mientras un tenue rosado comenzaba a reemplazar el azul del cielo, decenas de vecinos y atletas de distintos lugares se reunieron para correr 5 k a lo largo del carril del Metrobus recientemente inaugurado. En el punto de partida (la intersección de avenida Gaona y Rosales), Domecq entrevistaba al orgulloso intendente de Morón sin notar que un sicario apuntaba hacia ellos. De pronto, detonó un disparo seguido por un largo tiroteo y la fiesta se transformó en drama.

Toti había pensado que allí, entre la muchedumbre y el bochinche, sería el lugar ideal para atacar a Domecq. Con inusual prudencia, el joven sicario llegó con tiempo para recorrer el circuito callejero y prestar atención a las vías de escape. Estaba tan concentrado en esta tarea que no notó la presencia de dos chinos con gorras calzadas hasta los ojos.

Cuando Toti ubicó a Domecq, comenzó a seguirlo, mientras los pistoleros chinos lo seguían a él, conformando un círculo mortal. Así fue que, durante la entrevista al intendente, justo antes de que Toti hiciera fuego contra el periodista, uno de los chinos disparó contra el joven sicario. De inmediato, la custodia rodeó al funcionario municipal y lo arrastró hasta un patrullero, para alejarlo rápidamente del lugar. Mientras tanto, cuando el pistolero chino intentó rematar a Toti, este – herido en un hombro y desde el suelo– le metió un balazo entre ceja y ceja.

Empujando a la gente que comenzaba a arremolinarse, el segundo pistolero buscó a Toti, pero solo encontró el cadáver de su compañero. Entonces, en medio del griterío de los vecinos y los empujones de la policía, el chino sobreviviente se mezcló entre la muchedumbre y desapareció. Domecq, como la mayoría de los presentes, supuso que se trataba de otro caso de inseguridad o, en el peor de los casos, un fallido atentado contra el intendente de Morón.

Escapando de los potentes focos que iluminaban el recorrido del Metrobus, Toti avanzó por una oscura calle lateral. Sin perderlo de vista, el pistolero chino lo

seguía manteniendo cierta distancia, porque ya había comprobado la tremenda puntería del perseguido. La bala que había dado en el hombro izquierdo de Toti laceró tejidos, astilló huesos, atravesó todo lo que encontró en su camino y volvió a salir. «Una bala con entrada y salida causa menos daño que si se queda incrustada en el cuerpo», le había enseñado Nacho Cruz, su mentor, y Toti lo recordó con esperanza.

El chino –de edad indefinida– era flaco y ágil. Llevaba un gorro de béisbol calzado hasta las orejas, una camisa escocesa abierta sobre una remera blanca, *jeans* y zapatillas deportivas. En su cintura, portaba su herramienta de trabajo: una pistola Glock 9 mm, con la que podía matar a 50 metros.

Mientras el brazo izquierdo caía como muerto, con su mano derecha, Toti empuñaba un revólver Taurus 38 especial. En cuanto descubrían a aquel hombre armado y sangrando, los transeúntes huían abriéndole paso. El joven perseguido apenas podía caminar y nunca llegaría hasta su moto. Sin tiempo para pensar en quién querría matarlo, solo buscaba el modo de despistar a su perseguidor.

El chino, como un depredador al acecho, avanzaba lenta pero inexorablemente. Con cautela, giraba la cabeza hacia uno y otro lado, observando todo, para evitar sorpresas desagradables. Toti iba perdiendo sangre y se debilitaba a cada paso. No podía escapar, pero tampoco iba a morir sin pelear. Por instinto, buscó un lugar en el que pudiera defenderse como gato entre la leña. Entonces, eligió un pequeño bar de mala muerte y entró. Le mostró el arma al dueño, que conversaba en el mostrador con el único cliente, y se sentó en el fondo del local, de espaldas a la pared, sin dejar de empuñar el pesado revólver. El dueño no llamó a la Policía, porque en esa barriada nadie lo hace. A pesar de que la vidriera del local acumulaba mugre inmemorial, desde la vereda de enfrente, el chino pudo identificar a Toti.

El pistolero sabía que no podía desaprovechar esa oportunidad, porque con el paso del tiempo podría llegar la Policía o –peor aún– algún compinche del joven sicario. Por lo tanto, con la mirada fija en su presa y la mano sobre su pistola, comenzó a cruzar lentamente la calle. Al llegar a la puerta, la empujó con la mano izquierda, mientras que con la derecha empuñaba su Glock. El dueño del negocio

le hizo una seña al único cliente y ambos se escondieron detrás del mostrador.

Toti estaba pálido, transpiraba copiosamente y sus ojos mostraban el color del miedo. Su camisa, tanto en el pecho como en la espalda, tenía el lado izquierdo ensangrentado. El pistolero chino, inmutable, lo miraba con indiferencia.

Finalmente, estaban cara a cara. Apenas separados por unos pocos metros. Listos para matar o morir. El viejo reloj de pared parecía detenido. Por un interminable instante, perseguido y perseguidor se miraron a los ojos y, casi simultáneamente, ambos dispararon.

«Siete u ocho disparos» dijo haber escuchado el dueño del bar, cuando los agentes de la Bonaerense le preguntaron sobre lo ocurrido. La primera ambulancia que llegó a la trágica escena cargó los dos cuerpos y, sin apuro, se dirigió a la morgue.

Ignorando que había estado en la mira de un sicario y que continuaba vivo por milagro, Domecq llegó a su casa, esquivó a sus gatos y comenzó a preparar la mesa, para disfrutar de un bife ancho que había tirado sobre la parrilla a gas. En eso estaba cuando sonó el teléfono.

Aún no se le había pasado el susto, cuando Domecq ya estaba escribiéndole este *e-mail* a Aberanda:

De: Jorge Osvaldo Domecq
Para: Comisaria Anahí Aberanda
Asunto: TRES ATENTADOS

Estimada Anahí:

Disculpe el tenor de este mensaje, pero quiero denunciar tres atentados contra mi vida.

Tiempo atrás, cuando le mencioné que había recibido un mensaje con la amenaza «Soy Satán y voy por ustedes», usted dudó de mi palabra y prefirió creer que se trataba de un truco publicitario, para promover la venta de mi libro, que, precisamente, termina con esa frase.

Ahora, espero que me crea, porque mi vida está en peligro.

El primer atentado se produjo la noche de la presentación de mi novela en Domus, evento en el que usted estuvo presente, aunque por un breve lapso. Al retirarme, caminé por Campana hacia Los Incas, donde había dejado estacionado mi auto. Ya en la esquina, me sorprendió la presencia de los bomberos y, al acercarme, descubrí que mi Peugeot 404 había sido incendiado. Cuando hablé con el jefe de los bomberos, opinó que, probablemente, habría sido obra de algún «quemacoches», aunque reconoció que no era usual utilizar bombas molotov, como en este caso. Pero lo más preocupante ocurrió al día siguiente, cuando recibí el mensaje: «Soy Satán. Chau, Peugeot».

El segundo atentado tuvo lugar en el barrio de Barracas y fue de mucha mayor envergadura. Yo estaba realizando otra presentación de mi libro, esta vez en la editorial Edicoop, en Azara al 1200, CABA, cuando el edificio también fue atacado por bombas incendiarias. El fuego originó la estampida del público y hubo varios heridos, unos debido a la avalancha y otros por principio de asfixia. El depósito y los libros que contenía quedaron destruidos. Yo debí ser trasladado al hospital, donde recibí otro mensaje: «Soy Satán. Chau, libro».

El tercer atentado es el más grave y el más difícil de explicar. Por eso, se lo voy a contar de atrás para adelante. Acabo de recibir otro mensaje: «Soy Satán. Hoy zafaste, mañana no». En un principio, no entendí. Acababa de regresar de la frustrada maratón en el Metrobus de Haedo donde, antes de la largada, se escucharon disparos. En un primer momento, lo atribuí a un fallido atentado contra el intendente de Morón, a quien yo estaba entrevistando, pero luego me informaron que fue un enfrentamiento en el que murieron un joven sicario y dos pistoleros chinos. A esta altura, usted se preguntará qué tengo yo que ver en esta historia. Como el mensaje

de Satán dice que yo «hoy zafé», mi interpretación es que alguno de esos pistoleros fue contratado para matarme y solo por milagro puedo estar contando la historia.

Imagino que usted –que ya no creía en mí– ahora debe estar suponiendo que estoy loco o con Alzheimer. Sin embargo, solo me limité a contarle los hechos.

No le pido nada, especialmente porque uno de los hechos debe ser investigado por la Policía Federal y no por la Bonaerense. Simplemente, creí que usted debía estar al tanto de lo sucedido.

Cordialmente.

Jorge Osvaldo Domecq.

Capítulo XXXV: El fabulador

En su casa, sentada en el sillón preferido y escuchando un chamamé ejecutado por Tarragó Ros, Anahí Aberanda comenzó a leer *e-mail* enviado por Domecq. Sorprendida, al terminar la primera lectura, decidió releerlo. Se sentía como un personaje de Shakespeare: «creer o no creer». Como profesional, debía dejar de lado sus prejuicios y analizar la denuncia, ya que, en el improbable caso de que fuera cierta, podría implicar un peligro potencial no solo para el viejo periodista, sino para toda la comunidad. Pero la historia parecía muy traída de los pelos y, ya en Domus, Domecq había esbozado una delirante teoría conspirativa.

No obstante, ante la obligación de investigar los hechos, delegaría en Rossini el asunto del auto quemado en Castelar y en el comisario de Haedo, el tiroteo ocurrido en su jurisdicción. Por su parte, intentaría contactar a un comisario amigo, que trabajaba en la Federal, para que le hiciera llegar copia de las actuaciones policiales correspondientes al incendio de Barracas. Cuando terminó de enviar los dos correos electrónicos, ya era medianoche y las respuestas recién llegarían a la mañana siguiente. A esa hora, tuvo que conformarse con revisar las webs de los diarios y ver cómo habían presentado los casos que Domecq calificaba como atentados.

Bruno Rossini, un muchacho de origen humilde, que había logrado egresar de la Escuela de Suboficiales de la Policía Bonaerense, era alto, delgado pero musculoso. De cabello lacio y oscuro, piel curtida, ojos atentos y sonrisa franca. Amable, honesto y trabajador. Estos últimos atributos habían convencido a la comisaria Aberanda para designarlo su asistente. Con el tiempo, también demostró habilidad informática y buen juicio para sortear las frecuentes trabas burocráticas.

Aquella mañana, Rossini fue llamado por su jefa, quien le preguntó qué opinaba sobre las denuncias de Domecq.

—¡Es un fabulador! —sentenció Rossini, sin la más mínima duda.

—¿Fabulador?, ¿por qué?

–Porque inventa cosas para llamar la atención y vender más libros. Es como los mediáticos, que hacen escándalos para aumentar el *rating* –agregó, lapidario.

–Usted parece un experto en el tema –ironizó la comisaria Aberanda.

–Es que en la academia nos enseñaron a detectar a esa gente nociva, que molesta a la Policía para hacernos perder tiempo.

–¿Y qué recomendaban en la academia?

–Que la ignoremos –respondió, tajante.

–¿Y si fueran denuncias ciertas? ¿No es peor ignorar un caso real, que perder tiempo con una falsa denuncia? –preguntó ella.

–Para eso está la experiencia y la intuición.

–Según su experiencia e intuición, ¿usted sostiene que Domecq inventó esos atentados?

–Sí, porque el año pasado ese viejo ya envió un mensaje falso a los diarios, diciendo que era Zodiac de Castelar. Entonces, ¿por qué ahora deberíamos creerle? –respondió el asistente.

–OK. Ya que está tan convencido, le voy a agradecer que investigue el caso del vehículo quemado junto a las vías del Sarmiento y me demuestre que el coche incendiado no era el Peugeot 404 del periodista –dijo ella.

Sin encontrar una respuesta oportuna, Rossini se retiró en silencio.

Aberanda aprovechó para revisar los mensajes recibidos, esperando encontrar los informes de su colega de la Federal. Por esos milagros propios de la amistad, la amabilidad y la belleza de quien lo había solicitado, Anahí encontró el correo con el pormenorizado archivo del siniestro en Barracas. Fiel a su estilo, comenzó por las conclusiones:

→ *El incendio en Edicoop fue intencional, causado por varias bombas molotov.*

→ *El fuego se inició fuera del horario laboral, mientras se estaba realizando la presentación de un libro.*

→ *Los daños materiales aún no fueron cuantificados, pero son considerables.*

→ *Ocho personas resultaron heridas al intentar huir y trece se intoxicaron con el humo, incluidos dos bomberos voluntarios.*

→ *Aún no hay pistas firmes para identificar a los responsables.*

«Coincide con lo denunciado por Domecq», pensó la comisaria. «Pero, por las dudas, voy a verificar si se trataba de la presentación de su libro». Entonces, revisó el contenido del *dossier* hasta confirmar que, en el momento del incendio, Jorge Osvaldo Domecq estaba en el edificio de Edicoop, presentando su novela *Los crímenes de Castelar*.

«Es cierto que las bombas incendiarias fueron arrojadas durante la presentación de Domecq; sin embargo, nada vincula a Satán con ese atentado», pensó Anahí. «Además, parece desproporcionado y absurdo quemar una editorial entera, con miles de libros, para perjudicar a un autor cuya tirada es de apenas 200 ejemplares. Es como cazar mosquitos a balazos», concluyó.

Ansiosa, llamó a su colega de Haedo y le preguntó cuándo recibiría el informe sobre el tiroteo en la maratón.

–Está listo, pero tenemos problemas con el *scanner*. Si le parece bien, como estamos tan cerca, hago fotocopiar todo y se lo mando con un patrullero.

Luego de aceptar la sugerencia, para acortar la espera, Aberanda decidió ir hasta la expendedora de bebidas y comprarse un café. Después de luchar contra la máquina y perder varias monedas, obtuvo medio vasito de algo parecido a un jugo de paraguas. Maldijo su mala memoria por haberse olvidado el termo con café casero. Ya en su oficina, acompañada por pequeños sorbos de aquel brebaje humeante, comenzó a ojear el ejemplar de la novela que le había autografiado Domecq. No quería estar desprevenida ante el hipotético caso de que el miope escritor tuviera razón.

–Tengo una buena y una mala noticia –dijo Rossini, al ingresar a la oficina de su jefa, interrumpiendo su lectura.

–Lo escucho –respondió, resignada al informal estilo de su asistente.

–Efectivamente, el auto carbonizado era el de Domecq. Pero no fue un hecho aislado. Hay una pandilla de quemacoches que actúa en la zona y ese

Peugeot 404 es uno de los tantos autos incendiados recientemente. Además, lo más importante es que no hay nada que vincule a Satán con esos atentados.

–Domecq dice haber recibido un SMS. Textualmente: «Soy Satán. Chau, Peugeot» –interrumpió la comisaria.

–¡Que lo muestre! Seguro va a decir que lo borró.

–En su *e-mail* no dice que lo haya borrado.

–Tampoco lo ofrece como prueba... –retrucó Rossini.

–Quizás no quiso atosigarme de entrada. ¡En fin! –dijo ella y, cambiando de tema, agregó–: Por favor, averigüe si llegó algún sobre para mí.

Poco después, el asistente regresó con un voluminoso paquete, que contenía lo que Aberanda estaba esperando. En su interior, había copias de tres legajos personales y de las actuaciones del tiroteo en la maratón de Haedo.

Dos de los legajos pertenecían a ciudadanos chinos, con pasaporte argentino. Ambos tenían antecedentes policiales, por portación de armas y amenazas a comerciantes, pero nunca habían estado presos. El tercero era de Juan *Toti* Gaffi, un adolescente autor de numerosos delitos, hasta un crimen por el que no fue encarcelado por ser menor de edad. Los tres habían protagonizado un enfrentamiento a tiros en Haedo. Toti Gaffi había matado a uno de los chinos, pero este logró herirlo. El segundo chino persiguió al asesino de su compatriota, lo alcanzó en un bar, lo enfrentó y logró matarlo al tiempo que Toti se defendía y lo mataba.

La comisaria releyó con más detenimiento toda la documentación, resaltando con amarillo lo más relevante. Finalmente, llegó a una conclusión: si bien el tiroteo con tres muertos coincidía con lo anticipado por Domecq, este no aparecía mencionado ni como testigo presencial. «¿Acaso Rossini tendrá razón y el viejo periodista es un fabulador?», se preguntó.

Capítulo XXXVI: Paranoia

En el trayecto a pie desde su casa hasta el restaurant, Bustos no prestó atención a los tradicionales chalets que tanto admiraba y estaban siendo demolidos para dar lugar a otro desangelado proyecto inmobiliario. Sus neuronas intentaban analizar la última conversación telefónica con su amigo novelista.

«Estuve en medio de un tiroteo provocado por un sicario de Satán», había dicho Domecq, para luego agregar: «No quiero hablar por teléfono. Tenemos que vernos en Tarzán». Bustos creía conocer bien a Domecq y nunca había tenido razones para dudar de él. Pero, últimamente, parecía paranoico, como si padeciese manía persecutoria. Durante su encierro en el manicomio, Bustos había tenido oportunidad de ver pacientes con esos trastornos. Eran desconfiados y recelosos. Temían ser víctimas y sospechaban de los demás, sin que existiera una base real que explicara ese temor. Para justificar su sensación de peligro, solían inventar motivos ocultos y falsear evidencias.

Era cierto que a Domecq le habían tirado una molotov sobre su auto, pero los bomberos habían atribuido ese acto vandálico a una barrita quemacoches. Es decir que solo había sido mala suerte. Lo mismo ocurría con los otros dos supuestos atentados. En realidad, Satán solo aparecía en los misteriosos mensajes telefónicos que su amigo nunca le había mostrado. Por lo tanto, lo primero que debía hacer era confirmar si existían pruebas, para, recién después, sacar conclusiones.

Ya en Tarzán, Domecq continuó actuando raro. A diferencia de lo habitual, eligió una mesa lejos de las ventanas y se sentó de espalda a la pared, mirando hacia la puerta. Como había bastante gente, a Bustos le costó encontrarlo a primera vista.

–Tenemos que tener cuidado –dijo el novelista, y agregó–: Satán falló ayer, pero dice que hoy no fallará.

–¿Puedo ver el mensaje? –preguntó con su mejor tono.

–Sí. Después. Ahora tengo el celular escondido.

–¿Por qué?

–Porque es mi única prueba. Si lo pierdo, nadie me va a creer.

–Es cierto –tuvo que reconocer el expolicía.

–Primero, déjeme que le cuente el tiroteo.

–OK.

Tras pedir el plato del día y vino de la casa, Domecq le explicó minuciosamente lo ocurrido en la maratón de Haedo: dónde, cuándo y cómo se sucedieron los hechos; quiénes estaban involucrados; las consecuencias del tiroteo; qué dijeron los medios de comunicación y, finalmente, cuál había sido el mensaje de Satán.

–¿Ahora puedo ver el mensaje? –insistió Bustos.

Domecq asintió moviendo la cabeza y, tras buscar entre su ropa, extrajo un celular. Lo activó, abrió el archivo de mensajes guardados y le mostró un texto que decía: «Soy Satán. Hoy zafaste, mañana no». Bustos lo leyó y lo releyó, tomándose su tiempo para elegir las palabras. Finalmente, dijo:

–Es muy ambiguo.

–¡¿Qué?! –exclamó sorprendido Domecq.

–Según usted, en anteriores mensajes, Satán dijo: «Chau, Peugeot» y «Chau, libro», refiriéndose específicamente a hechos ocurridos. Pero en este caso no menciona ni al sicario ni el tiroteo ni ningún otro atentado. El mensaje «Hoy zafaste» es aplicable a cualquier día, de cualquier persona. Lo mismo ocurre con la amenaza «Mañana no zafarás».

–No entiendo –replicó Domecq, ya malhumorado.

–Imagínese que esta noche recibe de nuevo el mensaje. Ni usted ni yo sabríamos de qué zafó. Cualquier hipótesis que imagináramos podría ser cierta, siempre y cuando estemos dispuestos a creerla. Por eso, me parece que el último mensaje de Satán es abstracto, porque no se refiere a nada específico.

–¡Abstracto las pelotas! –reaccionó furioso Domecq–. Es una amenaza concreta. Ya quemó mi auto y la editorial de mi libro. Ahora dice que falló al querer matarme, pero que la próxima vez no fallará. ¿Qué carajo tiene esto de abstracto?

–Coincido en que los atentados incendiarios fueron hechos concretos. Pero el mensaje «Hoy zafaste, mañana no» es muy ambiguo, posiblemente alguien

intenta asustarlo, intimidarlo y hacerlo desistir de su investigación. Pero nada indica que quieran matarlo. Al menos, así lo veo yo –concluyó el expolicía.

–¡Eso es filosofía barata! –estalló Domecq–. Usted dice eso porque no está en mi pellejo. Usted no sabe lo que es estar en peligro. Yo hoy tengo que desconfiar de todos, porque alguno de los que me rodean quiere matarme. Esa es la terrible realidad que estoy viviendo.

–OK. Disculpe. No se enoje –intentó calmarlo.

–No me enoja, pero me molesta que no me crea.

–Yo le creo. Es más, si me muestra su celular, tal vez pueda localizar el teléfono que usó Satán.

–¿Acaso trabaja para la SIDE? –ironizó en tono despectivo.

–¡No! Pero tengo un amigo que conoce a un tipo que anda en eso.

–Acá está mi celular. ¿Qué quiere ver?

–Quiero ver los mensajes, para intentar descubrir su origen.

–Tengo los tres últimos, el primero se borró.

–¡¿Se borró?! –exclamó Bustos.

–Era un correo de voz y, sin darme cuenta, lo eliminé. Pero tengo los tres mensajes de texto.

–¿A ver? –dijo el expolicía mientras accionaba el aparato–. El mensaje «Chau, Peugeot» lo envió desde un celular terminado en 04, pero para «Chau, libro» utilizó otro aparato. Uno con número terminado en 11.

–¿Y para la amenaza «Hoy zafaste»?

–Usó otro teléfono, terminado en 44.

–¿Tres celulares distintos? –se sorprendió Domecq, quien no había prestado atención a esos datos.

–Sí. Trata de no ser identificado. Esperemos que no sean aparatos robados y así poder ubicar al dueño.

–¿Cuánto va a tardar el amigo de su amigo? –preguntó Domecq.

–No sé. Esto no es un *delivery*. Hay que tener paciencia. Usted está muy ansioso. ¿No pensó en ver a un médico? –sugirió Bustos.

–¿A uno de sus amigos psiquiatras?

–Al que mejor le plazca. Alguno que le ayude a bajar un cambio. Usted está muy acelerado y, a nuestra edad, no es bueno.

–Veremos –respondió Domecq, mientras el dueño de Tarzán se acercaba, trayendo los postres solicitados: un flan casero con dulce de leche y el tradicional postre «de vigilante».

–Sé que los jueces pueden intervenir teléfonos fijos –continuó el periodista y preguntó–: ¿Con los celulares pasa lo mismo?

–Sí. Es lo mismo. Ambos pueden ser pinchados. Cualquier conversación por un teléfono móvil puede ser controlada. Las charlas personales, la información financiera o impositiva, cualquier cosa que usted diga puede ser escuchada e, incluso, grabada. En realidad, las intervenciones judiciales hoy son mínimas comparadas con las escuchas ilegales.

–¿No exagera? –dudó.

–En teoría, la pinchadura de teléfonos solo puede ser autorizada por un juez y ese trabajo lo debe hacer la ex-SIDE. Pero, en los últimos años, la prestación de servicios de inteligencia se fue derivando a terceros. Aunque estas nuevas agencias siguen siendo financiadas por fondos reservados, también incursionan en trabajos privados solicitados por cónyuges engañados, periodistas de la farándula, empresarios y sindicalistas desconfiados y, fundamentalmente, políticos de distinto pelaje. En conjunto, se estarían realizando unas dos mil pinchaduras nuevas por mes. Con tanta mano de obra ocupada en el espionaje electrónico, la privacidad es hoy una utopía.

–¿Y las empresas telefónicas no los detectan?

–Por supuesto. Ellas son las que reciben las órdenes desde la SIDE. Generalmente, esas instrucciones vienen acompañadas por un oficio judicial, pero es habitual que se agreguen teléfonos no solicitados por ningún juez.

–¿Y su amigo es uno de esos espías?

–La palabra *espía* tiene mala prensa, prefieren ser reconocidos como «expertos en solucionar problemas». Por ejemplo, pueden rastrear esas misteriosas llamadas de Satán realizadas desde tres celulares distintos.

Fue entonces cuando Domecq no pudo disimular su paranoia y preguntó:

–Pero... si esta gente trabaja para cualquiera, ¿también Satán podría hacer pinchar mi celular?

–Tampoco es «moco 'e pavo», pero si tiene los contactos necesarios y plata para pagarlos... –respondió Bustos, dejando el final abierto.

–¿Cómo puedo estar seguro?

–Hay procedimientos para detectar pinchaduras.

–¿Cuáles?

–Lo más elemental es controlar el consumo de su teléfono. Si lo están usando como micrófono para captar conversaciones, este uso adicional consumiría la batería más rápido de lo normal. Otro control sencillo es la temperatura del aparato. Si después de no usarlo un rato, lo toca y está caliente, podría estar siendo usado por quien se lo pinchó.

–No tenía idea. Solo había oído quejas por ruidos o interferencias.

–Exacto, eso es lo más conocido. Esos ruidos raros podrían indicar que su celular estaba siendo usado como receptor-transmisor. Pero eso ya pasó a la historia. En la actualidad, los equipos que se comercializan para telefonía móvil no se pueden convertir en transmisores involuntarios. Como contrapartida, ahora los expertos duplican una línea y el titular ni se entera.

–¿Y su amigo no tendrá su teléfono pinchado? –bromeó Domecq.

–Puede ser. Por eso, solo le voy a dejar un SMS y luego tendré que esperar a que él me llame.

–Cambiando de tema, ¿no tiene ganas de ir a jugar una partida de ajedrez en el club Philidor?

–Me encantaría. Pero le dije a mi esposa que volvería temprano –respondió Bustos, mientras le hacía un gesto al mozo para que trajera dos cafés y la cuenta.

Como de costumbre, cada uno pagó la mitad del gasto, más su parte de la propina. Luego –esquivando las obras de remodelación del andén– tuvieron que hacer un largo rodeo para acceder a la parada de taxis. Mientras Bustos subía a uno, Domecq le dio una palmada en el hombro y le dijo que, antes de regresar a su casa, pasaría por la Biblioteca Popular para investigar una corazonada: si los

siete crímenes de Castelar imitaban al Zodiac de California, tal vez los atentados de Satán se inspiraban en algún otro famoso caso policial.

Capítulo XXXVII: Otro atentado

Después de hojear varios libros, Domecq salió de la biblioteca con un ejemplar de *Pirómano*, escrito por Robert Bloch. En esa novela, el protagonista era un reportero que, como él, investiga a una secta y termina siendo atacado por un pirómano.

Como ya anochece y la temperatura era agradable, el periodista cruzó las vías por el paso a nivel y caminó sin apuro bordeando la plaza Cumelén. A los pocos metros, no pudo dejar de indignarse por un espectáculo tan repetido como desagradable: a pesar del cartel que indicaba SOLO RECICLABLES, los inmensos contenedores rebalsaban de basura orgánica, que ya había atraído a las ratas. Miró el reloj y quiso consolarse pensando que todavía había tiempo para que llegaran los camiones recolectores, aunque lo ideal sería que también manguerearan ese asco.

Cien metros más adelante, Domecq tuvo la sensación de que estaba siendo observado. Se dio vuelta con rapidez, pero no vio a nadie. Sin embargo, consciente de su miopía, no quedó tranquilo. Estaba transitando por Lincoln, una calle bastante bien iluminada, pero tenía la sensación de estar metido en un peligroso callejón, como en las películas de terror. ¿Acaso Bustos tendría razón y estaría sufriendo paranoia? De pronto, lo sobresaltó un ruido. Prestó atención, pero solo distinguió a un perro revolviendo una bolsa de basura. Su pulso ya se había acelerado y estaba comenzando a transpirar. Tenía miedo. Recorrió la última cuadra caminando lo más rápido que pudo, invadido por la ansiedad y el desasosiego. Al llegar a su casa, Domecq miró para uno y otro lado, abrió la puerta y entró.

Luego de atender a sus gatos, se dio una buena ducha. Ya más tranquilo, calentó unas salchichas y las complementó con un tomate partido al medio, todo acompañado por el infaltable malbec y música de Joe Cocker. Finalmente, lavó los platos y se fue a la cama. Durante un buen rato, avanzó con la lectura de un par de capítulos de *Pirómano*. Cuando sus ojos dijeron «basta», apagó la luz y se

acostó, con la secreta esperanza de volver a soñar con Leonor y revivir alguno de los maravillosos momentos que habían compartido.

Ya estaba dormido cuando su casa fue sacudida por una explosión. Otra bomba molotov había impactado contra la puerta de entrada y la madera ya estaba ardiendo. Mientras llamaba al 911, repasó mentalmente la estructura de su casa: todas las ventanas de la planta baja tenían rejas, la puerta de la cocina daba a un patio trasero rodeado de altos muros imposibles de escalar, la puerta de entrada –única vía de escape– estaba ardiendo. Pensó en los gatos y en la pequeña ventana de la bohardilla, sin rejas, que usaban para sus escapadas nocturnas. Era la única opción. Subió por la empinada escalera, sacó a los tres gatos al exterior y trató de imitarlos. Pero su cuerpo era grande y la ventana, pequeña. Quitarse la ropa y quedar en calzoncillos facilitó la tarea, pero la menguada fuerza de sus brazos no era suficiente para izar su cuerpo.

Mientras buscaba una silla, pensó que le hubiera gustado morir como Leonor –por un infarto mientras dormía– y no en ese incendio, que parecía el infierno de Dante. Era el momento de rezar y encomendar su alma a Dios, pero, una vez parado sobre la silla, se concentró en aferrarse al marco de la ventana y deslizarse, centímetro a centímetro. Cuando logró tener medio cuerpo fuera, pensó en parar para retomar energías, pero el olor acre del humo y la proximidad del fuego lo obligaron a continuar. Luego, el peso del propio cuerpo, que colgaba hacia el vacío, y la abundante transpiración le permitieron completar el deslizamiento. Pero aún faltaba lo peor. Si saltaba desde esa altura, sufriría múltiples fracturas. Necesitaba ayuda y gritó pidiendo auxilio.

Mientras las llamas devoraban la alfombra del comedor y avanzaban sobre los escalones de madera que conducían al altillo, aparecieron los primeros vecinos. Algunos llamaron al 911, otro conectó una larga manguera desde la casa de al lado y atacó las llamas de la puerta de entrada, otros solo miraban o sacaban fotos. Finalmente, apareció alguien con una soga y se la arrojó a Domecq. Una vez que pudo sacar todo el cuerpo al exterior, el viejo periodista ató la cuerda al tanque de agua, se aferró a ella con alma y vida y comenzó a

descolgarse, apoyando los pies en la irregular superficie de la fachada de ladrillos a la vista.

El humo –cada vez más espeso y renegrido– invadía toda la casa y las primeras lenguas de fuego ya chamuscaban el piso del altillo. De pronto, Domecq se aterró al ver que llegaba al final de la cuerda y el piso todavía estaba lejos de sus pies. Aunque fueran apenas un par de metros, semejante caída destrozaría sus frágiles huesos. Cuando sus manos –heridas por el desesperado roce con la soga– ya estaban por rendirse, sus pies comenzaron a tocar el peldaño superior de la salvadora escalera que sostenía otro vecino. De ahí en más, fue solo cuestión de serenidad y prudencia. Al llegar al suelo, casi desvanecido, se recostó mientras manos solidarias lo rociaban con agua, para enfriar su cuerpo y despegar las cenizas.

Cuando llegaron los bomberos, el fuego ya había derrumbado el entretecho de madera y retorcido las chapas que lo cubrían. Sus poderosas mangueras apenas lograron evitar el derrumbe de las paredes de la casa de Domecq y la propagación del incendio a las viviendas vecinas. Por lo tanto, el subcomisario a cargo –temiendo que la estructura no pudiera resistir– ordenó postergar el inicio de las tareas de remoción, hasta que los restos de la casa estuvieran apuntalados.

–Domecq está internado en el Posadas –dijo Bustos, apenas cortó la comunicación.

–¿Qué le pasó? –preguntó su esposa.

–Le quemaron la casa.

–¿Le quemaron o se le incendió la casa? –preguntó, con prejuicios.

–Primero, le quemaron el auto; luego, se incendió la editorial donde estaba presentando su libro y ahora se quemó su casa... Serían demasiadas casualidades –respondió el expolicía.

–Pero las casualidades existen, a menos que se pruebe lo contrario –opinó Débora.

–No es momento para discutir –la interrumpió él, y agregó–: El pobre perdió todo, excepto los anteojos que tenía puestos. Tengo que llevarle ropa y

acompañarlo a comprar otra nueva. También tendrá que hacer denuncias y tramitar documentos. Por suerte, su celular lo tenía yo para hacerlo revisar, para ver si estaba pinchado.

–¿Pinchado? –interrumpió ella.

–Además, no puede volver a su casa porque hay peligro de derrumbe – continuó Bustos, ignorando la pregunta de Débora. Y agregó–: Está en banda. ¿Conocés alguna pensión barata?

–No. Pero puede quedarse en la chacra –lo sorprendió ella.

–¿En la habitación de Marcelo?

–Por supuesto. Es la única que está en condiciones.

–¡Minas fieles de gran corazón! –bromeó Bustos agradecido, parafraseando el tango «Tiempos viejos».

Aquella mañana, con una remera muy ancha, un *short* que le quedaba corto y unas ojotas playeras que habían pertenecido a Marcelo, Domecq abandonó el hospital Posadas, acompañado por su amigo Bustos. Ya en la camioneta, Domecq sugirió ir hasta la comisaría de Castelar Norte para denunciar el incendio y la pérdida de todos sus documentos, pero Bustos le informó que ahora esos trámites se hacían por Internet. Buscaron un locutorio por la calle Alem y, además de la denuncia policial, sacaron turno para tramitar un nuevo DNI. Finalmente, se contactaron con el banco y gestionaron un duplicado de sus tarjetas de crédito y débito. De paso, entraron a una tienda de barrio para que Domecq pudiera comprar calzoncillos, remeras y algún pantalón. Por último, antes de emprender el camino a Cascallares, como se habían salteado el almuerzo, pararon en una parrilla al paso y pidieron choripanes.

–¿Puedo hablar sin que me tilde de paranoico? –preguntó Domecq.

–¡Dele!

–¿Sus amigos de la SIDE le devolvieron mi celular?

–Sí, pero no pudieron rastrear a Satán, porque usó teléfonos descartables.

–¿Se fijó si, después del incendio de mi casa, Satán me envió algún mensaje?

–No sé. Está sin batería.

Capítulo XXXVIII: La asesina

Cuando llegaron a Cascallares, ya comenzaba a anochecer. El tortuoso camino de tierra, lleno de baches, terminaba frente a una chacra deprimente por su estado de abandono, con un galpón destartado y una casa a medio refaccionar. Lo único restaurado era la cocina, el baño y la habitación de Marcelo.

–Hay pocos víveres, pero mañana le traigo más –dijo Bustos, mientras ponía a cargar el celular de Domecq.

–Gracias por el refugio.

–Me encanta albergar gente elegante –bromeó Bustos, aludiendo a la ropa prestada que todavía llevaba el periodista.

Ansioso, al poco rato, Domecq logró encender su celular. Buscó los mensajes ingresados y, sin poder disimular un gesto de terror, se lo mostró a su anfitrión: «Soy Satán. Chau, casa».

–¿Esta es otra amenaza real o estoy paranoico? –dijo el periodista, apretando con bronca sus mandíbulas.

Ya no había espacio para dudas y el expolicía reconoció que la vida de su amigo estaba en peligro. Domecq estaba convencido de que Satán era Gonzalo Gómez Rioja, pero Bustos consideraba que no había pruebas que identificaran al autor de las amenazas. Pero había más discrepancias. Bustos sugería presentarle a Aberanda esta última amenaza que, a su juicio, rebalsaba el vaso. Sin embargo, Domecq prefería actuar por sus propios medios, ya que la comisaria no había tomado en serio sus denuncias.

Finalmente, luego de una larga discusión, prevaleció la opinión del periodista y los dos amigos comenzaron a esbozar un plan. Domecq propuso acosar a Gonzalo con un aluvión de mensajes intimidatorios enviados desde teléfonos descartables, repitiendo el mismo texto utilizado por él. Bustos dudó de la efectividad de ese juego de espejos, que era casi lo mismo que responder directamente las amenazas recibidas. Para el expolicía, una intimidación efectiva debe ser misteriosa. El amenazado no debe tener certeza sobre el autor del mensaje. De esa forma, comenzaría a dudar de todos. Por lo tanto, era necesario

invocar a un personaje extraño y temible. Luego de barajar nombres de la literatura y los cómics, los amigos acordaron usar: «Satán (el verdadero)».

Tras aprobar esta idea, mientras Domecq permanecía oculto en la chacra, Bustos compró teléfonos descartables y recurrió a sus colegas para conseguir los números telefónicos de Gonzalo, tanto los particulares como los de *Nuestro Castelar*. Ahora, a pedido de su amigo escritor, visitaría la cárcel de mujeres, para que la pelirroja Ema Sanger le contara los detalles de las llamadas del sacerdote satánico que le lavó y le pudrió el cerebro.

Domecq detestaba el campo y ese silencio sepulcral apenas interrumpido por grillos y chicharras. Él era un bicho de ciudad. Se había criado en Liniers y, al casarse con Leonor, se mudaron a Castelar. Pero en las sórdidas riveras del río Reconquista sentía la angustia y la ansiedad del exilio. Aquella primera noche en Cascallares, durmió mal. Luego de comer unas rodajas de salamín acompañadas por agua de pozo, decidió acostarse. La habitación que había pertenecido a Marcelo Bustos conservaba el desorden adolescente, con objetos y afiches que, tal vez, significaron recuerdos valiosos para el muchacho. La cama tenía un colchón cómodo, pero en el dormitorio, sin un mísero ventilador, hacía un calor sofocante. La brisa del campo era fresca, pero traía mosquitos y las ventanas no tenían mosquitero. Afuera, el viejo molino gemía como eje de carreta.

Evidentemente, el miedo se escondía detrás de cada sonido. Como en la cama no lograba descansar, a las cinco de la mañana se levantó y mateó al aire libre. La luz del amanecer se filtraba entre los sauces que bordeaban al río moribundo, donde alguna vez –durante su juventud– había venido a pescar.

Poco antes del mediodía, cuando Domecq ya estaba cansado de escudriñar el horizonte en busca de la polvareda que anunciara la llegada de un auto, apareció Bustos y lo recibió como a Papá Noel. Entre otras cosas, le trajo pan de campo con dulce de leche regional, que le pareció un manjar. Mientras acomodaban las provisiones, su amigo le contó que para entrar a la cárcel de mujeres había utilizado la credencial de policía, más la denuncia de pérdida de la tarjeta de visita que Domecq había incluido entre los documentos destruidos en el incendio de su casa. Luego de pasar la inspección con detectores de metales y el

incómodo toqueteo manual, pudo encontrarse con Ema Sanger, quien, en realidad, esperaba al periodista. Bustos no había terminado de explicar la ausencia de Domecq, cuando la pelirroja rapada, con su cara inocente y su mirada astuta, alzó una mano para interrumpirlo:

–¿Me trajo algo? –preguntó sin rodeos, con su voz chillona.

Bustos se sintió molesto. Como policía, estaba acostumbrado a mostrarse severo y conducir la conversación, pero ahora una reclusa intentaba mandonearlo. Por eso, le costó bastante aceptar que «el fin justifica los medios» y, con un gesto afirmativo hecho con la cabeza, entregar los artículos de higiene personal que habían sobrevivido a las pirañas de la requisita. Mientras ella aspiraba las fragancias, él le entregó un ejemplar autografiado por Domecq de la novela *Los crímenes de Castelar*.

La chica miró la tapa y se limitó a arquear las cejas en un gesto ambiguo y hacer otro pedido.

–Necesitamos que Domecq publique otro artículo sobre lo que pasa acá. Las nuevas autoridades son tan hijas de puta como las anteriores. Las guardias te cobran hasta por tirarte un pedo. Si luego de estar con usted no les doy unos mangos, me fajan. Así que deme plata.

–Es que... –dudó Bustos sorprendido, y agregó—: recién cargué nafta y quedé seco.

–Usted elige. O paga o vuelve otro día –lo amenazó.

Antes de responder, el expolicía respiró profundo y, harto de la pendeja, la puteó en silencio. Luego, tratando de no exteriorizar su broca, dijo en tono neutro:

–OK. Te voy a dar \$100 al final de la charla.

–Los quiero por adelantado –insistió, en una negociación que podía estallar en cualquier momento.

«¡Maldita seas!», pensó Bustos, pero, en tono neutro, contraofertó:

–Mitad ahora y mitad al final.

–OK. Deme los \$50 y empiece a preguntar –aceptó ella.

–Domecq quiere saber todo lo que recuerdes sobre las llamadas que te hacía Satán –dijo el expolicía, sin perder más tiempo.

–La primera vez, creí que era una cargada y corté. Pero llamó de nuevo y comenzó a contarme que sabía todo de mí. El pasado, el presente, los problemas de familia, de pareja, la droga y mil cosas más. Sabía que odio a los curas, a los mormones, a los psiquiatras, a los gitanos, a los domadores de leones y a los payasos. Sabía que yo estaba harta de todo. Pero él no me criticaba. Decía que estaba bien ser rebelde, que todos somos libres de creer en lo que se nos dé la gana y de hacer lo que se nos canten las pelotas. Todo sin sentir culpa. Él siguió llamándome muy seguido y, después de un tiempo, si se demoraba, yo lo extrañaba y me ponía ansiosa. Un día, me explicó por qué Satanás era el más poderoso de los arcángeles y, con el tiempo, me convenció de profesar el satanismo. Para difundirlo, me pidió que buscara los símbolos demoníacos y que los usara en mi taller de *tattoo*. También me pidió que armara un altar en mi *loft* y me rebautizó *Astarot*.

Todos estos datos le parecieron interesantes, pero como Bustos buscaba información sobre sus cómplices, preguntó:

–¿A Joaquín Olites también le encargó un altar?

–No. A él le pidió sacrificios.

–¿Cuáles? –preguntó Bustos en tono calmado.

–Primero, de animales y luego de lacras humanas.

–¿Lacras humanas? –se sorprendió él.

–Negros, judíos y toda esa gentuza que ofende a Satanás.

Bustos sabía que los delitos se descubren siguiendo conexiones, por eso, volviendo al tema central, preguntó:

–¿Quién más estaba al tanto?

–Nadie más –respondió ella, luego de un titubeo.

«Está mintiendo», pensó Bustos, pero no dijo nada. Hizo una pausa, respiró profundo y cambió de tema:

–¿El *loft* donde tenías el altar era tuyo o de Joaquín?

–De ninguno de los dos. Pertenece a la Iglesia de Satán

–¿Gonzalo es muy amigo tuyo? –preguntó en tono burocrático.

–Nos conocemos de chicos –explicó, encogiéndose de hombros, y agregó–: En la secundaria, tuvimos un *touch and go*, pero nada más. Somos amigos.

–¿Gonzalo conocía tus problemas de familia, de pareja, de droga, tus odios religiosos y raciales?

–Supongo que sí. Le gustaba escucharme.

–¿Y no te preguntaste por qué Satán sabía todas esas cosas tuyas?

–¡Porque es el demonio y se mete en mi cabeza!

–¿Nunca se te ocurrió que Gonzalo le hubiera pasado la data a Satán?

–Imposible. Gonzalo está en otra. Es un tipo que solo piensa en la guita. A mí me escuchaba porque le gusto. Pero es un tipo superficial y no tiene bolas para ser satanista.

Cuando ya finalizaba el horario de visita, Bustos formuló sus últimas preguntas:

–¿Cuál era la frase que más repetía Satán?

–Soy Satán, el todopoderoso –respondió la pelirroja.

–¿A Joaquín también se lo decía?

–Sí. Era como su presentación.

El sonido de la estridente chicharra indicó que Ema debía volver a su celda. Antes de retirarse, ella le reclamó los otros \$50. Mientras le pagaba, él preguntó:

–¿Gonzalo tenía muchos celulares?

–Montones. Los usa y los tira, como pañuelos descartables –dijo Ema Sanger, antes de pararse y dar por terminada la entrevista.

Después de aquella charla tan breve como entrecortada, Bustos quedó con su cabeza llena de ideas contradictorias. Por un lado, según Ema, Satán sentía tal placer al controlar y manipular personas que difícilmente se daría por vencido. Por otro, sin ninguna pista para seguir y desanimado frente al callejón sin salida, Bustos se preguntó: «¿Y ahora, cómo seguimos avanzando?».

Capítulo XXXIX: Espías contra espías

Débora Bustos y Anahí Aberanda se habían conocido en las dramáticas horas posteriores al asesinato de Marcelo. Meses después, durante la presentación de la novela de Domecq, en Domus, las mujeres tuvieron oportunidad de conversar y la comisaria se ofreció como contacto para cualquier gestión policial que pudiera llegar a necesitar en el futuro. A partir de esa conversación, Débora se atrevió a llamarla por teléfono y plantearle su preocupación por la serie de atentados sufridos por Domecq. Aberanda le comentó que el novelista ya le había informado las supuestas amenazas enviadas por Satán, pero, cuando iba a investigar el tema, se produjo el asesinato de un renombrado fiscal. A partir de este terrible suceso, que conmocionó a la opinión pública nacional, ella tuvo que abocarse *full time* a esa controversial investigación con elementos de novela negra, plagada de pistas falsas, escenas armadas, pruebas extraviadas, testigos asustados e intereses políticos entrecruzados.

Sin embargo, en ese momento, estaba dispuesta a escucharla.

–Para empezar, lo que usted califica de amenazas son atentados – comenzó Débora y continuó–: Le tiraron bombas molotov en el auto, en la editorial donde presentaba el libro y en su casa de Castelar. Además, tiene evidencias dignas de investigar.

–¿Cuándo fue lo de su casa? –preguntó sorprendida la comisaria.

–La semana pasada. La casa quedó totalmente destruida y él se salvó de milagro, pero tuvo que ser internado. Solo conservó los anteojos, porque los tenía puestos.

–¿Está probado que utilizaron molotov?

–Sí. La pericia de los bomberos lo confirmó.

–¿Hubo testigos?

–No.

–¿Alguien se atribuyó el atentado?

–¡Sí! Domecq recibió un mensaje que decía: «Soy Satán. Chau, casa».

–Pero Joaquín Olites decía ser Satán y está muerto. Luego, Ema Sanger dijo lo mismo y está presa. El nuevo Satán solo existe en la cabeza de Domecq y hay quienes lo consideran un fabulador, que tiene manía de persecución e inventa pruebas, atentando contra sí mismo –argumentó Aberanda.

–¿Eso lo afirmó un psiquiatra? –preguntó Débora, molesta.

–No, pero... –había comenzado Aberanda, cuando Débora la interrumpió.

–Por favor..., haga algo –pidió la esposa de Bustos.

–Dígale que venga personalmente –propuso la comisaria–. Y que traiga el celular para que mi gente pueda rastrear las llamadas.

–Supongamos que las llamadas se efectuaron desde teléfonos descartables. ¿Cuál sería el paso siguiente? –preguntó Débora.

–Eso lo voy a decidir en su momento. Primero, él tiene que venir acá –respondió Aberanda, con firmeza.

–Domecq tiene miedo –reconoció la mujer de Bustos–. Está escondido. Venir a Morón es entrar al coto de caza de Satán. Sería meterse en la boca del lobo.

–Yo le ofrezco custodia policial.

–Espero que sea más efectiva que la que cuidaba al fiscal asesinado –dijo Débora e inmediatamente se arrepintió y pidió disculpas por su exabrupto.

La comisaria Aberanda argumentó que tenía una llamada urgente en otra línea y cortó la comunicación. Aún con el tubo en la mano, Débora pensó que había sido una ingenuidad pensar que ella podría ayudarlos. Pero luego de un rato, pasado el malhumor por el abrupto final de la comunicación, la esposa de Bustos reconoció que Aberanda tenía algo de razón. Todavía no había pruebas para inculpar a nadie por las amenazas y atentados de Satán. También era cierto que Domecq sufría de «persecuta» e intuía peligros que los demás no percibían. Sin embargo, estaba convencida de que su amigo no era un fabulador. Él nunca atentaría contra sí mismo, a espaldas de su marido.

Después de reencontrarse con Domecq y repetirle lo conversado con Ema, Bustos tuvo que reconocer que los numerosos teléfonos descartables de Gonzalo

reforzaban la teoría de que pudiera ser el misterioso manipulador que se ocultaba tras la fachada de Satán. Envalentonado, Domecq respiró hondo y propuso hacerle probar su propia medicina: enviar amenazas con la frase «Soy Satán, el todopoderoso». Era la estrategia del tero: hacer ruido lejos del nido. En este caso, la amenaza satánica escondía el verdadero peligro, que era la investigación de Bustos y Domecq para desenmascararlo.

–Ya había imaginado esta reacción –dijo Bustos–. Por eso conseguí los teléfonos descartables y un fierro.

–¿Un fierro?

–Sí. Un revólver 38 especial, con numeración limada.

–Pero...

–Nada de peros –lo interrumpió Bustos–. Usted necesita un arma para defenderse.

–Le advierto que nunca tiré.

–¿No hizo el servicio militar? –quiso saber el expolicía.

–No. Me salvé por pie plano.

–No se preocupe, llegado el momento, va a poder hacerlo. Es sencillo. ¿Ve? Primero, controlar que la bala esté en su lugar; luego, sacar el seguro y finalmente, con el dedo en el gatillo, apuntar y disparar. Quédese tranquilo, después podemos practicar contra el eucaliptus que hay detrás del galpón – explicó el expolicía.

–¿Consiguió los números de teléfono de Gonzalo? –preguntó Domecq, cambiando de tema.

–Sí, son dos celulares. Me recomendaron usar SMS y no meternos con los teléfonos fijos.

–¿Cuándo empezamos? –preguntó Domecq, ansioso.

–Si ya decidió el texto, empezamos ahora.

–OK. Tenemos que sorprenderlo con la frase satánica que él usó con Ema y Joaquín: «Soy Satán, el todopoderoso».

–De acuerdo. Le mandamos el mismo mensaje a los dos celulares y tiramos el teléfono descartable que utilicemos.

–Manos a la obra –dijo con convicción.

Más tarde, mientras mateaban con pan casero, enviaron un segundo mensaje a Gonzalo. En este caso, el texto fue: «No invocarás a Satán en vano». Además, acordaron el tercer mensaje: «Satán vengará a Joaquín Olites». Con bastante lógica, Domecq y Bustos consideraban que los dos primeros textos deberían servir para poner a Gonzalo en alerta, pero el tercero –con la explícita mención del asesinato de Joaquín, supuestamente ordenado por él– ya tenía que asustarlo.

Un buen rato después, los amigos se despidieron. Estaban distendidos y de buen humor, como si hubieran estado tramando alguna picardía. Bustos condujo directamente hasta la cueva de sus amigos espías y preguntó si habían detectado alguna reacción de Gonzalo. La respuesta fue apasionante. Sin imaginar que tenía los teléfonos pinchados, el joven Gómez Rioja había llamado a uno de los abogados de su padre para que averiguara el número del teléfono utilizado para enviarle mensajes satánicos. Casualmente (o no), ese abogado también tenía contactos en el Servicio de Inteligencia y les transmitió el pedido de su cliente.

Ahora, la gran pregunta –que Bustos no demoró en formular– era la siguiente:

–¿A quién le darán prioridad, a Gómez Rioja o a nosotros?

–Piano, piano –respondió el espía de origen siciliano–. Nunca matamos a la gallina de los huevos de oro. Los clientes siempre tienen razón. Gómez Rioja paga muy bien y vos sos un amigo, al que le debo la vida. Por lo tanto, les daremos a cada uno la información que quiera. El abogado de Gonzalo pidió el número del celular que ustedes utilizaron y ya le respondimos que se trata de un aparato descartable, desechado e imposible de rastrear. A ustedes les acabamos de informar que Gonzalo, preocupado por los mensajes satánicos, llamó a su abogado. Por lo tanto, seguiremos así. Sin embargo, hay algo muy importante que ustedes deben tener en cuenta.

–¿Qué cosa?

–El objetivo de ustedes es desenmascarar a Gonzalo y lograr que sea juzgado. En cambio, el objetivo de Gonzalo es matarlos antes de que ustedes encuentren pruebas para denunciarlo. En consecuencia, si se diera la paradoja de que ambas partes tuvieran éxito, Gonzalo terminaría en Tribunales y ustedes, en el cementerio.

Esa frase debía paralizar a Bustos, pero, pensando como Domecq, decidió adelantarse a los hechos y preguntó:

–¿Podemos continuar con las amenazas?

–Mientras tengan teléfonos descartables, pueden seguir –respondió el espía–. Pero si necesitan más de esos aparatos, deberán buscarlos en otra parte.

–¿Los teléfonos de Gonzalo seguirán pinchados? –preguntó Bustos.

–Sí. Pero si se aviva, yo corto de inmediato las intervenciones.

–¿Puedo quedarme con las desgrabaciones de los teléfonos pinchados?

–Por supuesto –asintió con la cabeza y agregó–: Es parte del servicio. Pero recuerden que son ilegales. No sirven como prueba.

–De acuerdo –dijo Bustos, estrechándole la mano a su colega.

Al día siguiente, de regreso en Cascallares, ante la mirada ansiosa de Domecq, Bustos tuvo otro gesto de reconocimiento:

–Usted tenía razón. La conversación entre Gonzalo y su abogado confirma que fue él quien indujo a Joaquín y Ema a matar en nombre de Satán.

Mientras sus ojos parpadeaban repetidamente, como si estuviera procesando la información, Domecq se sacó los gruesos lentes y comenzó a limpiarlos. Finalmente, se lamentó.

–No creo que esa grabación tenga validez judicial.

–Para el caso, es lo mismo. La actual Justicia argentina nunca va a condenar a un Gómez Rioja –aseguró con creciente pesimismo.

–¿Y entonces qué sentido tiene nuestra investigación? –reflexionó Domecq, con realismo, al tiempo que suspiraba profundamente y se echaba hacia atrás en la rústica silla de jardín.

Después de un largo silencio, Bustos –quien tenía más preguntas que respuestas– comentó en tono misterioso:

–Se me ocurrió algo, pero todavía no estoy seguro, porque es peligroso.

–Lo importante es no darnos por vencidos –respondió el periodista.

Al anoecer, Bustos se despidió y Domecq quedó solo. Ensimismados, ninguno de los dos había notado que, aprovechando la penumbra reinante, un motociclista los espiaba, escondido detrás de los arbustos.

Capítulo XL: Tragedia final

Un par de días después del incendio, Satán regresó a la calle Lincoln y contempló los restos de la casa de Domecq. Para averiguar su paradero, preguntó a los vecinos, pero ninguno tenía la respuesta. La última vez que lo habían visto iba semidesnudo y chamuscado en una ambulancia. Nunca volvió. Ni siquiera para averiguar si sus gatos se habían salvado del fuego.

A continuación, se presentó en el hospital Posadas, preguntó por Jorge Osvaldo Domecq y pronto encontró respuestas. El periodista había estado en observación menos de 24 horas. No podían internarlo porque no había camas disponibles, ni darle de alta porque no tenía ni un pantalón para salir a la calle. Finalmente, alguien vino a buscarlo y le trajo ropa. Pero, a pesar de que Satán insistió y molestó a medio hospital, nadie tenía el nombre del desconocido que se había llevado a la víctima del incendio. Cuando ya comenzaba a darse por vencido, una enfermera le dijo:

–El abuelo se fue con un hombre parecido a Walter White.

–¿El personaje de *Breaking bad*?

–Sí. Con cabeza rapada y barba candado –agregó la amable mujer.

–¿De unos cincuenta y pico de años? –arriesgó Satán.

–¡Sí! ¿Lo conoce? –preguntó la enfermera.

–Creo que es un policía amigo de él. ¡Muchas gracias! –agradeció y salió en busca de su presa.

Una vez que llegó a Álvarez Jonte y Malvinas Argentinas, estacionó su moto a unos cincuenta metros del domicilio de Bustos y comenzó a observar la única puerta de entrada. Pasadas varias horas, ante la falta de movimiento, supuso que el matrimonio no estaba allí y decidió volver al día siguiente.

En esta segunda ocasión, como las ventanas estaban abiertas, pensó que podría tener más suerte que en la víspera. Y así fue: en determinado momento, el portón se abrió y salió Bustos con su camioneta. Entonces, intuyó que Domecq podría estar escondido en un lugar que Bustos conocía y comenzó a seguirlo. El expolicía ingresó al Acceso Oeste rumbo a Luján, bajó en Moreno y se dirigió

hacia la represa de Cascallares. Finalmente, se detuvo en una chacra abandonada. Un enorme galpón sin techo, un molino de viento al que le faltaban las aspas y un tanque australiano cubierto de óxido contrastaban con una antigua casona restaurada. Cuando Bustos tocó bocina, un viejo con anteojos y sombrero de paja salió a abrirle la tranquera. Era Domecq.

–¡Bingo! –exclamó Satán–. Justo lo que necesitaba: un páramo desolado, con yuyos altos y sin vecinos cercanos.

Un lindo atardecer de verano, mientras ayudaba a su esposa a poner la mesa en el patio trasero de su casa, Bustos recibió un mensaje de su amigo espía: «El sujeto compró armas y va para Cascallares».

Tras la conmoción inicial, sin tiempo que perder, Bustos alertó a Domecq, agarró su pistola Browning y salió hacia la chacra. Como no tenía armas de mayor alcance y potencia, la mejor defensa sería preparar una emboscada contra el atacante.

A esa hora, la autopista estaba despejada y, apretando el acelerador a fondo, no tardó en llegar. Antes de ingresar, miró a su alrededor, cubierto de arbustos y matorrales, para asegurarse de que Satán no le hubiera ganado de mano. Luego, le recordó a Domecq el rudimentario manejo del arma, pero le aclaró que solo debía utilizarla si fallaba el plan que había imaginado. El periodista debía quedarse en la casa, bien parapetado, lejos de las ventanas y la única puerta de entrada. Por su parte, Bustos con su 9 mm se escondería en el viejo galpón con la esperanza de sorprender por la espalda al atacante. Para neutralizar el impacto de una probable bomba molotov, los dos amigos acarrearón baldes desde el tanque australiano y llenaron con agua la bañera. Como la puerta de entrada era el punto más vulnerable, la reforzaron recurriendo al viejo truco de apoyar contra ella una gran mesa volcada. Las ventanas con rejas y gruesos postigones de madera simplificaban la defensa. Finalmente, acordaron dejar la casa a oscuras, pero, a una señal de Bustos, Domecq debía encender el reflector externo.

Cuando consideraron que ya no podían hacer nada más para mejorar el

improvisado búnker, los amigos se ubicaron en sus puestos, cada uno con un arma en una mano y el celular en la otra.

Era una noche estrellada, pero sin luna. Mientras Bustos estaba atento a los sonidos del silencio, Domecq, en vano, esperaba escuchar la voz de Leonor dándole ánimo. Las lúgubres campanadas de una iglesia lejana aún no terminaban de indicar la medianoche, cuando el sordo ronquido de una moto alertó a los dos amigos. Poco después, un encapuchado atravesó sigilosamente el viejo alambrado perimetral y se acercó hasta quedar a unos quince metros de la casa. El desconocido sacó de su mochila lo que parecían ser bombas incendiarias. Cuando intentó encender la primera molotov, Bustos dio la orden por celular y Domecq prendió los reflectores y llamó al 911.

Tras un instante de sorpresa, aún encandilado, el atacante comenzó a disparar ráfagas contra el foco que delataba su presencia. Con un estruendo infernal, cientos de balas destrozaron el frente de la casa. El revoque, los escombros y el polvo volaban como si la fachada fuera de utilería.

–¡Mierda, es una Uzi! –masculló Bustos al identificar el sonido de la pistola ametralladora.

Cada segundo que pasaba, su amigo estaba más cerca de morir baleado. Por eso, en el mismo instante en que el reflector era destruido, Bustos disparó contra el atacante. Su certero balazo lo levantó en vilo y lo arrojó fulminado contra el pasto. Satán cayó de espalda, con los ojos sin vida mirando el cielo estrellado.

Domecq, que había sido un aterrado espectador del furibundo tiroteo, a pesar de estar atontado por el estruendo, logró abrir la puerta y salir. Bustos avanzó a su encuentro y los amigos se fundieron en un abrazo. Por un largo rato, ambos se quedaron en silencio. Con la muerte de Joaquín y Gonzalo, habían vengado el asesinato de Marcelo, pero ninguno percibía la paz que habían imaginado. Cuando escuchó la sirena del primer patrullero, al darse cuenta de que todavía no había hablado con su esposa, Bustos llamó a Débora y le contó el final feliz.

Al día siguiente, bajo un diáfano cielo azul, la comisaria Aberanda sorprendió a los dos amigos presentándose en Cascallares, lejos de su jurisdicción. Luego de observar la infinidad de impactos de bala en el frente de la casa, les confirmó que el muerto era el mismísimo Gonzalo Gómez Rioja. Aberanda pidió disculpas por no haber atendido oportunamente las denuncias de Domecq, que resultaron ser ciertas y permitieron cerrar definitivamente el caso de los crímenes de Castelar.

Un año después, tras publicar su segunda novela, Domecq viajó a Cholila, a visitar al matrimonio Bustos, en su rústica chacra patagónica.

–No sé si será casualidad –dijo el novelista, al verlos–, pero estamos en el mismo paraje donde, hace un siglo, vivieron los legendarios Butch Cassidy, Sundance Kid y Etta Place.

FIN

LOS CRÍMENES DE CASTELAR

Índice

Capítulo I: Tiroteo en Castelar	1
Capítulo II: El caso Javi	6
Capítulo III: Héroe por un día	11
Capítulo IV: Fuerte Apache	17
Capítulo V: La Bruja	21
Capítulo VI: Hijos	28
Capítulo VII: Crónica de un despido	33
Capítulo VIII: A sangre fría	38
Capítulo IX: El borracho	44
Capítulo X: Zodiac de California	49
Capítulo XI: Zodiac de Castelar	54
Capítulo XII: Muerte en el shopping.....	59
Capítulo XIII: Castelar Digital	64
Capítulo XIV: El sospechoso	70
Capítulo XV: Crimen en Gorki Grana.....	76
Capítulo XVI: Country Majestic	82
Capítulo XVII: Cartas de lectores	88
Capítulo XVIII: Pista piramidal	94
Capítulo XIX: Bitácora satánica	99
Capítulo XX: El huevo de la serpiente	105
Capítulo XXI: La secta de Castelar	110
Capítulo XXII: Kuk	116
Capítulo XXIII: Cuarto crimen	121
Capítulo XXIV: Exorcistas carismáticos	126
Capítulo XXV: La pelirroja	131
Capítulo XXVI: El Vasco	138
Capítulo XXVII: ¿Quién mató a Olites?	143
Capítulo XXVIII: Lavado de cerebro	148

Capítulo XXIX: Café para dos	153
Capítulo XXX: Cárcel de mujeres	158
Capítulo XXXI: El sicario	163
Capítulo XXXII: Pirómanos	167
Capítulo XXXIII: Mafia china	172
Capítulo XXXIV: Tres atentados	177
Capítulo XXXV: El fabulador	182
Capítulo XXXVI: Paranoia	186
Capítulo XXXVII: Otro atentado	192
Capítulo XXXVIII: La asesina	196
Capítulo XXXIX: Espías contra espías	201
Capítulo XL: Tragedia final	207